



Círculo
de Montevideo

Tendiendo Puentes
Empleo en
el siglo XXI
Nuevas Formas

XX Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo
República del Paraguay, julio de 2014

Tendiendo Puentes
Empleo en el siglo XXI
Nuevas Formas



CÍRCULO DE MONTEVIDEO

XX Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en cualquier medio,
citando fuentes y con la autorización previa de la Fundación Círculo de Montevideo.

Las opiniones son de exclusiva responsabilidad de quien las suscribe
y no necesariamente de la Fundación Círculo de Montevideo.

Editado y publicado por la Fundación Círculo de Montevideo.

Diseño y armado:
Andrea Desalvo
andrea.desalvo@gmail.com

Impresión:
Artes Gráficas S.A.
Porongos 3035 - Tel.: 2208 4888
Depósito Legal N°: 365.595/2014

índice

1. Bienvenida y apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Unión Industrial Paraguaya. <i>Eduardo Felippo</i>	5
2. Bienvenida y apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Cámara de Comercio Uruguayo Paraguaya. <i>Raúl dos Santos</i>	7
3. Bienvenida y apertura de las Jornadas por el Sr. Ministro de Industria y Energía de Paraguay. <i>Gustavo Leite</i>	9
4. Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo, ¿Cómo y por qué Tender Puentes? <i>Julio María Sanguinetti</i>	11
5. Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente Empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo. Crecer juntos – Estado y empresas. <i>Carlos Slim</i>	15
6. Innovar como dinámica de trabajo. Vice President Global Public Sector, Healthcare, and Education Oracle Corporation <i>Juan F. Rada</i>	19
7. Crecimiento y Empleo, necesaria retroalimentación. <i>Felipe González</i>	25
8. Combinar bienestar social y competitividad. <i>Fernando Henrique Cardoso</i>	31

9. El Estado como articulador entre empleado y empleador.	
<i>Ricardo Lagos</i>	37
10. Las tendencias globales. El empleo en el siglo XXI.	
<i>Leonel Fernández Reyna</i>	41
11. Capacitación y competitividad.	
<i>Alejandro Bulgheroni</i>	47
12. Presentación del Índice Tendiendo Puentes.	
<i>Carlos Magariños</i>	51
13. Empleo en el siglo XXI – Nuevas Formas.	
Presentación de conclusiones.	
<i>Julio María Sanguinetti – Carlos Slim – Fernando Henrique Cardoso – Leonel Fernández Reyna – Felipe González – Ricardo Lagos – Enrique Iglesias – Alejandro Bulgheroni – Carlos Magariños – Natalio Botana – Enrique Manhard – Juan F. Rada.</i>	67
14. Empleo, empleados y empleadores del siglo XXI.	
<i>Natalio Botana</i>	87
15. Crecimiento como agente imprescindible de inclusión.	
<i>Felipe González</i>	93
16. Palabras de clausura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo	
<i>Julio María Sanguinetti</i>	103
17. Palabras de clausura por el Sr. Presidente de la República del Paraguay.	
<i>Horacio Cartes</i>	107

1 - Bienvenida y apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Unión Industrial Paraguaya

Eduardo Felippo

Muy buenos días a todos.

Apreciados miembros del Círculo de Montevideo, señores Embajadores, autoridades nacionales, amigos; muchas gracias por estar presentes; muchas gracias por acompañarnos.

Debo decir que lo único que quiero es transmitir a nuestros amigos lo que es el Paraguay. Hoy, Paraguay está viviendo un momento muy especial: desde hace varios años se viene destacando por su estabilidad económica, por su crecimiento, etcétera. Pero lo más importante es que esto se gestó con la gran reforma tributaria que hemos hecho, así como con unas cuantas leyes para fomentar la producción, la industria y el desarrollo. Esa es la esencia de lo que están ustedes viendo en este país. Nos queda aún el gran desafío, que es la disminución de la pobreza mediante la creación de empleos. De ahí la importancia de esta reunión.

Gran parte del esfuerzo que se viene desarrollando, tanto desde el sector privado como desde la Presidencia del señor Cartes, así como desde el Ministerio de Industria, está dirigido a la atracción de nuevas inversiones. Consideramos que a través de la generación de empleo, vamos a lograr dar ese paso de la reducción de la pobreza. Hoy, en Paraguay, tenemos unas herramientas formidables: una energía eléctrica barata, una disponibilidad importante y bajos impuestos. Y cuando hablamos de impuestos, no solo decimos que son bajos y que es fácil pagarlos, sino también que es sencilla su tramitación; y eso es un mérito, no solo de nuestro Ministro de Hacienda, sino también de varios impulsores de esa reforma a la que me he referido.

Algo que queremos mostrar y compartir con ustedes —en especial con nuestros visitantes— es el hecho de que empresas del primer mundo, de Japón y de Corea —y, próximamente, lo mismo ocurrirá con empresas de Alemania— ya están establecidas en Paraguay y fabricando, algunas con régimen de maquila y otras con otros regímenes, autopartes para la exportación. A las autopartes —por lo menos yo, como ingeniero— les doy un valor especial, porque son sinónimo de primer mundo, son calidad total, son *just in time*, porque si uno puede producirlas, quiere decir que puede hacer cualquier cosa. Y ¿cuál es, precisamente, el complemento de esas medidas económicas a las que me re-



ferí? El complemento es la formidable mano de obra de que disponemos. Estas empresas de autopartes han compartido con nosotros, hace muy poco tiempo, una noticia que nos llenó de orgullo: estas mismas empresas, manejadas por la misma gente –sólo los operarios son diferentes: son paraguayos–, han vencido todos los ratios de producción, de eficiencia, de asistencia de personal, etcétera, en todas sus fábricas en el mundo. Eso explica por qué nuestro país, en este momento, está siendo un sitio importante donde poder realizar inversiones de este tipo.

Cuando hablamos del empleo, que es el principal motivo de esta reunión, no sólo debemos referirnos a la cantidad, al número, sino que también debemos hacer alusión a la calidad. Y estas empresas, que son del primer mundo, están ofreciendo una alta calidad de empleo al respetar las normas de seguridad, la limpieza, la eficiencia, la responsabilidad social empresarial –que ellas la llevan a la máxima expresión–; y al establecerse en nuestro país permiten permear esas características a otras industrias, con lo que vamos a lograr esa tan preciada calidad del empleo, aspecto al que ya nos hemos referido.

Una vez, más agradezco le honor que le han hecho al Paraguay al venir a participar de este evento. Agradezco desde ya toda la transferencia de conocimientos que nos puedan realizar, porque nuestro país está en pleno despegue y necesita de vuestra experiencia.

Muchas gracias.

2 - Bienvenida y apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Cámara de Comercio Uruguayo Paraguaya

Raúl dos Santos

Excelentísimos miembros del Círculo de Montevideo; excelentísimo señor Ministro de Industria y Comercio, autoridades gubernamentales de nuestro país; auditorio todo: es con sumo honor y placer que damos la bienvenida a tan distinguidos visitantes y vemos con orgullo la importancia y expectativa que ha suscitado en nuestro país la celebración de este XX Encuentro de la Fundación Círculo de Montevideo -Tendiendo Puentes - Empleo en el Siglo XXI – Nuevas Formas.

Presido una Cámara sectorial que pretende unir las voluntades de crecer de dos países hermanos: la Cámara de Comercio Paraguay-Uruguay. Se trata de una organización pequeña pero con historia. Con la historia, con nuestro objetivo puesto en el hacer y con una sola concepción central, la idea del servicio, constituyéndonos en promotores de desarrollo de nuestros países, pretendemos aportar información, facilitar intercambios, generar nuevas oportunidades, innovar en la forma de vincularnos y, por sobre todas las cosas, sumar conocimientos que nos permitan crecer a todos juntos.

En la Cámara de Comercio Paraguay-Uruguay buscamos favorecer la cooperación internamente y entre nuestros países, para poder competir juntos fuera de ellos. Somos de la idea de que es con intercambios y generando espacios de diálogo que lograremos alcanzar nuestras metas. Es con eventos como este que lograremos avanzar para desafiar un mundo cada vez más complejo, plagado de incertidumbres pero en el que sin duda buscaremos ser protagonistas y no solamente espectadores.

Nuestra Cámara está al servicio de todos aquellos que quieran acercarse, y nos proponemos poner año a año nuestro máximo esfuerzo para incrementar el intercambio comercial, la concreción de nuevos proyectos en forma conjunta, la suma de conocimientos, la unión de estrategias entre estos dos países hermanos que han compartido mucho de su Historia; tanto, que el gran prócer de América del Sur, emblema de los sueños de unión, Artigas, nació en Uruguay pero sería en Paraguay el lugar donde pasaría sus últimos días.



Celebramos y agradecemos, entonces, a la Fundación Círculo de Montevideo que nos haya elegido como sede de su Encuentro anual. Es así que estamos tendiendo puentes, y nuestros distinguidos expositores nos ilustrarán sobre el importantísimo tema del empleo y el trabajo, que se rige hoy por reglas muy distintas a las de antes.

Nos gusta soñar, nos gusta innovar; sin sueños es muy difícil generar un imaginario colectivo donde existan objetivos que nos involucren a todos —no importa el lugar donde cada uno de nosotros se encuentre— y que nos ayuden a sortear las diferencias para lograr los desafíos que este nuevo mundo nos plantea todos los días.

Como decía muy bien don Miguel de Cervantes: en la vida más vale una sensata locura que una tonta cordura.

Les deseamos y auguramos entonces una excelente y provechosa jornada.

3 - Bienvenida y apertura de las Jornadas por el Sr. Ministro de Industria y Energía de Paraguay

Gustavo Leite

Muy buenos días, Excelencias.

Estuve revisando el significado del término “Excelencia” y por qué lo usamos cuando abrimos los actos. Y la definición que más me gustó se refiere a personas que se han destacado por encima de lo normal. Les agradecemos a todos ustedes que estén en el Paraguay: a los que han hecho su vida política, a los que están desarrollando su vida empresarial y a los que están llevando adelante su vida académica. El Paraguay les da la bienvenida.

Para nuestro país es importantísimo este evento: tiene relevancia política, porque a nadie escapa la experiencia política que tienen nuestros ilustres visitantes; tiene relevancia económica, porque la política es el manejo de las economías de los países y acá están presentes empresarios connotados, exitosos, de muchísima experiencia; pero por sobre todo, tiene relevancia social, porque el tema que nos convoca es el del empleo. El Presidente Cartes y este Gobierno están embanderados con tres ejes: el combate a la pobreza, el crecimiento económico vigoroso con inclusión y la total inserción de Paraguay en el mundo. Si miramos lo que estamos haciendo, veremos que estamos bastantes insertos en el mundo, y vamos a dialogar, a aprender a consensuar, a enriquecernos con las experiencias de ustedes, porque dicen que la guerra siempre es mejor con la experiencia ajena, porque será más barata, menos dolorosa y menos traumática.

Quiero decir también que Paraguay quiere ser un país simple y un país serio. El Presidente Cartes dice que un país serio es aquel donde todos cumplen la ley por igual —estamos abocados a ello—, y un país simple es aquel donde si un trámite se puede hacer en tres horas no se debería hacer en tres días. Entonces, también van a encontrar a un Paraguay enfrascado en un proceso de desburocratización, de realmente volverse un país amigable para quienes quieren trabajar, y en línea con la filosofía del trabajo, que es nuestra única visión para salir de la pobreza.

Encontré esta mañana una noticia periodística en un matutino. Dice un periodista uruguayo: “El Paraguay es un país de oportunidades, y aunque los paraguayos no se den cuenta, aquí hay menos problemas para trabajar que en otros de la región”.



Entonces, la venida de ustedes también nos va a levantar la autoestima. Los paraguayos siempre estamos creyendo que somos el ombligo del mundo y que nuestros problemas son los únicos que existen. Entonces, vuestra llegada se da en el momento indicado.

Muchas gracias, una vez más. Bienvenidos en nombre del Gobierno nacional.

4 - Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo. ¿Cómo y por qué Tender Puentes?

Julio María Sanguinetti

Señores Ministros, señores integrantes de la Unión Industrial Paraguaya, señores integrantes de la Cámara de Comercio Paraguay – Uruguay, amigos todos:

Nuestro Círculo de Montevideo es un grupo de reflexión, un grupo de pensamiento, un grupo que trata –en un mundo de vertiginoso cambio– de orientarnos desde el punto de vista de las ideas, de las experiencias, de la búsqueda de un rumbo.

Dice la vieja reflexión latina que nunca hay buen viento para el marino que no conoce la ruta. Y ese es el tema: conocer el rumbo, tener claro hacia dónde se va. Es aquello de lo cual la cotidianidad, en su exigencia diaria de reclamos y disputas, nos va alejando a veces; nos va desdibujando el horizonte final hacia el que tenemos que caminar. Esa batalla agonista entre el día a día y la visión de futuro es el drama y la peripecia de los Gobiernos. Y por ello, hemos tratado de ir hacia el fondo de las cosas. Zygmunt Bauman dice que, en los últimos años, el deporte de navegar y de surfear sobre las olas ha impedido bucear en la profundidad. Bueno: tratamos un poco de bucear en la profundidad para entender este mundo en el cual estamos insertos y que se nos ha venido encima muy rápidamente. Ya hace tiempo que con Felipe acuñamos –o revisitamos– una vieja fórmula de Valéry: el futuro ya no es lo que era. Y como el futuro, que hoy vivimos como presente, no es lo que imaginaron todos los que pensaron en el siglo pasado, aquí estamos para tratar de interpretarlo, de hacerlo y de llevarlo adelante.

Por eso nuestro grupo es interdisciplinario: hay gente del pensamiento, como Natalio Botana o Carlos Magariños, o como Enrique Iglesias, que es del pensamiento, de la acción y un poco de todas las cosas; hay gente que hemos tenido grandes responsabilidades políticas; hay figuras históricas, como Felipe González en España, Leonel Fernández en Dominicana, como Ricardo Lagos en Chile o Fernando Henrique Cardoso en Brasil, que han marcado etapas señeras en este pasaje a la nueva modernidad. Y desde hace algunos años nos acompañan algunos empresarios globales, como Carlos Slim y Alejandro Bulgheroni; es decir, empresarios que han hecho la demostración de que se puede ser empresarios del país, latinoamericanos, pero también empresarios del mundo, empresarios globales insertos



hoy en esta gran batalla de cambio de extraordinaria velocidad en la que vivimos. Esa es la reflexión que tratamos de hacer.

Tendiendo puentes, ¿por qué? Porque así como hubo un tiempo en que todo se lo pedimos al Estado, otro en que todo se lo pedimos al mercado, otro en que todo lo esperábamos de las ideas políticas, otro en que apelábamos al mundo de las ciencias y del trabajo, hoy está claro que una sociedad, o avanza en su conjunto, articulándose en sus diversas instancias, o difícilmente podrá conquistar los espacios de bienestar a los que naturalmente su gente aspira.

Por eso, el vínculo entre trabajo y democracia es de algún modo lo que estamos queriendo hoy mostrar. Trabajo, porque hoy es distinto a todo lo que fue antes; la velocidad del cambio va diluyendo todos los días actividades que antes fueron de enorme demanda de trabajo: desde los puertos y sus viejos braceros, hasta los empleados de los *Blockbusters* de los últimos años, que van desapareciendo velozmente, o los de los correos o los de otras tantas actividades. En estos días ha habido un debate en mi país, que resulta un poco surrealista pero que es de estos tiempos: doscientas telefonistas de una empresa de taxis batallando contra los taxistas, que se consiguieron una aplicación para llegar de forma directa a los clientes. Esas son las batallas del trabajo hoy. Hay empleos que desaparecen y otros que van emergiendo; y el tema es, precisamente, tener a la gente capacitada para esa flexibilidad, para ese cambio constante, para esa posibilidad de adaptarse a los tiempos.

Y esos son los puentes. Por un lado, en la empresa; por otro, en el Estado, en el mundo político, que es el que tiene que ofrecer el marco. La primera exigencia del Estado es la estabilidad: tiene que ofrecer estabilidad política, establecer estabilidad jurídica y la vigencia de la legalidad, sin las cuales no habrá inversiones seguras. El inversor serio, que habla de la ciencia, que habla de la industria, precisa legalidad y estabilidad. En los países inestables hay también inversiones; especulativas y aventureras, pero no inversiones de mirada profunda, que son las que estamos hoy precisando. Los

Estados tienen que dar eso: marco. ¿Para qué? Para infraestructura. No hay actualmente otro modo de encarar el mundo sin las infraestructuras, que siguen siendo muchas de nuestras carencias. Paraguay es un país que ha hecho mucho pero aún debe hacer mucho más. Brasil, por poner un ejemplo, produce soja a un costo 30% o 40% mejor que Estados Unidos, pero entre el campo y el puerto pierde toda esa ventaja natural y competitiva que tiene. ¿Por qué? Por las carreteras, por la falta de puentes, por los puertos saturados e ineficientes, que no se han querido abrir en muchos aspectos a la modernidad, a la competitividad, a la inversión extranjera; a la competencia, digamos, que es la única que nos puede dar las respuestas. Ni hablemos de la infraestructura de telecomunicaciones. Aquí está presente Carlos Slim, que es un hombre de ese mundo. Hoy hay que estar comunicado e intercomunicado; si no, no habrá producciones que den resultados. Y ahí tienen que funcionar el Estado y el capital; la infraestructura no la puede hacer solo el Estado. El más precario, el Estado del Siglo XIX lo hacía todo, porque no era tanto, pero el Estado moderno no puede; tiene que contar con el capital privado, con la inversión privada y con la capacidad de ejecución, y él transformarse en el gran regulador.

Estos son los puentes que hay que ir tendiendo entre unos y otros. Y este agonismo del trabajo crea desasosiegos. Hoy hay más oportunidades, pero también hay más inestabilidad para la gente. Aquel empleo para toda la vida, que era el horizonte de nuestros padres y de nuestros primeros años, se ha ido diluyendo, y hoy tenemos una oportunidad muy importante pero también una enorme inestabilidad, y eso genera insatisfacciones. Hoy lo vemos en Europa: la crisis económica ha generado problemas de desocupación y, como consecuencia de ellos, no solo tenemos un problema social sino también —Europa empieza a tenerlo, y de esto puede hablarnos Felipe— político. Porque esa gente desencantada es presa fácil del demagogo, del iluso, del utopista, del aventurero, que instala las fantasías en virtud de las cuales la gente, en su desesperación, a veces transita, y lo único que logra más tarde son desencantos aún mayores e hipotecas que habrá que levantar en el futuro.

También en América Latina tenemos algo de eso, porque tenemos más democracia, estamos votando en todas partes, pero todavía —desgraciadamente— en muchos lugares tenemos que luchar por la libertad de prensa; tenemos que luchar por la legalidad en algunos de nuestros escenarios nacionales; tenemos que luchar por la convivencia razonable entre la democracia y la economía de mercado en países que lamentablemente se han derrumbado en medio de la prosperidad de los mercados.

Ese es otro punto que hoy nos está enfrentando. Durante estos años, América Latina ha vivido una real bonanza: precios notables de productos agrícolas, de materias primas, de minerales. Esto, últimamente, algo ha cambiado. ¿Vamos hacia una crisis? No se avizora, pero vamos sí a un momento de mayor rigor y exigencia. Aquellos precios ya no están creciendo; algunos han bajado, algunas demandas han cambiado, y eso hace que lo que fue importante, ahora, además de importante sea urgente. Es necesario, entonces, tratar de que esta amalgama, de que estos puentes entre un Estado estable, oferente, regulador, garante, se combine con una actividad privada dinámica, innovadora, importadora de tecnologías, capaz de competir con una mirada hacia el mundo, y una sociedad civil en la cual pongo adelante al mundo académico, el de la escuela y el de la formación, para que prepare a la gente que estamos precisando.

Desgraciadamente, América Latina está atrás en eso, muy atrás. Argentina y Uruguay, que fueron la vanguardia en la educación, ya no lo son. De acuerdo con las pruebas Pisa del año pasado, de 67 países que se evalúan, estamos entre la posición 53 y la 67, la última. Eso nos está hablando de un rezago que tenemos que superar. Por supuesto, de los diez primeros, ocho son asiáticos, lo cual nos está diciendo que no hay milagro asiático ni subdesarrollo inevitable nuestro. Nuestro desarrollo dependerá de nuestra capacidad de formación de nuestra sociedad. El de ellos no es un milagro, porque tienen ya la gente más capacitada; de ahí que estén hoy en la expansión en que están.

Estos son los puentes que tenemos que tender, las cosas de las que tenemos que hablar. Los repliegues

de la mentalidad antigua todavía nos siguen atando; esos mitos adánicos en virtud de los cuales llega cada Gobierno y piensa que ahí nació el mundo, que llegan Adán y Eva y que todo se va a construir de nuevo. No se siente la necesidad de ir poniendo ladrillos encima de los que puso el anterior, o de ir corrigiendo fracturas, o de ir acumulando las políticas que dan efectividad, que son las de largo plazo.

Quiero contarles dos experiencias de mi país, una buena y una mala.

Con respecto a la primera, en 1987 iniciamos un programa de forestación. Uruguay tenía solo una modesta forestación natural; no tenía una industrial. Empezamos, entonces, a plantar, pensando en la industria papelera; y al principio lo hicimos con cierto escepticismo general. Algunos partidos políticos estaban a favor y otros en contra. Transcurrió el período de un partido, que era el proponente; pasó el de otro partido, que tenía reservas pero que se había sumado; y luego vino una coalición. Quiere decir que estoy hablando de partidos que estaban ubicados unos más al centro, otros más a la izquierda y otros más a la derecha. El que tenía reservas entendió y cambió, y esa política de Estado hace que hoy la celulosa sea nuestro segundo producto de exportación. Probablemente en cinco o seis años más supere incluso a la carne. Y esto se creó en estos años, por continuidad, por haber tenido una política de Estado sostenida a lo largo de tres Gobiernos de tres fuerzas políticas diferentes.

Y ahora quiero compartir el otro ejemplo, el de una mala experiencia. En su momento hicimos una reforma de la educación —estoy hablando de los años 1995 — 1996—, que implicaba un enorme cambio, atendiendo a los problemas de equidad social, con Escuelas de Tiempo Completo y Escuelas de Tiempo Extendido, con asistencia social incorporada, procurando dar más al que más necesitaba. Así se avanzó, con Bachilleratos Tecnológicos, etcétera, a pesar de la enorme oposición de los gremios educativos que, desgraciadamente, en nuestra América Latina son un extraordinario factor conservador: en nombre de la revolución, se sostiene siempre el conservadurismo y la defensa del *statu quo*. Este es un mal que, desde México hasta la Argentina y



el Uruguay, recorre América. Hubo grandes oposiciones. Luego vino otro Gobierno, que cambió las cosas. Y ahora hay otro, que dice que aquella reforma no era tan mala; que habría que hacer algo en esa dirección.

Pero los malos resultados ya están y nos hemos perdido quince años.

Buenas y malas experiencias. Ambas nos enseñan: en la discontinuidad perdemos; en el sentido de un rumbo claro y de continuidad del esfuerzo, los países crecen.

Paraguay, como recién lo decía el señor Ministro, está en un gran momento. Y es así porque ha accedido a una visión de modernidad que recién en los últimos años ha empezado a cuajar. Paraguay ha vivido —y permítanme decirlo como compatriota paraguayo también— un poco agobiado por su pasado: con una vivencia demasiado fuerte de ese pasado tan novelesco de la época colonial; con ese pasado tan dramático, luego, de la independencia, con su aislamiento, con las tremendas guerras, con todo aquello. Sin embargo, hace ya algunos años que hay un Paraguay distinto, que empieza a florecer, y eso se ve en su empresariado y en la inquietud de su gente. Por eso, de algún modo, los industriales paraguayos nos reciben a nosotros; simplemente, por el afán de pensar, y esa ya es la primera de las expresiones de la modernidad. Este Paraguay, con una tributación relativamente asequible, con un gran caudal de energía eléctrica y, sobre todo, con una gran afán por hacer, en la medida en que aúne voluntades y ponga empeño para llevar todo eso adelante, sin ninguna duda va a poder mirar el futuro con un gran optimismo y una gran esperanza.

Con estas palabras, empezamos con los primeros bocadillos de ideas, para posteriormente pensar y reflexionar en serio y, más adelante, poder sondear en las profundidades.

Muchas gracias.

5 - Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente Empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo Crecer juntos – Estado y empresas.

Carlos Slim

Buenos días.

Me da mucho gusto estar en esta XX Reunión del Círculo de Montevideo. Es además un honor reencontrarme con mis queridos y muy destacados Presidentes de Iberoamérica, que nos acompañan y que han sido la base de estas reuniones de reflexión del Círculo.

Agradezco y saludo también a los distinguidos miembros de esta mesa y a todos los presentes. Gracias por estar hoy escuchando nuestros planteamientos.

Para esta XX Reunión se escogió, sin duda, el tema más importante: el del empleo. Análisis, reflexión, puntos de vista, propuestas sobre el empleo. Sin duda van a ser dos los grandes problemas de los próximos años, probablemente de todo el Siglo XXI, pero cuando menos, con seguridad, de los actuales y próximos años: la educación y el empleo. Sin duda, son los dos grandes retos que va a vivir esta nueva civilización.

La cuestión de la educación la tratamos en la oportunidad anterior, y con respecto al empleo vale la pena analizar la relación entre la empresa o la inversión privada y el Gobierno. Sin duda es un gran complemento y una gran necesidad el trabajo de la inversión privada en esta nueva sociedad.

Como bien decía el Presidente Sanguinetti, en el Siglo XIX y en todas las sociedades agrícolas, el poder era monolítico: el Estado tenía el poder político, el religioso, el económico y el militar; todos descendían de la divinidad. Sin embargo, desde fines del Siglo XVI-II y con los cambios consecuencia de la revolución de independencia americana, de la Revolución Francesa, de la sociedad industrial que se inicia desde entonces y dura todo el siglo XIX, hay grandes cambios, que se aceleran en el Siglo XX. Y cuando la sociedad industrial entra en su segunda etapa, en la de modernidad, que pasa del motor de vapor al de combustión interna y a la electricidad, se produce un aceleramiento enorme de esa sociedad industrial y de la inversión privada. Esta va a ser muy importante durante todo el Siglo XX. Y ahora todavía lo es más, porque se requiere más innovación, más tecnología y mucha inversión.



Hemos visto que cuando en los países el Estado empieza a aumentar su incidencia fiscal, en vez de promover el desarrollo, lo que hace es meterse en grandes problemas. Eso es lo que está ocurriendo hoy en Europa. Lo vemos en Francia, cuando observamos que la incidencia fiscal es 55% —quizás un poco más—; 55% del Producto Bruto es lo que recauda de impuestos. Y además de eso tiene un déficit de un 8% y grandes compromisos de jubilación y de salud que no son sostenibles. Se frena, entonces, la economía, se provoca desempleo y se crean problemas muy profundos que en este momento le están costando mucho trabajo a Europa y a todos los países desarrollados.

Desde hace muchísimos años, la tecnología y la innovación han sido el motor que ha hecho progresar a las sociedades. Si ustedes se ponen a hacer una lista de todos los inventos —desde la rueda, el control del fuego, la agricultura, el arado, la escritura, el lenguaje, la aritmética, la medicina, la física, las ciencias—, pueden ir viendo cómo se ha producido la modernización y cómo eso ha sido un factor fundamental para el desarrollo y el progreso de la sociedad humana. Luego hay grandes cambios, como la navegación, que globalizó mucho, cuando menos toda la zona del Mediterráneo, desde hace más de dos mil años. Asimismo, durante mucho tiempo se constatan grandes avances en ingeniería y en construcción, en arte, en filosofía y en todas las ciencias, así como en el pensamiento y en la política. Pero de repente hay grandes cambios que crean como revoluciones o mutaciones, como las que provoca, por ejemplo, la sociedad industrial, en donde la gente en su mayoría deja de trabajar produciendo bienes primarios como los alimentos, y se dedica a la manufactura. Posteriormente, sigue avanzando la tecnología, y después de la Segunda Guerra Mundial la mayor parte de la población empieza a dedicarse a los servicios. Está volviendo una sociedad de servicios cada vez más acentuada, en la que la mayoría de la población, ya no solo de los países desarrollados sino inclusive de los nuestros, se dedica a los servicios. Así, menos personas se dedican a la agricultura —en Estados Unidos creo que es el 2%— y menos personas se dedican a la manufactura, porque la tecnología hace que las máquinas sean más rápidas, más anchas, más productivas y trabajen solas, sin necesidad de que una persona actúe con ellas.

De esa manera, entonces, se aceleran todos los procesos.

¿Y qué está pasando? Estamos en una sociedad a la que se denomina de muchas formas. Así como la agrícola fue primaria y la de la manufactura, la industrial, fue secundaria, esta es una sociedad de servicios, a la que se la llama también del conocimiento, de la información, digital, tecnológica o como se la quiera nombrar. Pero es una sociedad de servicios con grandes cambios tecnológicos y de innovación que han hecho mucho más fácil la producción de bienes, e incluso mucho más fácil el manejo de los servicios. Y, ¿qué provoca todo este tipo de desarrollos acelerados? Transformaciones relativamente violentas, que producen crisis porque no tienen la gradualidad que permita ir absorbiéndolas en el tiempo. Se presentan aceleradamente y provocan problemas. Y uno de los problemas que provoca la tecnología es el desempleo. Si antes producir algo requería de diez personas y ahora requiere de una sola, pues habrá nueve que ya no podrán trabajar en esa actividad.

¿Cómo podemos entonces enfrentar el problema del empleo y tender esos puentes? Evidentemente no es la inversión pública una alternativa que resuelva el problema, porque es insuficiente; los países tienen ya normalmente un déficit fiscal, algunos moderados y otros muy alto, están endeudados y tienen pasivos contingentes como el pago de jubilaciones y gastos de salud, así como otra serie de elementos importantes que no les permiten tener esa capacidad. Pero el sector privado, llámese empresarios, fondos de pensiones, sociedad civil, etcétera, sí tiene los recursos. Y una buena noticia en este momento, que es una ventana y que ojalá nos dure mucho tiempo, es que hay dinero abundante, a largo plazo y muy barato. Entonces, en tanto los países desarrollados mantengan esta situación difícil, de estancamiento y de altos riesgos de entrar en problemas económicos y sociales más profundos, las tasas de interés son muy bajas, el dinero es relativamente abundante y se abre una gran ventana para nuestros países para aprovechar esos recursos. Recordemos que siempre fue un problema para nosotros la posibilidad de financiar nuestros proyectos. Entonces, no solamente hay dinero para financiar proyectos, sino también

proyectos que no eran viables a determinada tasa de interés y que se vuelven viables a una tasa de interés negativa o muy baja. Estos son dos factores importantes.

Entonces, para hablar del tema del empleo de una manera simple, podemos abordarlo desde dos o tres puntos de vista. En primer lugar, podemos encararlo desde el punto de vista de la inversión: inversión, mucha inversión, que cree actividad económica, que es crecimiento, desarrollo y generación de empleo. A todos nos gustaría que nuestros países pudieran crecer por encima del 5% de manera sostenida. Ojalá fuera 6% o 7%. Algunos países, como Perú, han tenido un crecimiento muy bueno. Pero si pudiéramos crecer por encima del 5% o 6% sería muy saludable. Ha salido una formulita muy interesante, que dice que para crecer un punto hay que crecer cinco del PIB. Por lo tanto, para crecer un 5% o 6%, habría que crecer 25 o 30 del PIB. En nuestros países, aumentar un 30 del Producto Interno Bruto sería admirable, pero cuando menos un 25 nos podría permitir un muy buen crecimiento. Y luego, claro, depende en dónde se aplique esa inversión.

Entonces, a través del crecimiento económico generalizado, con participación en el empleo y la educación —y al respecto hablaba el Presidente Sanguinetti—, se puede combatir la pobreza; yo no conozco otra manera. Y la educación permite una mejor oferta de empleo.

La inversión es, por lo tanto, algo muy importante. A diferencia del pasado, la ventaja es que ahora, para poder invertir montos tan grandes, no es necesario por lo pronto que todo se haga financiado con ahorro interno. Se puede utilizar ahorro externo para el financiamiento. Quiere decir que los empresarios podemos contar, no solamente con el ahorro de nuestros países, sino también con el ahorro externo; entrar a los mercados internacionales para financiar nuestros proyectos. Esa es una situación que también forma parte de esta gran ventana de oportunidades. La inversión puede ayudar mucho y, en este caso, la privada —nacional y extranjera— es fundamental para poder llegar a esos niveles de los que hablábamos.

Asimismo, atendiendo al empleo, creo que es muy importante que los Gobiernos tengan algunas preferencias —no sé si llamarles así— para impulsar la inversión en ciertos sectores que puedan ser estratégicos o generadores de empleo. ¿Cuáles son los sectores que en el futuro —aunque ya lo están haciendo desde ahora— van a tener mayor demanda de empleo? Sin duda, uno de ellos es el del cuidado de la salud. Si la gente vive más años, se necesitará tener recursos humanos preparados para cuidar a las personas de más edad. Aparecerán, además, enfermedades distintas, por lo que el cuidado de la salud será una cuestión muy importante.

Respecto de la educación —aunque no es el tema de hoy—, habrá que pasar, mediante un cambio estructural, de la tradicional a una más interesante, menos aburrida, que no sea de memorizar sino de razonar; que no sea de domesticar sino de formar. Para ello, será necesario hacer una serie de cambios que nos permitan ser conscientes de cuándo sabemos y cuándo no, para evitar cometer errores. No entender que no entendemos es a veces un asunto muy delicado. No solamente debemos enfocarnos en la educación académica sino también en la educación para el trabajo. Es decir que, usando las tecnologías y de manera mucho más importante, podamos capacitar a la gente, no para que todos sean ingenieros; es necesario preparar mandos medios, soldados, enfermeras, técnicos de la salud. En síntesis, necesitamos capacitar para el trabajo; nunca se le ha dado a la educación para el trabajo la importancia que requiere. Cuando se habla de doce años de educación, siempre se piensa en llegar hasta la preparatoria; nunca se piensa en que los últimos tres o cuatro años, o más allá de la educación básica, es necesario capacitar para el trabajo.

Y hablando de las distintas actividades que cada vez cobrarán mayor importancia, me refería a la salud y a la educación, pero hay que pensar también en el entretenimiento, porque todos vamos a tener cada vez más tiempo libre. Vemos, por ejemplo, que cada vez se paga más por tener acceso a canales de deporte en la televisión; cada vez hay mayor difusión. Antes, las peleas de boxeo o los juegos de béisbol o fútbol se veían en los estadios; más adelante, se disfrutaban a través de la radio y, posteriormente, de la televisión. El entrete-



nimiento se está convirtiendo pues, una gran fuente de actividad económica y de empleo.

Es muy importante que las pequeñas y medianas empresas puedan tener acceso a la tecnología de la información; esto se logra si las empresas de telefonía o comunicación se la brindan sin necesidad de que aquellas tengan personal preparado o equipos, o de que inviertan en *hardware*.

Quiere decir, entonces, que hay muchas actividades que reclaman más empleo; por ejemplo, el turismo es una de las que demandan más trabajadores. Asimismo, en nuestros países, el sector agropecuario sigue siendo muy importante como fuente de actividad económica, de empleo, de exportación. Hablaba el Presidente Sanguinetti de los precios altos de las materias primas. Yo creo que va a haber fluctuaciones, pero que en líneas generales los términos de intercambio del sector industrial van a bajar; ya bajaron bastante, pero conforme tengan equipos que producen muy fácilmente con muy poca gente, van a seguir bajando. Tendrán más competencia, pero una vez que mucha gente salga de la pobreza y del autoconsumo —y probablemente estemos hablando del 40% de la población—, va a haber más demanda de materias primas. O sea que yo creo que los términos de intercambio de las materias primas han mejorado y podrán seguir haciéndolo a mediano plazo, en la medida en que más personas se incorporen a la modernidad y salgan del autoconsumo.

Por otro lado, creo que la solución que les va a tocar vivir a muchos de ustedes va a pasar por un cambio radical en la forma de trabajo: las personas ya no se retirarán, como ocurre con algunos contratos colectivos, a los cincuenta o a los sesenta años, sino quizá a los setenta o setenta y cinco —espero que no se espanten con esto que estoy diciendo—, pero trabajando sólo tres días a la semana, tal vez once horas. Eso va a permitir que se abran grandes áreas de fuentes de trabajo. Ojalá las máquinas trabajen 24 horas; ojalá los servicios públicos y los privados trabajen 24 horas, pero las personas trabajen menos. Así ha venido ocurriendo desde el siglo XIX: se empezó trabajando 72 horas, luego fueron 60, posteriormente 48 —la semana inglesa de 40 horas parecía un superlujo—, y ahora las oficinas están

trabajando 35 horas. Si se trabaja sólo tres días a la semana, la gente tendrá más tiempo de esparcimiento y mejor calidad de vida, pudiendo organizarse y disponiendo de cuatro días más por semana, desde la juventud, sin tener que esperar para ello hasta una edad avanzada. Por supuesto que esos cuatro días libres son muy importantes para generar nuevas actividades relacionadas con el entretenimiento y con otros muchos campos de ocupación.

Pienso que pronto esa será una de las formas en que se pueda resolver el tema del trabajo.

Ustedes recordarán la evolución de la edad de jubilación. Si nos remontamos a mucho tiempo atrás, la gente vivía alrededor de 60 años; en nuestros países, quizás, el promedio estaba en alrededor de los 55 mientras que en otros se ubicaba en el entorno de los 75. Ahora, en cambio, el promedio de vida es de 86 años, y las personas que se jubilan a los 60 o 65, pueden vivir 90 años. No es racional, entonces, una jubilación tan temprana, ni es sostenible ese Estado de Bienestar. Además, antes, en la sociedad industrial, se hacía trabajo físico; también en la sociedad agrícola. Pero ahora estamos en una sociedad del conocimiento, en la que la experiencia y la información que tienen las personas de más de 65 años o de 70 es vital para la marcha más eficiente de la sociedad.

No quiero extenderme mucho más. Simplemente insisto en que es fundamental la participación del sector privado y de la sociedad civil en la inversión y en el financiamiento del crecimiento y del desarrollo; que es posible acudir al ahorro externo no solo como inversión directa sino también como financiamiento, o vía capital; que como país tenemos que enfocarnos mucho en promover e impulsar el empleo, que es la forma de salir de la pobreza, y que para impulsar el empleo lo que se debe hacer es capacitar a las personas para el trabajo, no sólo académicamente; y que por último vendrá esta reestructura de la jubilación, a la que se accederá más tarde, a los setenta o setenta y cinco años, con trabajo de tres días a la semana.

Muchas gracias

6 - Innovar como dinámica de trabajo. Vice President Global Public Sector, Healthcare, and Education Oracle Corporation

Juan F. Rada

Buenos días.

Muchas gracias por la invitación. Es un gran honor estar frente a este gran grupo de Presidentes y personalidades de América Latina.

Quisiera hacer una reflexión sobre el tema de la innovación, relacionado específicamente con la relación entre el Estado, el sector privado y la empresa.

Para ello, voy a comenzar refiriéndome al gran cambio que ha habido en el debate acerca de la innovación en los últimos años. Ese cambio se dio a partir de los años noventa. Anteriormente —lo recordaremos quienes tenemos más edad—, la discusión era sobre políticas públicas, sobre industrialización, sobre el MITI de Japón o el *chaebol* coreano, sobre cómo se hacía esto por parte del Estado. Pero eso cambió, y la discusión pasó a ser mucho más sobre la empresa y el empresario; y de alguna manera nos olvidamos de la otra parte de la ecuación. Si uno observa lo que ha sucedido en este proceso, hemos dejado de lado en la discusión un ingrediente importante, que es el siguiente: la innovación es posible si hay demanda para ella. Es cierto que a partir de los noventa, muchos de los Gobiernos de América Latina y del mundo dieron mucho apoyo e incentivo a la oferta de innovación; y después de muchos años —en algunos casos, después de décadas—, uno se pregunta dónde estamos después de haber invertido equis cantidad de dinero en fondos de innovación, etcétera.

La verdad es que el resultado no es tan interesante como uno podría esperar, y esa es la reflexión que quería hacer. El primer punto a considerar es que la necesidad es la madre de la innovación. Y ¿dónde está esa demanda?

Quiero comenzar haciendo referencia a un ejemplo clásico que se utiliza en la discusión sobre innovación, que es el caso de *Hewlett Packard*. Como ustedes recordarán, esta empresa fue creada en 1939 —quiere decir que tiene más de 70 años— y se transformó más en corporación en 1947. La gente la ve como un modelo clásico de innovación, pero lo que hay que entender es que *Hewlett Packard* pudo serlo porque tuvo mucha demanda en ese sentido. Su gran producto fue un oscilador para Walt Disney. Pero luego se produce una



cuestión muy importante en Estados Unidos, que explica de alguna manera el desarrollo de un ecosistema que después de muchos años pasó a ser el *Silicon Valley*, que fue la Guerra del Pacífico, Estados Unidos con Japón. Esa fue una guerra muy tecnologizada, digamos. Los que hayan visto las películas de guerra de esa época, habrán podido darse cuenta de que Japón tenía un poder industrial importante, capaz de tener portaaviones, submarinos, aviones, radios, radares de gran potencia —fue de los primeros en usarlos—, y Estados Unidos no tenía capacidad de responder a la velocidad a la que tenía que hacerlo. Y esto llevó al desarrollo de *Hewlett Packard*: radios, sistemas de tiros, etcétera. Creó una demanda que a la vez formó un ecosistema que permitió que esto surgiera.

Pongo este ejemplo simplemente para enfatizar el hecho de que si nosotros no miramos las necesidades de innovación por el lado de la demanda, no vamos a tener la capacidad de desarrollarla como se requiere. Voy a finalizar la reflexión, diciendo simplemente que después de la Segunda Guerra Mundial, la única opción que le quedó a Japón, como consecuencia de los Tratados que se hicieron, fue desarrollar la electrónica de consumo. Y Estados Unidos, producto de la Guerra Fría y luego de la carrera espacial, desarrolló la electrónica profesional, la computación; perdió la electrónica de consumo en el mercado mundial hasta que *Apple* volvió a ella recientemente. Entonces, los cambios que se produjeron después de la Guerra hicieron que algunos países se especializaran en un área u otra de la electrónica. Japón utilizó la capacidad de compra del Estado para desarrollar la computación, porque no podía utilizarla en sus gastos militares.

El otro ejemplo, mucho más de innovación y más corriente para nosotros en nuestros días, también tiene que ver con estos procesos de demanda gestionada y desarrollada por el Estado. Me refiere a Internet. Esta se desarrolló para ser una red indestructible frente a un ataque nuclear, pero no era posible que operara de la manera en que todos nosotros la usamos todos los días si no se cumplían dos condiciones necesarias. Una de ellas era el desarrollo de la web. Cuando ustedes usan el computador van a ver un “http”, que es el protocolo de la web y que se desarrolló en Ginebra, en el CEIN, el Centro Europeo de Investigación Nuclear. Eso per-

mitió que todos los mensajes se transmitieran con rapidez. Sin embargo, eso no era suficiente: faltaba todavía que hubiera un navegador, y este sale también de fondos públicos. El producto principal, el prototipo, fue el *Mosaic*, y de este nació *Netscape* —que fue uno de los casos más espectaculares de salida a la Bolsa—, del que comenzó la burbuja de Internet en los años noventa. En esa época yo participaba en el Consejo Internacional de la AT&T, y estuve en una reunión con la gente de *Netscape*, que quería vender su compañía a la AT&T. Y en la presentación, una persona dijo que a lo mejor un día la gente iba a poder hablar por teléfono por medio de Internet. Eso hizo que la gente de la AT&T dijera: “Estos señores están locos; nosotros no queremos comprar”. Si lo hubieran hecho, habrían realizado un gran negocio. Si uno mira lo que pasó con Internet, por qué Estados Unidos se desarrolló como lo hizo con Internet, puede observar que una de las razones básicas es que parte del proceso de re-regulación de la AT&T —es decir, de su descomposición en varias compañías— fue que la transmisión de datos fuera gratis. Ni el regulador ni la AT&T se dieron cuenta de que los datos podrían ser, en el futuro, algo sumamente valioso como lo son hoy día. Esto hace que Estados Unidos, muy rápidamente, difunda la Internet. Sin embargo, el país que tenía más comercio electrónico en esa época era Francia, con el Minitel.

Hago estas reflexiones simplemente para demostrar que la necesidad es la madre de la innovación. Ninguno de estos productos podría haberse desarrollado sin la intervención de las empresas: *Netscape*, AT&T. Pero en el caso específico de Internet, el Estado fue el que agregó la demanda de innovación con la construcción de este tipo de redes y de sistema, producto, en ese caso, de la Guerra Fría.

El segundo ingrediente importante —y quiero conectarlo con el primero— es el rol de la regulación. Y el primer componente aquí es el papel de la competencia, elemento que ya enfatizó el Presidente Sanguinetti. Simplemente quisiera decir, a modo de ilustración, que si uno ve el caso de la IBM, el hecho de que hayan tenido que dividirla entre *software* y *hardware* hace que hoy día exista la industria del *software*; de otra manera no existiría. Lo mismo sucedió con las telecomunicaciones más adelante.

En lo que tiene que ver con la competencia, hay dos tesis sobre los países pequeños. Una de ellas dice que un país pequeño necesita un sistema de competencia benigno, porque los mercados pequeños son relativamente restringidos y, por lo tanto, la ley de la competencia tiene que ser benigna. Pero esto no es históricamente correcto: muchos países pequeños han tenido una competencia muy fuerte y han alcanzado mucho éxito en esos procesos.

El segundo componente de la regulación que enfatiza y crea demanda en la innovación es la defensa y la seguridad del consumidor y el consumo. En esta área, todo lo que es innovación en empaques, en sistemas de frío, en calidad de los productos, etcétera, ha sido un acicate muy importante para el desarrollo de la innovación y para la seguridad del consumo. Y lo quiero enfatizar —lo voy a desarrollar más adelante—, simplemente porque nosotros no pensamos en la regulación necesariamente como un proceso que permite y desarrolla la demanda de innovación.

El tercer punto que quiero mencionar referido a la regulación es el que tiene que ver con la producción y las áreas sectoriales. Y aquí quisiera hacer una reflexión sobre el tema de cómo el sector público y el privado pueden trabajar de una manera sincronizada y desarrollada para ser el puente entre el presente y el futuro. Voy a dar dos ejemplos, simplemente para ilustrar.

El primero es el siguiente. Todos nos beneficiamos —seguramente muchos de nosotros en esta Sala— del hecho de que en particular los automóviles japoneses y los europeos tengan mejor desempeño desde el punto de vista del uso de combustible, de la seguridad, etcétera. De hecho, los automóviles más corrientes hoy día —no necesariamente los más caros— tienen el mismo precio que hace diez años, en términos reales, a pesar de que tienen muchísima más tecnología, muchísimo más desempeño y muchísima más seguridad. ¿Cómo ha sido posible? Ha sido posible por un proceso consensuado entre el sector público y el sector privado. ¿Cómo opera? Conozco más el caso de la Unión Europea —no conozco en detalle la situación de Japón, pero debe ser similar—, y sé de su decisión de que en dos o tres años haya una disminución de la polución que producen los vehículos, un aumento de la seguridad —van a tener que tener almohadas no solamente en el frente

sino también en las puertas— etcétera. Esto siempre se discute con la industria. Y esta va a decir, por ejemplo: “Eso no lo podemos hacer en dos años, pero sí en cinco. Y tampoco lo vamos a poder hacer todo en ese período, porque esto es muy complicado”. Hay que ver que la industria automotriz es muy complicada, especialmente en lo que tiene que ver con la cadena de valor. Pero al final se llega a un acuerdo, en el que se establece, además, la ruta; es decir, qué se va a poder hacer en dos años, qué en tres, etcétera. Y este proceso es apoyado por fondos de innovación del Estado, cuando corresponda, porque es tecnología demasiado avanzada; asimismo es apoyado por fondos de reentrenamiento del Estado, y de educación para la fuerza de trabajo, si ello es necesario. Y hoy día tenemos los vehículos que tenemos simplemente porque hay un acuerdo consensuado, un proceso de creación de la regulación consensuado entre el sector público y el sector privado.

Se establece un puente, entonces, entre la acción del Estado de crear demanda —y aquí se crea demanda en el sentido de que al hacer una norma todas las industrias, todas las compañías están obligadas a respetarla— y su compromiso a ayudar, con fondos de innovación, de reentrenamiento, etcétera.

El caso del automóvil es clásico, porque todos lo hemos visto y todos nos beneficiamos de este proceso. El otro lado de la moneda es lo que pasó después de 2008 con General Motors y con Chrysler, que se fueron a la bancarrota. Y una de las razones de que ello sucediera fue la de que en vez de tener este proceso, en Estados Unidos —ahora lo están teniendo—, utilizaban mucho sus recursos en hacer *lobby* para que no hubiera regulación. Al final, terminaron con autos de bastante menor desempeño que los japoneses y los europeos.

El tercer aspecto de la regulación es el relacionado con las políticas sectoriales, industriales. Sobre el tema hay una gran literatura, pero yo quiero hablar de una industria en particular, simplemente porque es relevante en lo que hace al empleo y a la pobreza. Cada vez que hablamos de innovación siempre pensamos en telecomunicaciones, silicio, Apps, etcétera, pero voy a citar el caso de una industria que es fundamental para el desarrollo social de los países; una industria en la que la clase media y también los pobres invierten sus mayores ahorros. Me refiero a la industria de la cons-



trucción. Se trata de una industria regulada en todas partes del mundo, por razones bastante obvias; sobre todo en países sísmicos, pero en general en todos lados. Ahí es donde la clase media invierte su mayor ahorro y crea su mayor activo. En el caso de los pobres, es distinto, especialmente en América Latina. Nosotros tenemos la costumbre de que las normas de la construcción no se aplican necesariamente de la misma manera a la vivienda social; en la mayor parte de América Latina, el pobre ahorra para pagar su vivienda social, pero finalmente termina sin un activo porque la calidad de la vivienda es muy baja. Entonces, tenemos el problema de que si la calidad de la vivienda es baja, tanto la clase media como los pobres terminan con activos muy depreciados o inexistentes. Y una de las razones por las cuales algunos países de Asia han sido capaces de sacar a su población de la pobreza en una generación, se explica en gran medida por las políticas de vivienda que tienen. En primer lugar, tienen la misma calidad de la vivienda de la clase media o del país para la vivienda social; y en segundo término, al Estado le conviene más asegurarse de subsidiar una vivienda social de la misma calidad que la normal, porque el pobre va a tener un activo, que heredarán sus hijos.

La vivienda, pues, que siempre ha sido una temática de la política en general y de la política social en particular, pasa a ser un acicate muy importante para el desarrollo de la innovación.

Quiero decir, por ejemplo –y voy a tomar el caso de mi país–, que en Chile nosotros no tenemos doble vidrio en las ventanas, a pesar de que muchas regiones del país son muy frías; yo, particularmente, vengo de Punta Arenas, que es el extremo sur de Chile, donde el frío es realmente intenso. Podríamos tener doble vidrio, pero eso es muy caro, porque no hay economía de escala. Y ¿por qué no la hay? Porque no hay norma. Entre paréntesis, la ventaja de un doble vidrio es que si uno consume 60% menos de energía para calefaccionar la casa, o para refrescarla durante el verano; además, en el caso urbano tiene una ventaja muy importante, porque reduce un 40% el ruido, que es un problema de salud pública.

Menciono esta cuestión, porque cuando nosotros pensamos en la innovación, en el empleo y en la pobreza, no miramos las políticas públicas desde el punto de vista de cómo las hacemos para que efectivamente podamos crear empleo, innovación, competitividad y productividad y, al mismo tiempo, sacar a los sectores pobres de la pobreza.

Los asiáticos copiaron las políticas de vivienda que mencionaba de las utilizadas después de la Segunda Guerra Mundial, particularmente por Suecia, que ha logrado una ventaja competitiva en esta área sobre la base de la utilización de sus normas de construcción para ayudar a las industrias a aumentar su capacidad técnica.

La tercera área es la que tiene que ver con el uso de los gastos del Estado para crear demanda. Todos los Estados tienen una capacidad enorme de compra. En América Latina algunos Estados han “electronizado” las compras públicas, pero todavía no hemos avanzado más en cómo ayudamos a que nuestras industrias se desarrollen con mayor índice de renovación y de calidad a través de las compras del Estado. ¿Por qué es importante esto? De nuevo, porque se crean masas críticas y economías de escala.

En mi país, el Ministro de Obras Públicas acaba de anunciar US\$ 10.000:000.000 de concesiones, en los próximos años; y esas concesiones tendrán que corresponderse con las necesidades del país en el Siglo XXI, por ejemplo con la eficiencia energética, que en Chile pasa a ser un tema crítico debido a los costos de la electricidad. La discusión con el Ministro era la de que las concesiones tienen que tener requerimientos de eficiencia energética; hablo de aeropuertos, de carreteras urbanas. Hoy en día, existe la tecnología para eso. ¿Y por qué él es el único, de alguna manera, capaz de armar bien esa cuestión? Porque desde el punto de vista de crear una industria, de crear capacidades técnicas, de obligar a entrenar gente para trabajar en el próximo problema, que es la eficiencia energética, la responsabilidad recae en gran medida en el Estado. De hecho, fue el Presidente Lagos quien cambió las compras del

Estado y las hizo electrónicas. Recuerdo que su gran preocupación era cómo subir a las Pymes a la red. Y la respuesta para eso es que el Estado compre electrónicamente. Eso ha tenido un impacto muy importante en la utilización de las redes por parte de las Pymes.

El cuarto punto refiere a los mecanismos institucionales para hacer esto. Hay muchísimos mecanismos: los coreanos tienen unos, los alemanes otros. El caso particular de Alemania es muy interesante, porque el Estado alemán pone bastante capacidad, bastantes fondos de innovación para apoyar a la industria automotriz, pero no selecciona tecnología. Aquí siempre hay una discusión en torno a que el Estado elige tecnología, y se habla de ganadores y perdedores. Ese tipo de políticas públicas desapareció hace bastante tiempo. Aquí el Estado apoya el desarrollo de tecnologías genéricas hasta el punto de la comercialización, y ahí los privados tienen que elegir qué tecnología quieren y cómo la van a utilizar. Esto es lo mismo –entre paréntesis– que ha hecho Estados Unidos con los gastos de Defensa; se desarrolla tecnología básica, pero después de eso la gente la puede utilizar de muchas otras maneras, y eso explica, entre otras cosas, por qué en Estados Unidos el 80% del capital de riesgo va a la industria que está relacionada con la Defensa. Esto es simplemente porque el riesgo tecnológico lo ha sacado.

Quisiera finalizar ahora con algunas conclusiones. La primera es que sin un aumento creciente de la exigencia, una sociedad no tiene sentido de innovar. Y ¿cómo subimos la exigencia de la sociedad? Aquí es donde hay un pacto necesario entre el sector público

y el privado para buscar la manera de, en forma sistemática y sostenida, ir aumentando la exigencia de la sociedad en la producción. Esto requiere procesos específicos; no voy a entrar en ese asunto, pero digo simplemente que requiere una manera de trabajar entre el sector público y el privado, que incluya preocupación sobre las problemáticas relacionadas con los conflictos de interés pero que la haga posible. Y es posible y se hace en muchas partes del mundo, y estos procesos permiten focalizar incentivos y fondos para innovación para apoyar el desarrollo de las industrias.

Y, finalmente, este proceso también requiere innovación y modernización del aparato del Estado, porque típicamente nuestros Estados no están preparados para trabajar de esta manera.

Muchas gracias.

7 - Crecimiento y Empleo, necesaria retroalimentación

Felipe González

Buenos días.

Muchas gracias. Hoy no me han dado tiempo de romper el ritmo de la reunión, que sigue muy interesante. Ya saben que entre algunos de los presentes, como Fernando Henrique Cardoso —los voy a nombrar en un orden de más jóvenes a mayores de edad—, o el Presidente Sanguinetti, o el Presidente Lagos, llevamos —diría García Márquez— como treinta y pico de años de una conversación que todavía no acaba. Porque mientras más edad sumamos, más curiosidad tenemos para buscar respuestas —tomando como base la experiencia— a los nuevos desafíos que nos plantean el presente y el futuro.

Creo que eso es lo que en buena medida nos mantiene jóvenes. Pero también nos mantiene jóvenes el hecho de que normalmente no aceptamos hacer tres o cuatro monólogos sucesivos, sino que nos interrumpimos entre nosotros generando un debate sobre los temas que estamos tratando.

A mí casi siempre me invitan a comenzar esta fase de nuestras intervenciones, porque se supone que soy más provocador o menos políticamente conveniente que ellos. Por lo tanto, ellos después se encargan de responderme. En ese diálogo o debate han intervenido otras muchas personas: desde hace muchos años, por ejemplo, Carlos Slim. Ahora debatimos menos, porque hemos empezado a aburrirnos de estar un poco demasiado de acuerdo, o un poco más de acuerdo de la cuenta. He oído hoy a Carlos, y puedo decir que ha sido, en los temas de empleo, demografía y revolución tecnológica, bastante más provocador de lo que se puede esperar de un empresario como él. Porque vean: primero les ha dicho, con otras palabras, que en muy poco tiempo vamos a estar hablando de empleabilidad y no de empleo; mientras tanto, el Ministro de Industria está preocupado por la generación de empleo de calidad, que siempre es un problema cultural, de conocimiento acumulado. Si asociamos la idea de un empleo con una buena formación profesional, a la de que dure el máximo tiempo posible —si es posible toda la vida— tenemos que saber que eso dentro de pocos años no va a ir más. Hay que tener una formación flexible y continua para, digamos, disfrutar de empleabilidad. Y para tener un alto grado de empleabilidad, en una sociedad en cambio rapidísimo y profundo, tendremos que tener la ca-



pacidad de adaptarnos a distintos puestos de trabajo a lo largo de la vida laboral, lo cual va a exigir un tipo de formación profesional a la que se estaba refiriendo implícitamente Carlos Slim. No estoy hablando de la formación de los ingenieros informáticos que, por cierto, con frecuencia, cuando acaban su carrera y tienen su título, si se descuidan, a los dos años ya se ha quedado obsoleto su conocimiento. Tienen que actualizarse a toda velocidad, pero Carlos no hablaba de eso, sino de la formación profesional hacia abajo.

Alguna vez hemos discutido un concepto que tiene una gran dificultad: ¿en qué consiste la educación o la formación de capital humano? ¿Consiste solo en la transmisión de la calidad y cantidad de conocimientos —que es un proceso de acumulación histórica— máxima disponible? El Presidente Sanguinetti ha hecho una ligera crítica, pero dura, de cómo se comporta el mundo de nuestras universidades, de las que compartimos, en las que todavía —de verdad— se piensa mucho en la formación para recuperar las revoluciones perdidas —y que nunca se producirán— en lugar de ser vanguardia de la innovación, de lo que somos capaces de anticipar del futuro. Pero a la formación como acumulación de conocimiento, que se transmite con calidad y cantidad a los jóvenes, hay que añadir un elemento fundamental: entrenamiento para saber traducir el conocimiento en una oferta que agregue valor a los demás, sea en trabajo por cuenta ajena, sea en trabajo por cuenta propia. Y no estoy hablando de una enorme cualificación, sino de la cualificación que consideremos más sencilla. Depende de la conciencia del valor que se añade, que la empleabilidad sea más alta o más baja. Dicho en términos mucho más sencillos: un trabajador, un profesional consciente del valor que añade a los demás aplicando su conocimiento de manera eficiente tiene mucha más empleabilidad que un trabajador que no tiene esa conciencia y que, por lo tanto, es perfectamente sustituible.

Por tanto, aquí, del empleo se han dicho muchas cosas, y yo terminaré rematando con una pequeña reflexión sobre el Estado. ¿Qué ha dicho Carlos Slim? En las sociedades europeas maduras ya se está viviendo. Por eso les he dicho que aquí hay un problema que mezcla, entre otras cosas, el tema de la demografía. La esperanza de vida ha aumentado; eso debería ser una

bendición para todos, claro, pero para la sostenibilidad de los sistemas de pensiones, plantea un problema, un desafío muy serio. Porque el primer individuo al que se le ocurrió plantear un sistema de pensiones no fue un revolucionario, aunque lo acusaron de comunista. Me refiero a Bismarck. Y cuando el mariscal Bismarck decide, en Alemania, que la persona que trabaja hasta los 65 años merecería un descanso pagado, una pensión, lo decide en un momento de la historia en que uno de cada cien pasaba de esa edad. Por consiguiente, 99 de cada 100 eran responsables de mantener ese sistema de pensiones.

En mi país, como están las cosas hoy —este es un pequeño dato, y no es porque quiera hablar de España, porque bastantes problemas tenemos, y algunos son ilustrativos—, por un pensionista pagan dos activos. Simplemente comparemos los dos casos: por un lado, 99 a 1, y por el otro, 2 a 1. En realidad, ya hemos superado ese 2 a 1, pero todavía tengo esperanzas de que vayamos a recuperar un poco más de empleo.

Tenemos entonces un factor extraordinariamente importante. Carlos Slim ya ha dado una respuesta, de esas que son como pecados mortales, pero coincidiendo completamente. Tenemos que hacer una cosa como mágica con el empleo: hay que aumentar el tiempo de vida laboral en la medida en que también aumenta la esperanza de vida. Carlos alivia la situación, con toda la razón del mundo, diciendo que cuando el trabajo era tan penoso que dependía exclusivamente de la fuerza que se ponía, o incluso de formar parte de la cadena de producción como una pieza más de una máquina, el agotamiento merecía el premio de la jubilación antes. Ahora, la variable estratégica no es la fuerza, no es lo que hay desde el cuello para abajo sino lo que hay desde el cuello para arriba: es la capacidad creativa, la inteligencia, el cerebro, etcétera. Un neurólogo amigo mío dice que es el único músculo que salvo accidente o enfermedad puede seguir desarrollándose por más años que se cumplan, en tanto que el resto se va agotando. Pero al cerebro hay que mantenerlo entrenado. Por eso estamos en el Círculo de Montevideo, y en otros, para mantenerle entrenado y darle actividad y productividad.

Pero también para mantener una actividad, una actividad que prolongue la vida laboral. Fíjense —y ahora sí vuelvo nuevamente a mi país— que en España tenemos un 25% largo de paro y 50% de desempleo juvenil. Imagínense la magnitud del drama en una respuesta equivocada a la crisis, equivocada de toda Europa —y no hablo de Gobiernos de una ideología o de otra—; una respuesta que, además, se ha hecho para intentar controlar el desequilibrio de las cuentas públicas, sobre todo para intentar controlar el crecimiento de la deuda con políticas que se han llamado de austeridad, maltratando a la palabra, porque la austeridad puede ser conveniente para mantener el equilibrio de las cuentas públicas, pero si se lleva al “austericidio”, se genera una broma como esta. Acabo de recibir hoy la última cifra de la deuda pública española: está en 97,4% del PIB; hace cuatro años estaba en 37. Por lo tanto, para intentar controlar el gasto público, estamos llegando al 100% del PIB. Nadie tiene la culpa, más que una política equivocada. Hemos controlado eso pero, ¿podemos decir que no se nos ha derrumbado el empleo? No. Tenemos 6 millones de personas en el paro y 50% de desempleo juvenil.

En medio de eso, voy a hacer una afirmación que siempre tiene riesgo de ser mal interpretada. Tiene razón Carlos Slim: hay que prolongar la vida de trabajo con una jubilación más tardía, pero a la vez hay que dar oportunidad de trabajo a los jóvenes, que no la tienen. Y, para colmo, hay que reciclar profesionalmente a los desempleados de larga duración, pero tenemos un primer desafío; y voy a empezar por Paraguay, ya que estamos aquí. ¿Cuál es el propósito? El propósito es ver cómo cada uno de nuestros países y de nuestras regiones se inserta en esa nueva realidad, que no va a dar marcha atrás, que es la economía global, la revolución de la información, la interdependencia creciente. Y como tenemos ese desafío, no tenemos más remedio que mejorar la productividad por horas de trabajo o la competitividad. Y los factores de innovación son absolutamente determinantes para ganar espacio de competitividad en la economía global.

Entonces, con todos estos ingredientes, resulta que tenemos que ganar competitividad. Por tanto, la eficiencia de la producción por hora de trabajo, va a aumentar, por todos estos factores, exponencialmen-

te. Vamos a ser mucho más eficientes, porque si no lo somos, estamos muertos. Algunos dicen que en la sociedad de servicios esto es distinto. No es verdad. La innovación no es un sector de actividad; es un proceso que mejorará la competitividad, la eficiencia productiva en todos los sectores de actividad: desde el primario hasta el de los servicios, pasando por el industrial, etcétera.

Por lo tanto, tenemos un puzzle que componer extraordinariamente difícil. Hablo de sociedades maduras, incluso pasadas de madurez, como la europea o la española, con los inmensos problemas que tiene. Y la resultante final —que no lo ha expresado así Carlos Slim— es que tenemos que pensar en repartir el tiempo de trabajo disponible. Parece una propuesta loca del socialismo francés de los años noventa. Pero es una propuesta absolutamente sensata; es que no tenemos ninguna salida. En las sociedades latinoamericanas, todavía tienen un bono demográfico, pero empiezan a tener los problemas del primer mundo; de lo que se llamaba antes el primer mundo y el tercer mundo. Aumenta la esperanza de vida; tienen enfermedades todavía de países en desarrollo y enfermedades de países desarrollados. Imitan a Estados Unidos en esa epidemia universal que es que todos nos ponemos gordos hasta el infinito, el problema de la obesidad, etcétera. Tenemos los mismos problemas de las sociedades desarrolladas, pero, además, los problemas del dengue, etcétera, de sociedades en desarrollo.

Estamos entonces ante el desafío del reparto del tiempo disponible. Lo ha expresado en otros términos Carlos Slim, pero está diciendo lo mismo. Él prefiere el modelo de trabajo de tres días a la semana y de cuatro para entretenerse y divertirse, lo cual dará empleo a otros que se ocuparán en entretener y divertir. Pero da exactamente igual. Para conseguir eso y no perder la dignidad, que va ligada al trabajo y que se pierde incluso cuando el desempleo está protegido por una subvención o por una cobertura si se prolonga mucho en el tiempo —no es lo mismo estar cobrando el desempleo durante seis meses, transitando de un trabajo al otro, que pasarse años y años y años en desempleo, dependiendo primero de una prestación contributiva y después de una subvención—, para dignificar esa parte de redistribución del tiempo de trabajo disponible,



tenemos que buscar fórmulas para ligar la retribución a la productividad por hora de trabajo. Se deben encontrar; no hay otra manera. Yo he coordinado muchos equipos humanos en mi vida, y probablemente muchos de los presentes también, y hay una cosa que no es ideológica, que pertenece a la condición humana: cuando uno coordina equipos humanos, sabe que a igualdad de retribución, la productividad la define el que menos trabaja. Y eso es inexorable.

¿Por qué el otro va a trabajar el doble del que tiene al lado si al final del día va a tener la misma retribución?

Es un problema de dignidad y de eficiencia. Y vuelvo a lo que les decía: el papel del Estado está latente; la colaboración pública privada, todo el día. Hoy, que tuve el privilegio de ser recibido a primera hora por el señor Presidente, recordé una frase que debería ser de Fernando Henrique Cardoso, pero que es mía, aunque ya se la he prestado. Cuando discutimos qué tipo de Estado queremos, no queremos –al menos yo– uno lleno de grasa, clientelar –de cualquier modelo que sea: del comunista, del bolivariano o del Estado clientelar típico de las sociedades capitalistas en desarrollo–, ni uno anémico o esquelético, que sea incapaz de representar los intereses generales aunque sea en concierto con los sectores privados. Tiene que tener la capacidad de representar los intereses generales y, por tanto, de enfrentar los grupos de presión que pueden someter a los intereses generales a sus intereses específicos o particulares. ¿Qué tipo de Estado sería ese?

En una de estas conversaciones, les dije a mis colegas que me gustaría un Estado como los cuerpos de la playa de Ipanema: sin una gota de grasa, pero sin que se le vean los huesos. Claro, los hombres siempre piensan en los cuerpos de las chicas de Ipanema; espero que las mujeres piensen en los cuerpos de los chicos de Ipanema. O sea, sin un gramo de grasa pero sin enseñar los huesos. El Estado esquelético no es capaz de defender los intereses generales de los ciudadanos, que es su función. Y queda mucho por desarrollar en esto. En estas veinticuatro horas, he visto ya algunos de los debates en Paraguay, y son bien interesantes, porque se ven en otros países.

El Estado tiene que garantizar la seguridad física y la seguridad jurídica, y tiene que ser previsible. Tenemos un problema de seguridad física, y no hay libertad sin sentimiento de seguridad. Y, créanme, esto está creciendo en todos los países. Todos hemos accedido al voto que se identifica con el principio legitimador de la democracia. Un gobierno es legítimo, finalmente en América Latina, por los votos, y no por las botas. Muy bien: esa legitimidad de origen tiene que corresponderse con una legitimidad de ejercicio. Y solo se legitima en el ejercicio si cumple una primera función: dar seguridad física y seguridad jurídica a sus ciudadanos. Es un concepto global, porque para tener seguridad física no sólo hay que luchar contra la criminalidad organizada, sino crear las condiciones para que la gente se dignifique mediante un empleo. Eso forma parte también de la seguridad: el Estado que es capaz de promover el empleo. La tentación es crearlo, aumentando *ad infinitum* la burocracia. Esa es la tentación, porque al final es difícil llegar a comprender que el empleo sólo lo dan los empleadores. Políticamente somos capaces de crear empleo en un folio en blanco –es lo más fácil del mundo–; lo difícil es después llevarlo a la realidad. Por tanto, se tienen que dar las condiciones para crear empleo, y esas condiciones se hacen a través de la atracción de la inversión, de una inversión productiva más que especulativa.

Cuando hablo de la previsibilidad en el proceso de toma de decisiones de las instituciones de un país, no hablo sólo de un período de Gobierno, sino de lo que sucede a lo largo de varios períodos de Gobierno, teniendo en cuenta que los Gobiernos se alternan y pueden cambiar. Esa previsibilidad a la que llamamos también seguridad jurídica es un factor determinante para el desarrollo sostenible. Si no quieren inversiones depredadoras o puramente especulativas, que traten de recuperar lo que invierten en el menor plazo posible, porque no se fían de si las reglas de juego se van a mantener o van a cambiar, tienen que hacer un marco regulatorio que garantice la previsibilidad en todo el proceso de inversión y de generación de empleo. Y de paso, algo que está de moda: ya no hay un solo país que no haga un informe de impacto medioambiental en cualquier proyecto de infraestructura de obra pública o de lo que quieran ustedes. Bienvenido el informe de impacto medioambiental.

Yo, que discrepo en cuanto a dónde están los límites de una fiscalidad razonable, no creo que una fiscalidad mínima permita al Estado tener cubiertos los huesos de un cierto músculo. La mínima mínima lo hace poco eficiente, por tanto hay que mejorar la fiscalidad para que el Estado cumpla sus funciones. Lo digo como precaución y en forma previa a lo que voy a decir ahora. Yo he gobernado muchos años, y sé que hay gente especializada en saber dónde suena la plata, para, en el caso de que haya necesidades recaudatorias, meter dinero en el bolsillo del que tiene plata. Para entendernos: nuestros sistemas fiscales son más injustos porque paga poca gente y muchos eluden la fiscalidad, que por el nivel de la presión fiscal. Pero hay algo que sugiero, que propongo, y a lo mejor tenemos ocasión de discutirlo mañana: cada vez que alguien que sea especialista en recaudación fiscal se invente un nuevo impuesto, añada una tasa o lo que sea —lo he hablado con el Presidente Leonel Fernández hace ya tres mandatos, porque es de los que continúan mandato a mandato y ahora seguramente irá por otro; él va a durar más de lo que duré yo, porque tiene la ventaja de que no se aburre; yo ya estaba aburrido hasta de mí mismo—, tendría que hacer un informe —el informe sobre un tributo no va a ser de impacto medioambiental, aunque a veces lo podría ser—sobre qué efecto tiene ese tributo para la inversión y el empleo. Porque si todos decimos —cualquiera sea nuestra ideología— que el primer objetivo del Gobierno es la inversión generadora de empleo, y hay determinada fiscalidad que dificulta la inversión generadora de empleo, se consiguen dos efectos: como hay menos inversión generadora de empleo y por tanto menos crecimiento económico, la recaudación no aumenta y, naturalmente, se niega la posibilidad de invertir y generar empleo.

La última reflexión es la que más choca siempre: yo no creo que haya crecimiento con equidad; yo creo que hay un modelo más eficiente de crecimiento con redistribución razonable del excedente. La equidad es un concepto moral, y cada uno tiene la moral que tiene, y es imposible poner en la balanza cuánta moral tiene cada cual. Entonces, todo el mundo es solidario; todo el mundo quiere acabar con la pobreza; es muy difícil encontrar a alguien que no.

La izquierda latinoamericana siempre habla de crecimiento con equidad. Estoy de acuerdo con el propósito pero es erróneo, porque es atribuir al crecimiento un valor económico científico y a la equidad un valor moral, que nos ha llevado durante mucho tiempo a decir que primero hay que crecer y después redistribuir. Y antes de empezar la redistribución, en esta costumbre que tenemos de tener crisis cíclicas, llega la crisis y decimos: “No; mientras dure la crisis no se puede redistribuir”. Y así llevamos décadas y décadas. Hay que crecer y redistribuir al mismo tiempo. Primer factor de redistribución: el empleo. Segundo factor de redistribución: educación y sanidad, que mejoran el capital humano y hacen un círculo virtuoso. Lo harán público o público privado; vean las fórmulas, pero si no hay crecimiento y redistribución, el modelo económico de la globalización patinará ahora, mañana y pasado. Y los movimientos sociales que vemos, por ejemplo en Brasil, son los movimientos sociales de las personas que han salido de la pobreza por acciones de Gobierno; pero yo digo que han salido de la marginalidad: antes no contaban para el sistema ni el sistema contaba con ellos. Ahora están dentro del sistema: ahora tienen el título de propiedad de una casita y tienen un empleo; y lo que quieren es educación para sus niños. Eso va a obligar a los Gobiernos a priorizar de manera radicalmente distinta el gasto —¡por fortuna!— para la sostenibilidad del desarrollo de los países.

Gracias.

8 - Combinar bienestar social y competitividad

Fernando Henrique Cardoso

Buenos días a todos.

Agradezco en particular a mi querido amigo Julio María Sanguinetti, y a Eduardo Felippo, que nos han propiciado una mañana tan agradable. Pero también quisiera quejarme, porque no es justo invitar a alguien que va a hablar un idioma que no es el propio a realizar una exposición después de varios disertantes que se expresaron de una manera brillante, con una hermosa retórica, y pedirle que continúe hablando sobre un tema cuando ya todo ha sido dicho y he escuchado con mucho provecho. Tengo muy poco que agregar.

Por circunstancias de la vida, me he visto obligado a dar clases en idiomas que no domino, por lo que siempre he tratado de ahorrar palabras, de hablar poco; lo mismo vale para el español. Me disculpo, entonces, con antelación, porque seguramente voy a ser breve. Tengo que confesar que envidia la capacidad de quienes me antecedieron en el uso de la palabra, porque se han expresado de una manera profunda pero también agradable. Más aún —y ya lo ha dicho Felipe—, de pronto vemos que es un empresario el que propone una revolución, revolución esta que va en mi contra, porque pretende que sigamos trabajando después de los ochenta años. ¡Es demasiado!

El otro día me encontré con un amigo brasileño que es todavía mayor que quien habla, y cuando yo le decía “Ya tengo más de ochenta; si llego a noventa...”, me interrumpió diciendo “Pero, ¿por qué poner trabas a la generosidad del creador? Imaginemos entonces que ochenta sea un límite aceptable, pero quizá no sea suficiente y con el tiempo se quiera más. Y es verdad, con la condición de que se entienda, como aquí se entendió, lo que significa la palabra “trabajo”. Trabajo ya no significará lo que significaba antes —aunque para muchos todavía sí—, lo que ha significado a lo largo de la humanidad: una carga, un desgaste físico. En el futuro va a significar algo más que eso: es la alegría de la innovación, de la cultura, de la participación en los diferentes caminos de la vida, y estar junto con otras personas capaces de hacer lo mismo.

Eso sí es revolucionario. Cuando Carlos propone la disminución de los días de trabajo y el aumento de los años de labor está, simultáneamente, tratando de solventar la otra gran cuestión: la Caja de Previsión



Social, porque si uno trabaja más tiempo disminuye el contingente negativo de la deuda posible porque tenemos un derecho a la jubilación. Todo eso es verdad. Ahora, en términos de la experiencia nuestra de América Latina –y el tema al que me desafían es el de una visión sobre el bienestar social y la competitividad–, bienestar social es un concepto que se ha creado hace mucho tiempo y que ha servido de motivación para los partidos socialdemócratas. Eso viene de Beveridge, un teórico inglés que fue quien propuso una sociedad de bienestar, lo cual significaba, en aquel entonces, en primer lugar, que la clase obrera, que estaba apartada de ciertas ventajas que las clases medias ya habían obtenido, pudiera también acceder a los mismos beneficios; en segundo lugar, algún grado de seguridad social para aquellos que carecían de jubilación, vacaciones, límites a la duración de la jornada laboral. Eso fue la gran lucha europea en la primera mitad del siglo pasado, y esa lucha fue encauzada básicamente por los partidos socialistas y laboristas de Europa.

Pero en nuestro caso, el de América Latina –y más particularmente el de Brasil–, la situación era mucho más compleja. No se trataba sencillamente de ampliar derechos, sino de –y voy a utilizar una expresión que ya fue mencionada– qué hacer con quienes nunca habían sido empleados y quizás no eran empleables. En el caso de Brasil, la más enorme masa de gente excluida de la sociedad adviene del hecho de que tuvimos esclavitud. Y cuando esta termina, la gran mayoría de la fuerza de trabajo esclava queda sin trabajo y sin posibilidad de tener acceso a él, justamente porque coincide con el momento en que llegan los inmigrantes de Europa. La fuerte corriente migratoria, entonces, ocupa las plazas de trabajo, y los hombres negros quedan fuera de él. Son las mujeres negras las que a lo mejor logran alguna vinculación con el mercado de trabajo como empleadas domésticas. No por casualidad hay un culto a la madre negra, porque es realmente la que asegura la continuidad de la familia; el hombre está al margen. Esta situación crea una masa compacta, inerte, de no empleables. Esto varía de país a país. Creo que fue Ricardo Lagos quien habló ayer de la pobreza dura, que se constituyó con personas que no tienen experiencia de trabajo; no tienen cómo tenerla.

Quiere decir que la cuestión del bienestar social en nuestra región tiene una multiplicidad de dimensiones. Incorpora la idea europea, que básicamente hace a la clase media y a la clase trabajadora. Y en eso hemos avanzado. Pero hay otra dimensión que refiere a cómo incluir, a cómo vincular a la sociedad a quienes nunca tuvieron empleo y a lo mejor no lo tendrán. Hay que actuar, entonces, simultáneamente, en los dos niveles. Pero hay otro más que ha sido demostrado esta mañana de forma muy brillante: en el futuro la noción de trabajo será otra, y la misma noción de empleo desaparece, porque viene la de ocupación, y el empleo deja de ser quizás algo organizado en un proceso productivo, en una fábrica o en una oficina, para ser algo que se desarrolla en la misma casa de uno por medio de Internet, por ejemplo.

Tenemos, entonces, que el bienestar social se puede considerar desde, por lo menos, tres dimensiones: qué hacer con los que nunca han estado incluidos, cómo mejorar a los que ya están y cómo preparar para el futuro a los que, estando incluidos, no se dan cuenta de que mañana no lo estarán. Y al hablar de estos, estoy hablando también de las nuevas generaciones, que tendrán que enfrentar esta situación.

Por lo tanto, no hay una receta, porque tenemos que actuar a diferentes niveles de la sociedad para darnos cuenta de la realidad que nuestra situación nos impone.

Hemos logrado algunos avances en varias regiones, y se han hecho asimismo algunos esfuerzos tendientes a la disminución de la pobreza. Este es solo un ítem en la cuestión de la sociedad de bienestar. Y aun cuando hemos logrado algunos puntos bajando la pobreza absoluta, la pobreza y la miseria, tenemos que darnos cuenta de que hoy día la noción de bienestar no implica solamente tener un sueldo o una transferencia directa de renta o, ni siquiera, una ocupación; tiene que ver con otras dimensiones que la sociedad contemporánea desarrolló y de las que todo el mundo se percata: la gente quiere tener dignidad, respeto, participación en lo que ocurre y calidad.

Los que han seguido los movimientos más recientes de mi país, hace un año, en un momento en que Brasil disfrutaba de lo que se suele llamar un casi pleno empleo, o sea, una tasa de desempleo del 5% —eso es un poco engañoso, porque depende de la franja etaria: en el caso de los jóvenes es mucho más del 5%; de todos modos se trataba de una situación aceptable— la gente salió a las calles a protestar. ¿Por qué? ¿Porque no tenía empleo? ¿Porque no tenía atención hospitalaria? ¿Por carencia de escuelas? No. Respecto de este último tema, hemos logrado que todos los niños en edad escolar asistan o puedan asistir a las escuelas; sin embargo, la calidad no es suficiente. La gente, además del acceso a la educación, a la salud, a la tierra, quiere calidad.

En consecuencia, hoy día la noción de bienestar no implica solamente elementos tangibles, sino también aspectos no tangibles. Implica dignidad —yo participo y puedo opinar—; implica calidad, que de alguna manera se puede medir. Pero hay un sentimiento que es mucho más complejo y una demanda que es mucho más fuerte que en el pasado y que va mucho más allá de sencillamente ofrecer algo: quieren tener el derecho a eso y quieren tener la capacidad de exigir una prestación de servicios de más calidad. Eso, en consecuencia, no hace solamente a la empresa sino también al Estado. Y no se resuelve simplemente en términos de “más recursos para...”.

Desde el tiempo en que yo ejercía la Presidencia, tenía la sensación de que lo fundamental a atender no era que nos faltaran recursos fiscales; lo fundamental era la desorganización, la mala gerencia, la incapacidad de hacer que las decisiones llegaran a los que realmente las necesitaban. Y eso, desde aquel tiempo hacia acá, solamente se ha reforzado. Hace poco estuve discutiendo en Brasil con personas que tienen que ver directamente con la prestación de servicios a la gente, y ocurre que la mala calidad del servicio público, además de la corrupción, el clientelismo y la protección política —todos factores culturales—, merman la capacidad que tiene el Estado de actuar en forma efectiva. Y de a poco la gente se percata de eso y exige que sea distinto.

Eso no es un cambio negativo; es un cambio positivo en el sentido de que ya estamos logrando alcanzar ciertos niveles de acceso, pero todavía no hemos logrado llegar a lo que la gente quiere.

En mi país, para provocar, digo frecuentemente: “Miren a Portugal, un pequeño país, que tiene un Producto Bruto incomparablemente más pequeño que el brasileño. Sin embargo, es del primer mundo”. Y aquí nosotros hablamos de tercer mundo, de cuarto mundo, todo simultáneamente. ¿Cuál es la diferencia? Allí hay respeto a la ley; la gente tiene más seguridad jurídica; tiene más seguridad física; la calidad es más elevada que la nuestra. Ese es el desafío para el bienestar. La noción de bienestar no puede ser sencillamente traducida en la cantidad de plata que se da a la educación, a la salud, y en la cantidad de personas que están incluidas en el sistema. Tiene que ver con esas dimensiones cualitativas, y eso es un avance considerable.

De igual modo, y ahora refiriéndome al otro tema que me han propuesto aquí, respecto de la competitividad, hoy día esta no es una característica de la empresa; es de la sociedad, es cultural. No se trata de que la empresa tenga una capacidad productiva y tecnológica de alta calidad. Eso se importa, y muchas de nuestras empresas tienen muy buena calidad. Pero lo que sucede es algo que mencionó el Presidente Sanguinetti anteriormente. La productividad de la agricultura brasileña es muy elevada en comparación con la americana, que es la mejor del mundo. Y ¿por qué es elevada? Porque hubo también innovación; hubo por detrás capacidad tecnológica, universidades, institutos específicos, organizaciones incluso estatales para crear mejores semillas, etcétera. Sin embargo, no podemos competir porque los puertos no son buenos, las carreteras tampoco lo son, y se pierde un 25% o 30% de la producción en el camino. O sea que la competitividad global del país es más pequeña que la ofrecida por otros países. Y en eso incluyo también el sistema tributario nuestro, que es irracional. Y no me refiero a que la presión fiscal en Brasil es elevada, es del 35%, sino al hecho de que para que una empresa pueda fun-



cionar realmente, pueda cumplir todas las reglas de la ley, requiere un ejército de funcionarios, y aún así no las cumple, y eso disminuye la competitividad del país. La misma burocratización, el legalismo —no es lo mismo respetar la ley que utilizarla para dificultar la vida—, disminuyen nuestra capacidad de competitividad.

Entonces, hay que darse cuenta de que es una cuestión mucho más del ámbito cultural, que pura y sencillamente algo que tiene que ver con la empresa o con el Estado en sí mismo. Es más que eso; es un conjunto. Y eso requiere un cambio más profundo en la manera de encarar la vida y las cosas, y en el mismo modo de educar.

Aquí todos dijeron —y es verdad—: si queremos mantener un cierto nivel de competitividad, si queremos bajar la pobreza, si queremos mantener la economía en crecimiento, tenemos que mirar el capital humano, la formación de personas. Pero, ¿qué es lo que se enseña en nuestras escuelas? Normalmente, no es lo que necesitan los alumnos sino lo que siempre se ha enseñado. Toda mi vida fui profesor de Universidad, pero antes ya me preocupaba que en la enseñanza de la Historia de Brasil —que se da desde la Primaria hasta la Universidad— muy raramente se va más allá del período colonial; a lo sumo se llega a la República. Hasta ahí. Cada año se repite lo mismo y lo mismo. Pero más aún: ¿por qué hoy día demanda tanto tiempo enseñar, si tenemos una tecnología nueva, si tenemos acceso a las computadoras, si las redes están allí, si todo está disponible? A menudo los alumnos saben más que los profesores; manejan mejor la tecnología contemporánea que los mismos docentes. ¿Por qué se requiere tanto tiempo para preparar un abogado o un economista, en un mundo que va tan de prisa? ¿Por qué no se puede ir más rápido e incluir más gente en el proceso educativo? Porque eso requiere una transformación en la formación de los profesores mismos. Tenemos que ver que la formación se realiza hoy en gran medida no de forma sistemática sino directamente por el esfuerzo de cada uno, y que incluso los mejores cursos del mundo, de entrenamiento y de formación —como, por ejemplo, los del MIT— están a disposición de la gente en forma compacta.

Esto significa que a pesar de todas las complejidades que sabemos que existen; a pesar de que tenemos que enfrentar problemas de tiempos históricos distintos, también tenemos la ventaja de que estamos en un momento en que ya tenemos acceso a lo mejor del mundo y de manera no tan cara como en el pasado. El asunto es más bien —y permídeseme esta cuestión tan banal— político. Se trata de que los países tienen que tener consenso sobre lo que quieren. Más allá de si la productividad es una cuestión que tiene que ver con la empresa, con el Estado en sí mismo o con la burocracia, es necesario que en los países exista alguna noción acerca de qué es posible hacer, acerca de qué es lo que se desea hacer.

Permítanme otra vez una banalidad. Hace poco en mi país estábamos todos impactados por el Campeonato Mundial de Fútbol. Parece que no nos fue muy bien. Miremos, entonces, cómo jugaron muchos de los equipos, pero particularmente el de Brasil. Algunos de sus integrantes son buenos individualmente, pero parece que falta un sentimiento colectivo, un objetivo que sea compartido por todos, la voluntad de ganar, que demostraron sí los alemanes. Eso no fue Dios que lo hizo. Eso fue una decisión: la persistencia, el consenso de que había que hacer algo. Bueno, si nosotros no formamos consensos que motiven a la gente y la hagan partícipe de un proyecto, de un proceso, difícilmente vamos a lograr transformaciones, porque habrá reacción de los grupos que están ya muy defendidos en sus privilegios. Y no me refiero solamente a los muy ricos. La cultura iberoamericana es una cultura de grandes y pequeños privilegios, y si queremos una sociedad de bienestar social, y si queremos efectivamente garantizar un futuro para nuestros países, tenemos no solamente que reconocer la necesidad de la competencia, de la competitividad, sino también entender, no en el sentido negativo —a esto ya se refirió Felipe— sino en el positivo, que algún grado de homogeneidad, de igualdad, es importante. No se trata de igualdad de riqueza, pero sí de oportunidades. Es igualdad en el sentido de que la gente tiene que darse cuenta de que los privilegios no pueden servir más de defensa para que no se cambien las cosas. A menudo es más difícil de lo que uno se imagina cambiar cosas que parecen

sencillas, y no por la reacción de los muy ricos solamente sino también por la de las clases medias.

Todos los que tuvimos la experiencia —y muchos aquí la tuvimos— de lidiar con las Cajas de Jubilaciones y Pensiones sabemos qué difícil es convencer a algunos de que tienen una jubilación muy elevada y que eso no es justo o de que se tienen que rever las horas de trabajo, porque si no, no hay cómo pagar. Es muy difícil convencer acerca de esas cosas que aparentemente son muy sencillas. ¿Por qué? Porque difícilmente hablamos de esos temas en nombre del colectivo, de la justicia, de la igualdad.

Algunas veces en Brasil, viendo lo que pasaba en Chile, me he preguntado por qué no se hacía un esfuerzo para tratar de que las jubilaciones, en el sector público, llegaran a un mínimo decente, y luego, si alguien quería más, que se capitalizara. Pedí que se calculara cuánto costaría al Gobierno garantizar los derechos que ya estaban asegurados, los de aquellos que ya estaban en el trabajo, o sea, que no estaban empezando y que quedarían en situación de dificultad si no hubiera un aporte del Gobierno. Costaba más que el PIB brasileño. Reitero: si se quería partir de cero, lo que ya estaba acumulado costaba más que el PIB brasileño. Como nadie es irresponsable, eso no es posible. Entonces, hay que hacer algo más gradual.

Indudablemente, si queremos garantizar una sociedad con un sentido de bienestar social, vamos a tener que enfrentar esa cuestión. Y yo no pongo al margen lo que dijo Carlos Slim: hay que tener otra concepción de lo que es el trabajo, de cuánto tiempo uno trabaja, etcétera, porque es inaceptable hoy día que alguien se jubile a la edad de 50 años. Cuando yo era Presidente, la edad promedio de los profesores universitarios para

jubilarse era de 50 años. O sea que por 25 o 30 años más alguien iba a pagar por ellos. Y en aquel entonces se jubilaban con una prima de 20% más. Yo suprimí esa prima y casi me mataron. Pongo este ejemplo para no hablar de otros sectores de la sociedad, que son corporaciones, como los magistrados, los militares, etcétera, que tienen una serie de ventajas acumuladas y dificultan enormemente una visión de una sociedad de bienestar generalizado.

Por eso digo —y con esto termino— que, pese a todo lo que aprendimos esta mañana, es necesario que continuemos trabajando en el sentido de promover la concientización de esas cuestiones para que se cree una brecha, una oportunidad de que la sociedad pueda pactar de una manera diferente cómo se distribuye lo que va a la inversión, lo que va a la distribución, lo que va a la prestación de servicios públicos, lo que se hace con el sector privado. Eso requiere, implícitamente, una especie de nuevo pacto social, y eso no se hace de la noche a la mañana; se tiene que hacer gradualmente, convenciendo, demostrando a la sociedad que sí es posible y que quizás lo que hoy parece algo imposible como disminuir la cantidad de días de trabajo y extender la vida laboral, es algo que debemos considerar muy seriamente.

Muchas gracias.

9 - El Estado como articulador entre empleado y empleador

Ricardo Lagos

Muchas gracias por la invitación. Muchas gracias por la paciencia de todos ustedes, porque en verdad –he sacado la cuenta– este será el noveno discurso que escucharán en la mañana de hoy.

Creo que buena parte de lo que uno puede decir sobre estas cuestiones ya está dicho. Pero el tema de la articulación del Estado entre empleado y empleador es un asunto que viene desde muy antiguo y que ha tenido muchas evoluciones; porque evoluciones –como aquí se ha recordado– ha tenido el concepto de empleo y empleabilidad. Algunos, a mediados del siglo pasado, plantearon que la evolución de los sistemas económicos a lo largo de la Historia comenzó con la actividad básicamente primaria, con la agricultura y la minería; continuó luego con la secundaria, con la industria manufacturera, y posteriormente con la terciaria, con los servicios. Y claro: el empleo, en sociedades mucho tiempo ha, era básicamente en actividad primaria. En todos nuestros empleos en América Latina, el sector rural era el empleador por excelencia, y así ha sido en buena parte de la Historia de la Humanidad hasta que comienza la Revolución Industrial allá por el 1750. Empiezan, entonces, el sector secundario de la industria manufacturera, la ciudad en torno a la fábrica y el proceso de creación de nuevos empleos. Y cuando se agregan mecanismos de aumento de la productividad en el campo, comienza el otro proceso que va junto con la industrialización, que es el del éxodo del campo a la ciudad, porque ahora se puede seguir produciendo más y mejores alimentos, o se puede hacer una mayor y mejor extracción de mineral con elementos nuevos que se van incorporando gracias a la tecnología. Y si seguimos con la Historia, llegamos a la etapa de los servicios, a la del sector terciario. Creíamos que allí había terminado la Historia, y no nos dábamos cuenta de que comenzaba otra –la de la red, la de la web, la de Internet– que cambió absolutamente todo. Y muchas de las explicaciones que teníamos antes tienen que ver con algunas de estas etapas.

Y si se trata de articular entre empleado y empleador, ¿cómo articulamos lo que puede aparecer como elementos antagónicos entre estos dos, para que sean elementos convergentes en la misma dirección? ¿Qué distinta es la forma de articular, dependiendo de en qué estado de desarrollo nos encontramos! Porque en cada uno hay tipos de empleo son distintos.



Todo este debate lo tenemos en un momento en que —especialmente en esta América nuestra, en que pasamos por un buen momento económico, en que hemos aprendido a hacer las tareas, en que más o menos sabemos cómo manejar las economías, y ¡en buena hora!— empieza a surgir el tema de la desigualdad como una cuestión central. Y cuando se habla de desigualdad, se está hablando de empleo, de salario, de retribución, de aumento de productividad y de cómo se reparte entre empleado y empleador.

Entonces, la forma de abordaje de ayer es distinta de la de hoy.

Uno de los primeros en plantear el tema de la desigualdad y la distribución del ingreso fue un economista que después fue Premio Nobel, Kuznets, allá por 1960. ¿Qué decía? Que a medida que un país va iniciando un proceso de desarrollo, es necesario acumular e invertir —como muy bien nos lo recomendó esta mañana Carlos Slim— y que, por supuesto, mientras se invierte para crecer —según Kuznets—, se produce un aumento en la desigualdad. Precisamente porque se está creciendo, la gente se va del campo a la ciudad. Comienza entonces el pasaje del mundo agrario al mundo industrial; con este comienzan las fábricas, y con ellas los sindicatos y los trabajadores que se organizan. Y a partir de eso —dice Kuznets—, hay un crecimiento del sindicato, que demanda más, y empieza a mejorar el proceso de distribución de ingresos. Es decir que se está en condiciones de poder plantear una mejora en la distribución de ingresos a partir del tipo de desarrollo que está teniendo lugar en el país de que se trate.

El tema es que muchas de nuestras sociedades están pasando directamente del campo —poca industrialización, poca manufactura— a una economía de servicios, en la que, a partir de la red, cambia totalmente la forma como articulamos los distintos tipos de empleo. Y este —entiendo yo— es el tema central de nuestra época, porque es cierto que con las nuevas formas de trabajo que emergen, todos trabajamos juntos, en una u otra forma, empleador o empleado, pero ¿qué me dicen del trabajo informal, del trabajo que no es el de la relación entre empleado y empleador? Porque aquel que no encuentra un empleo —y en nuestras economías la-

tinoamericanas la informalidad del trabajo es una gran norma— busca en qué ganarse la vida. Y se gana la vida en otro tipo de actividades. Lejos estamos, entonces, de hablar de seguridad social; lejos estamos de imposiciones, etcétera, porque la informalidad en el empleo y en el trabajo tiene otras características.

Es aquí donde la introducción de la red nos pone frente a un mundo que cambia, y que cambia rápidamente. Es cierto: el tema central de la articulación —se recordó esta mañana reiteradamente— es que el aumento de la productividad es la base para mantener competitividad, y el aumento de la productividad y de crecimiento se traducen, entonces, en cómo se distribuyen entre unos y otros. Y aquí hay que mantener el equilibrio con mucho cuidado: por un lado, que ese aumento de productividad vaya para el empleador para que siga invirtiendo y, por otro, que vaya también para el empleado, para que pueda haber un sistema de inclusión en que todos sientan que en esta sociedad organizada todos están ganando.

Lo que no es posible es pensar que no haya una articulación adecuada con los aumentos de productividad, porque en ese caso, a la larga, el sistema no va a funcionar. Tenemos que entender los diferenciales de productividad dentro de las empresas.

En Chile, en estos momentos, hay una discusión muy intensa sobre una reforma tributaria y sobre cómo deben tributar las empresas. Hay 900.000 empresas para un país de 17.000.000 de habitantes —lo cual no está mal—, pero entre ellas se encuentran desde las más micro, en las que prácticamente el empleado y el empleador son la misma persona, hasta las muy, muy grandes. Y fíjense ustedes: hay 12.000 empresas que contratan la mitad de la mano de obra que hay y facturan el 78% del total de las 900.000. Por tanto, si el 50% de los trabajadores produce el 78% de la facturación total, el otro 50% de los trabajadores —es una aritmética muy simple— produce solo el 22% de la facturación total. O sea, con 50 produzco el 78, y con el otro 50 produzco 22. ¿Cómo anda, entonces, la productividad por trabajador en las 12.000 y cómo anda en el otro 50% que factura sólo el 22?

En el tema de cómo articular, desde el punto de vista de la fiscalidad, de los tributos, ¿sería lógico que

el impuesto a las empresas fuera igual para esas 12.000 que facturan el 78% y pagan el 85% de todos los impuestos de las empresas de Chile, que para las demás? Recuérdese que son 12.000 en 900.000. La cuestión de articular entre el empleado y el empleador, ¿puede tener una norma genérica para todos? Claro: puede tener la norma genérica de que la regla tiene que ser cómo distribuyo, cómo articulo el aumento de la productividad, que se produce inevitablemente por el progreso humano, para que el empresario siga invirtiendo y el empleado sienta que está también participando en los frutos de ese crecimiento. Pero las productividades son muy distintas en uno y otro sector de la gran empresa respecto de la pequeña y de la mediana.

Y este es un tema real, como reales también son las nuevas modalidades de cómo manejar una empresa. Porque, en muchos casos, tareas que ayer se hacían dentro de la empresa y dentro del sindicato, ahora ocurre que es mucho más conveniente encargarlas fuera de la empresa. Entonces, el *outsourcing* pasa a ser una actividad normal para mejorar la competitividad. ¿Qué sentido tiene, si hay que dar una colación, que esa colación la dé la empresa contratando cocinero y todo lo demás, y no que venga un señor de afuera, que tiene el *expertise* y que nos reparte la comida? Cuando usted va a las empresas del *retail*, al menos en mi país, ve que tienen grandes letreros afuera, en el *mall*, pero desde el punto de vista empresarial, son una sola empresa. Tienen *outsourcing*, y el personal que trabaja allí pertenece: a una empresa el que vende perfumes, a otra el que vende zapatos, a una tercera el que vende electrodomésticos, y a una cuarta el que vende computadores. En consecuencia, no hay un sindicato de esa empresa; hay muchos. Entonces, lo que pensaba Kuznets acerca de que los trabajadores sindicalizados iban a estar en condiciones de acceder y exigir su parte en el aumento de la torta, cambia; porque ahora son muchas empresas.

Entonces, ¿cómo se compatibiliza hoy una legislación laboral, en donde es correcto aumentar la competitividad encargando a otros que hagan las tareas que antes se hacían dentro de la empresa? Y cómo, al mismo tiempo, se busca una legislación laboral que permita a todos aquellos que están bajo un mismo techo —porque lo están— tener alguna forma de poder mejorar sus derechos. ¿Cómo tiene que ser, por consiguiente,

te, una legislación laboral que mantenga el equilibrio ante esta nueva realidad?

Y ¡qué decir respecto de las otras tareas que tienen que ver ahora con la red y con cómo funciona la red a través de esta multiplicidad de personas que están en una u otra forma!

Básicamente, me parece que la forma de la articulación tiene que dar cuenta también de las nuevas realidades, porque estas tienen que ver con una red que, como aquí se ha dicho, coincide también con la emergencia de clases medias en nuestra América Latina, que corresponden a aquellos que hasta ayer vivían bajo la línea de pobreza y que ahora, dejando atrás esa línea, no quieren, en primer lugar, volver atrás y tienen —en segundo término y más importante aún— otras demandas; son más exigentes, exigen ser escuchados y tener mayores niveles de participación.

Cuando se trata, entonces, de articular intereses, tenemos que pensar cuáles van a ser las instituciones políticas que van a emerger en el futuro a partir de lo que es la red y a partir de la posibilidad de que todos estemos en contacto en esa red. Y, en consecuencia, la democracia, que por definición es representativa —las personas eligen a sus representantes—, ¿cuánto va a mantener de representación y cuánto, si quiere dar participación, puede establecer mecanismos para escuchar a esa clase emergente? El rol, entonces, de articulador, ayer articulando entre empleado y empleador, ahora será el de articular también entre el ciudadano y aquel al que elige para que lo represente en la Presidencia, en los Ministerios, en el Parlamento, en los Gobiernos locales, en los municipios. Este es un tema fundamental respecto de las instituciones que surgirán. Y si de instituciones se trata, ante estas nuevas realidades, ¿podemos mantener los consejos empresarial trabajador respecto de temas como salarios mínimos o como negociaciones colectivas? ¿Podemos crear instituciones, a partir de la red, y establecer en ellas los mecanismos para que todos podamos interactuar? ¿Cuáles van a ser las nuevas instituciones?

Todos sabemos que en países mucho más desarrollados —léase Alemania, salvo ahora que la señora Merkel tuvo que aceptar el salario mínimo resuelto por el Parlamento, como forma de articular— el salario míni-



mo, en el pasado, se fijaba en los consejos empresarial trabajador. Se analizaba cómo el aumento de productividad se podía compartir.

Digamos también que hay otra forma de articular. Se ha hablado aquí, por ejemplo, de que la edad de retiro sea más avanzada porque los seres humanos tenemos una expectativa de vida mucho mayor. Pero también está la otra forma: precisamente porque hay un aumento de competitividad laboral, se ha planteado históricamente el tema de la reducción de la jornada laboral; desde aquellos que planteaban la jornada laboral con un máximo semanal de 48 horas hasta quienes han llegado a las 40 y a las 35. Y desde aquellos que en el pasado trabajaban de lunes a domingos, todos los días, hasta aquellos que descansan el domingo, o desde el sábado al medio día, o sábado y domingo porque trabajan solo de lunes a viernes.

¿Cómo, entonces, va a ser el mundo, entre empleado y empleador, respecto de la jornada de trabajo? ¿Cómo se va a establecer esa regulación?

En suma, el tema crucial es el mismo: la distribución de productividad entre empleado y empleador, entre el capital y el trabajo, para que ambos factores productivos puedan seguir desarrollándose.

Ayer alguien mencionaba con mucha fuerza el tema de los subsidios. Es cierto: el subsidio puede ser una herramienta para resolver esta articulación, pero siempre que sea una herramienta de corto plazo, porque en el largo plazo no funciona. Distinto es que usted quiera establecer subsidios condicionados; en ese caso, el Estado, como articulador, está dispuesto a dar subsidios pero a cambio de un conjunto de esfuerzos que el Estado le demanda al que es subsidiado; pero siempre por un período determinado, porque de otra manera se van a crear sectores que van a ser permanentemente dependientes de un subsidio producto del esfuerzo colectivo de toda una sociedad.

Finalmente, me parece que el empleador, que es el dueño del capital, para seguir invirtiendo en nuevos procesos, en nuevas tecnologías, tiene que tener segura una parte de ese aumento de productividad para poder seguir realizando su función. Lo mismo del otro

lado, desde el punto de vista del empleado. La forma de equilibrar es la clave en cada uno de nuestros países. Y cuando el Estado articula, lo hace porque sus ciudadanos le piden que articule. Lo ideal es que no haya necesidad y que haya una autorregulación porque hay estos Consejos. Hoy estos Consejos pueden ser más viables que antes.

¿Será posible en el futuro tener pliegos de peticiones y acuerdos de remuneraciones negociados a través de la red, precisamente porque la red es la que ha hecho que la forma de organizarse sea tan distinta? ¿Qué instituciones podemos crear en este sentido? Aquí se ha reiterado mucho esta mañana la importancia de las instituciones. Yo creo que acá, este rol articulador que los ciudadanos le piden al Estado está referido a la compatibilización de intereses, de suerte de que haya una sociedad homogénea, inclusiva, en que todos sientan, ya no tanto —como dijo Fernando Henrique Cardoso— el crecimiento monetario de los ingresos pero sí la forma en que estamos igualando las oportunidades en las sociedades en que vivimos.

Entonces, la articulación real son cambios culturales que tienen lugar en el largo plazo, cuando una sociedad está creciendo, hasta que sienta que ese crecimiento permite dar igualdad de oportunidades a todos sus hijos.

Fácil decirlo, difícil implementarlo, pero lo importante es que el ser humano ha demostrado capacidad para estos nuevos desafíos. Hay nuevas formas de empleo y empleabilidad; hay nuevas formas de aumento productivo; hay nuevos avances tecnológicos y seguirá habiéndolos. Tenemos que ver cómo hacemos compatibles esos nuevos avances con el propósito permanente de vivir en una sociedad mejor, en donde los ciudadanos definan el mínimo al cual pueden aspirar. Ese mínimo, por cierto, va cambiando. Como dice Bobbio, el filósofo italiano, es un mínimo civilizatorio. Y ese mínimo civilizatorio se determina también por el entendimiento común entre el empleador, el empleado y un Estado que articula teniendo en cuenta el bien común.

Muchas gracias.

10 - Las tendencias globales. El empleo en el siglo XXI

Leonel Fernández Reyna

Su Excelencia, señor Presidente de la República del Paraguay, don Horacio Cartes; señor Presidente del Círculo de Montevideo, don Julio María Sanguinetti; distinguidos integrantes de la Mesa de Honor, representantes de sectores empresariales de Paraguay, señoras y señores, amigos todos:

Soy el décimo orador en el día de hoy y, habiendo sido maestro de escuela, sé que hay cierta fatiga en el auditorio. Lo único que les pido, por consiguiente, es alguna benevolencia para conmigo, a efectos de poder compartir con ustedes algunas reflexiones.

Empezaré por decir que para comprender en toda su magnitud el tema que nos convoca –el de tender puentes, en el Siglo XXI, entre el Estado y las empresas, para generar empleos–, que es una cuestión relevante para el mundo contemporáneo, y para entender las limitaciones de los Gobiernos, hace falta añadir un nuevo componente, una nueva dimensión, que es el factor global. Es esa relación entre Estado y mercado en el contexto de una economía global.

Y cuando hablamos de esa relación entre Estado y mercado, también hay que hacer alusión a ciclos históricos y a modelos de desarrollo que hemos tenido en distintas etapas de la Historia Contemporánea. Por ejemplo, en el período post Segunda Guerra Mundial, en Europa se establecieron las bases del modelo socialdemócrata que conocemos hoy día. En Estados Unidos, aunque empieza desde la Gran Depresión, con el Gobierno de Roosevelt, se crean las bases del *New Deal* o Nuevo Trato, y en la América Latina post Segunda Guerra Mundial, sobre todo bajo la influencia del pensamiento de la Cepal, que conoce muy bien el Presidente Fernando Henrique Cardoso y don Enrique Iglesias, se crea el concepto del Estado desarrollista, el papel protagónico del Estado en impulsar proyectos de desarrollo.

Y podemos decir que tanto el modelo europeo como el norteamericano y el latinoamericano en su modalidad nacional popular, desde 1945 hacia 1973, iniciando la década de los setenta, fue un modelo exitoso; incluso a esa época, que fue de prosperidad, se le llama “los 30 gloriosos”; fue un período de florecimiento, de crecimiento de la industrialización, de urbanización, de profundos cambios estructurales en



todas partes del mundo. En los propios Estados Unidos, Nixon llegó a decir en los años setenta: “Ahora todos somos keynesianos”.

Lo que ocurre es que, fruto de cuadruplicación de los precios del petróleo, iniciando los años setenta, de las tendencias inflacionarias en los Estados Unidos y del estancamiento del crecimiento, esa combinación de “estanflación” y alza de los precios de los combustibles fue agotando el modelo de desarrollo económico de posguerra, que había sido fundamentalmente dirigido por el Estado. Desde los años de la Gran Depresión había una polémica entre distintas corrientes de pensamiento económico: una visión liberal conservadora, traída desde el Círculo de Austria por pensadores austríacos que llegan a Estados Unidos, Von Hayek, etcétera, que desarrollan la Escuela Monetarista en Chicago, y surge un pensamiento liberal conservador, en el sentido de que el modelo de desarrollo estatista se había agotado y había que pasar a un modelo de liberalización y apertura de mercado. La Escuela de Chicago se asume políticamente en el consenso de Washington.

Obviamente que, viéndolo con espíritu crítico, ese modelo, donde lo que va a predominar es la fuerza del mercado, pretendía corregir algunos de los excesos del modelo anterior, especialmente lo que tiene que ver con el déficit fiscal, el fenómeno de la hiperinflación y la inestabilidad macroeconómica. Y puede decirse —siendo balanceado en el juicio— que tal vez esta corriente logró esos objetivos; cierto es que los presupuestos han sido balanceados, que se ha alcanzado estabilidad macroeconómica —todos los Gobiernos hoy día se dan cuenta de la importancia de mantener estabilidad en cada uno de los indicadores macroeconómicos—, pero hubo un gran ausente en esta política de predominio de mercado para, digamos, dirigir un proyecto de desarrollo. El gran ausente fue la política social. Porque se partía de la premisa de que lo único que se requería era garantizar el crecimiento de la economía, y que si la economía crecía, de manera automática y espontánea se produciría un desparrame sobre el resto de la economía, trayendo bienestar y prosperidad para todos los ciudadanos.

Se ha demostrado históricamente que esto es falso; que el crecimiento económico por sí solo, si bien es una premisa fundamental, no garantiza plenamente el

desarrollo. Se requiere de políticas sociales activas para poder llevarlo a cabo.

Y esa es la lección aprendida de las limitaciones, las carencias o insuficiencias del modelo que veía en el mercado la única forma de impulsar el desarrollo. En América Latina, los Gobiernos han estado combinando, pues, Estado y mercado, con la aplicación de políticas sociales activas orientadas a combatir la pobreza, la pobreza extrema o la indigencia, y generar empleos.

De manera que en las mentes sensatas de la región —y yo diría que a escala mundial— hoy día no se debate tanto esa relación entre Estado y mercado; se presume, cuando se quiere asumir la tesis radical de que el Estado es el único motor que impulsa el desarrollo, que se está cayendo en una postura que ideológicamente puede ser catalogada como neopopulista. Y cuando se cae en la postura contraria de que solamente un Estado desregulado es capaz de impulsar el crecimiento y el desarrollo, estamos en el otro extremo, que podemos llamar la corriente de fundamentalismo de mercado o modelo neoliberal.

Creo que lo que tiene que hacer hoy día América Latina es plantearse cómo superar tanto el neopopulismo como el neoliberalismo, y superarlo significa establecer puentes entre el mercado y el Estado. Saber que el mercado es, en una economía de libre competencia, el mejor instrumento de asignación de recursos, pero entender también que al Estado le corresponde la seguridad jurídica y la seguridad física, así como velar por el interés común de la sociedad, estableciendo políticas de regulación. El Estado ya no puede ser empresario; no es su papel, pero sí lo es regular lo que hacen los distintos sectores de la sociedad, porque esa es la seguridad jurídica que realmente se requiere.

El debate más bien ha sido, en el plano internacional —y que se refleja en nuestra región—, en el tema de la regulación o la desregulación. El criterio ha sido que la economía se autorregula y que los distintos sectores son autorregulables. La Historia Contemporánea ha demostrado que se trata de una equivocación; que el Estado sí tiene que jugar ese papel regulador. Y fundamentalmente lo que ha ocurrido es que como consecuencia de esa filosofía de liberalización y de desregulación, se ha implantado un modelo que ha llevado al

planeta al borde de la catástrofe. Es el fenómeno de la financiarización de la economía.

Se entiende que el sector financiero debe jugar un papel de intermediación: recibe depósitos de clientes y esos depósitos son utilizados para financiar a los sectores productivos, que reclaman el uso del crédito. Por tanto, el papel de la banca es facilitar recursos a la agricultura para tener seguridad alimentaria; es facilitar recursos al sector industrial para impulsar el desarrollo de la industria; es facilitar recursos a los distintos sectores que componen el área de servicios, a las telecomunicaciones, al comercio. En fin, ese es el papel que le corresponde a la banca, al sector financiero. Lo que ocurre es que ha habido una distorsión, y el sector financiero, en lugar de ser intermediario, se convirtió en un fin en sí mismo. Buscaba el lucro a través de la acción puramente especulativa. Y la acción especulativa tuvo lugar por distintos factores que se han dado en la economía global.

En primer término, los mercados se convirtieron en mercados globales; en segundo lugar, por el desarrollo de la tecnología, por el uso de la computadora, fue posible facilitar y acelerar las transacciones; y, en tercer término, tuvo lugar el fenómeno de la desregulación, sobre todo en la banca. Sabemos que desde los años 30, desde la época de la Gran Depresión, en los Estados Unidos —y eso marcó la pauta a nivel internacional— se promulgó la Ley Glass-Steagall. Y esta ley, que hace referencia a quienes fueron sus promotores en el Congreso, planteaba una separación entre la banca comercial y la banca de inversiones. La banca comercial recibe depósitos y presta. La banca de inversión representa fondos e invierte en determinadas áreas. Lo que pasa es que a finales de los años noventa hay una fusión entre la banca comercial y la banca de inversiones. Entonces, la banca de inversiones, representando fondos de pensiones de trabajadores, representando compañías de seguros, representando a nuevos inversores institucionales, hace inversiones en áreas que tradicionalmente estaban reservadas a los actores específicos de esos sectores económicos.

De manera que surgen varios elementos: la globalización, las nuevas tecnologías, la desregulación bancaria y la creación de nuevos instrumentos financieros como la securitización, la conversión de hipotecas en

efectivos financieros y la creación de los *Credit Default Swaps*, en español algo así como los mecanismos de sistemas de impago para el caso, por ejemplo, de los préstamos de alto riesgo como los de vivienda. Estos empiezan en los Estados Unidos y, como se sabía que eran préstamos de alto riesgo, estaban garantizados con hipotecas, y estas se convierten en activos financieros que son colocados en los mercados de capitales, contaminando la banca internacional. Pero como se sabía que eran de alto riesgo, se crea algo que era una especie de seguro —los CDS, o *Credit Default Swaps*—, que en algún momento llegaron a representar 450 trillones de dólares o, lo que es lo mismo, diez veces el Producto Interno del planeta y, por tanto, una incapacidad de pago en caso de ocurrencia de una catástrofe, a la que nos vimos enfrentados cuando se produjo la quiebra de Lehman Brothers o cuando se descubrió la realidad de la empresa AIG, la aseguradora más grande del mundo hasta esos momentos.

Se crea, entonces, un problema que ha mutado en el tiempo, porque empieza como una burbuja inmobiliaria, que luego se convierte en una crisis financiera; esta, a su vez, se convierte en una crisis del comercio internacional, lo que debilita los ingresos fiscales a los Estados: hay menos inversión por parte de los Estados, cae el crecimiento económico, se genera el desempleo y hay una incertidumbre a escala mundial.

Frente a esto, ¿cuál ha sido la respuesta? Y esto es básico para poder entender la situación del empleo en estos momentos y la visión a futuro. Frente al desastre financiero creado, convertido en crisis económica global, ha habido dos corrientes de pensamiento. A una de ellas se refirió Felipe con mucha claridad: es la modalidad europea. En Europa se decidió establecer políticas de austeridad, recortes al gasto público, con la finalidad de satisfacer prioritariamente el servicio del pago de la deuda, bajo presión de la banca alemana, que era la que había facilitado créditos a los demás bancos del sur de Europa. No quiere decir que un país como Grecia no hiciera bien sus cuentas, pero, en general, la política de aplicar austeridad, recortes al gasto en una situación de recesión, no fue por ignorancia; no fue por desconocimiento. Fue porque respondía a los intereses de la banca europea, fundamentalmente la banca alemana.



¿Qué ha pasado en Europa como consecuencia de la aplicación de esta política de austeridad? El desastre. En primer lugar, estancamiento económico durante los últimos seis años. Europa crece cero. El desempleo se ha disparado. Vimos el caso de España, donde incluso el desempleo juvenil ha llegado a un 55%.

Como consecuencia de la crisis económica mundial del 2007 a la fecha —advuértase que estamos hablando de siete años—, en el mundo se han perdido 70 millones de empleos. Y como no se ha salido de la crisis, la proyección que se tiene es que para el 2018 —datos de la Organización Internacional del Trabajo— el número de desempleados a escala mundial, como resultado de la crisis, llegará a 90 millones de personas. Actualmente hay 900 millones de desempleados, subempleados y personas que están en el empleo informal.

Por tanto, la respuesta europea de reducción del gasto público en un momento de recesión no ha contribuido a la recuperación del crecimiento ni a la generación de empleos. Ha sido la peor política económica que se ha podido aplicar, porque es una política procíclica en una situación de estancamiento, de recesión. El impacto ha sido social y político: movilizaciones sociales continuamente; una situación de desazón social es lo que ha prevalecido en Europa y —lo más preocupante— la emergencia del neofascismo xenóforo, que está dominando incluso a nivel de las urnas, con una reconfiguración del mapa político en Europa. De los veinte Gobiernos que estaban al frente de la cosa pública desde el 2008 en adelante, todos han perdido las elecciones. No importa el signo ideológico al que respondiesen. Si eran socialdemócratas los que estaban en el poder, perdieron a favor de la derecha; si era la derecha que estaba, llegó la socialdemocracia o la emergencia de terceras fuerzas políticas. Lo más emblemático es lo del Frente Nacional, de Le Pen, en Francia, que acaba de ganar las elecciones europeas con el 25% del electorado.

El otro modelo, diferente al de Europa, ha sido el norteamericano, el modelo de Obama. Y el modelo de Obama es un caso muy singular, porque se entendería que la respuesta ha debido ser mediante la expansión fiscal; es decir, el gasto público apoyado en el presupuesto. Pero debido a reticencias y, sobre todo, a resistencia en el Congreso dominado por los republicanos,

en lugar de aplicarse políticas fiscales de incremento del gasto público, se han aplicado políticas monetarias dirigidas por la Reserva Federal. Y, ¿en qué han consistido? En que, mensualmente, la Reserva Federal autoriza la colocación de US\$ 85.000.000.000, con el propósito de que la economía norteamericana no caiga en el estancamiento y se estimule la generación de empleos. ¿Qué ha ocurrido, entonces? Que, a diferencia de Europa, en efecto la economía norteamericana ha crecido, aunque lo ha hecho en forma frágil, en forma inconsistente. En el 2012 llegó a crecer 2.6 ó 2.8, y el año pasado, en el 2013, se redujo a 1.6. Pero el desempleo, que estaba en 9.7, hoy día está en 6.2. Por tanto, la política de estímulo al gasto público, en este caso por la vía monetaria, ha tenido resultados sociales, económicos y políticos, en los Estados Unidos, superiores a los de Europa. ¿Qué ha pasado en Estados Unidos? Que con solo el fenómeno aquel de la movilización del “*Occupy Movement*”, que duró poco tiempo, Obama logró reelegirse políticamente, lo que ocurrió en Europa sólo con Ángela Merkel, que logró permanecer en el poder.

Entonces, hemos tenido esos dos modelos: uno que ha estancado y ha generado desempleo, y otro que ha tenido un crecimiento frágil, inconsistente, pero ha contribuido a la disminución de la tasa de desempleo en los Estados Unidos. Obviamente, el problema no se reduce sólo a Europa y a los Estados Unidos; tiene consecuencias globales. Veamos el caso nuestro en la región de América del Sur, y América Latina en general.

Por vez primera, esta crisis se origina en los países desarrollados. Esta crisis bancaria no tuvo origen en América Latina. Es más: curiosamente, ningún banco ha quebrado en América Latina como resultado de la crisis financiera global. El impacto lo hemos sentido más bien por la vía del comercio internacional. Antes de que ocurriera la crisis y quizás en algunos años en adición, lo cierto es que tuvimos lo que señaló el Presidente Lagos y a lo que tantas veces se refirió don Enrique Iglesias: el *boom* latinoamericano de la primera década del Siglo XXI. En realidad, ¿en qué consistió ese *boom*? En que la economía china estaba creciendo a una tasa promedio anual de un 12% y, por tanto, había una demanda agregada en China que requería las exportaciones de productos básicos o *commodities* de

parte de nosotros en la región de América Latina. Por consiguiente, estábamos exportando soja, petróleo, cobre y los recursos naturales que requería la aceleración del proceso de desarrollo chino. Pero China, a su vez, estaba exportando a Europa. Cuando la demanda europea baja, las exportaciones chinas bajan —China deja de crecer a 12% y crece a 7%—. Y cuando crece a 7%, las exportaciones chilenas, y brasileñas, y argentinas, y uruguayas hacia China bajan también, disminuyen. Brasil, que estaba creciendo a 4, ahora está creciendo a 0. Hace dos años consecutivos, prácticamente, que está creciendo a cero, porque lo que hemos descubierto es que se trata de un mundo interconectado. Es un mundo interdependiente; es una economía verdaderamente global. En la medida en que se desacelera la economía china, por el estancamiento europeo, afecta el desarrollo de las economías de América Latina.

Esto me trae, entonces, a la siguiente propuesta. Yo creo que todos los Gobiernos, cuando llegan al poder, tienen la voluntad, la buena intención de promover la prosperidad, el bienestar y el desarrollo de sus pueblos. No creo que nadie quiera comprometerse con la Historia en sentido contrario. Pero hay que entender hoy día que los Gobiernos nacionales tienen limitaciones de carácter global. Y que los Gobiernos por sí solos—lamento mucho tener que decir esto, Presidente Cartes, pero la verdad es que lo hemos aprendido—, individualmente, no están en capacidad de hacer oír su voz. El esfuerzo individual de cada país de América Latina tiene que ser parte de un concierto mayor. Tenemos que fortalecer a la Celac, como mecanismo de integración regional, y no solamente para el intercambio económico y social entre nosotros, el intercambio educativo, cultural, científico y tecnológico. La Celac tiene que ser un mecanismo de concertación del diálogo político y la representación global de los 34 países que integramos América Latina y el Caribe. Y la primera propuesta que tiene que hacer la Celac unida es la creación de una nueva arquitectura financiera global y la creación de nuevas reglas de juego para garantizar la gobernanza global. Nosotros nos sentimos profundamente orgullosos al ver que Argentina, Brasil y México, tres países de la región, con un Producto Interno Bruto por encima de un trillón de dólares, hoy forman parte del grupo exclusivo de economías del mundo, el G 20. Pero tenemos que lamentar que cuando Argentina, México y Brasil van al G 20 no representan a

América Latina; representan a cada uno de ellos, pero no a toda América Latina. Y nosotros queremos verlos como mandantes de la representación del interés de los pueblos de América Latina.

Por lo tanto, la Celac, como mecanismo de integración, de concertación política y de fijación de posiciones a escala global sobre temas globales que nos afectan, es fundamental para que podamos avanzar en una política de bienestar, de prosperidad y de desarrollo sostenible para nuestros pueblos. Porque de lo que se trata es de que, hoy día, en el mundo, desde la Gran Depresión, se vive el período más sombrío de generación de empleos. La tasa de desempleo hoy día es más alta que en cualquier otro momento de los años 30. Y caeríamos en la ilusión de decir que promovemos empleo, cuando hay un clima internacional que es inadecuado para que podamos avanzar en esta dirección. Claro: los gobiernos pueden crear climas nacionales favorables a la competitividad; crear un clima de seguridad jurídica y tratar de desarrollar la demanda interna, pero en un mundo interconectado, en un mundo interdependiente, no es posible avanzar si no se parte de una visión de carácter global.

Obviamente, tendríamos que decir que hablo en el marco de la coyuntura actual de crisis, mirando hacia adelante, como lo han hecho mis antecesores en el uso de la palabra. Tenemos el desafío de la revolución tecnológica, que va a significar realmente el impacto de la revolución digital en la creación del empleo. Y esto implica una transformación profunda.

Sé que tengo un tiempo limitado para hacer uso de la palabra, pero quiero comentar una cita con la que me quedé cautivado. Está contenido en un libro fabuloso, que les recomiendo, y que tiene un título muy sombrío; espero que no tomen ese título tan en serio. Se llama “El fin del Trabajo”, y su autor es un gran economista norteamericano, llamado Jeremy Rifkin. Él, sobre ese futuro que se nos presenta ya alejado de la crisis actual, nos dice unas palabras que voy a resumir muy brevemente:

“Nos vemos abocados a una potente revolución generada por las nuevas tecnologías, que ofrece la promesa de una profunda transformación social sin igual en la Historia. Esta revolución podría significar un



menor número de horas de trabajo y mayores beneficios para millones de personas. Por primera vez en la Historia moderna, muchos seres humanos podrían quedar liberados de un gran número de horas de trabajo y así adquirir una mayor libertad para llevar a cabo más actividades de tiempo libre. Las mismas fuerzas tecnológicas podrían, sin embargo, llevarnos a mayores niveles de desempleo y a una depresión de ámbito global. El hecho de que nos espere un futuro de utopías o de realidades depende en gran medida de cómo queden distribuidas las ganancias en la productividad durante la era de la información. Una distribución justa y equitativa de las mejoras en la productividad requeriría una reducción a nivel mundial en las horas de trabajo semanales y un esfuerzo conjunto entre todos los Gobiernos centrales para generar empleos alternativos en el tercer sector, es decir, en la economía social, para aquellos cuyo trabajo ya no es útil en el mercado. Si a pesar de todo, no se reparten las enormes ganancias de productividad, resultado de la revolución propiciada por la alta tecnología, sino que se emplean principalmente para aumentar los beneficios de las empresas, para otorgar mayores dividendos a los accionistas, para retribuir mejor a los altos ejecutivos de las multinacionales así como para la emergente élite de trabajadores implicados en los nuevos conocimientos de alta tecnología, las probabilidades de que las crecientes diferencias entre los que lo tienen todo y los que no tienen nada conducirán sin duda a disturbios sociales y políticos a escala global”.

Como ustedes verán, aquí estamos ante la disyuntiva o el dilema de cómo esa productividad se distribuye. Hoy, además de ricos y pobres, tenemos “inforricos” e “infopobres”, y ya no solo está en la agenda la tarea de atender las diferencias del Siglo XIX y del Siglo XX, la alfabetización de adultos, sino que también está la alfabetización digital que requieren las nuevas generaciones. Estamos en el dilema, en el plano nacional, entre un modelo de trabajo intensivo o un modelo de capital intensivo. Eso es parte también de los desafíos que tenemos por delante.

Tenemos el tema de la inversión extranjera. Es una inversión extranjera a la que, en principio, le damos la bienvenida, pero que bajo el eufemismo de la competitividad lo que busca es la reducción de los costos laborales; y costos laborales reducidos significa menos salarios para los trabajadores. Y se nos impone con gran arrogancia: o lo toman o lo dejan, porque si no admiten la inversión aquí, nos vamos a otro país. Y en el otro país lo que se busca es pagar menos salarios, y nosotros consideramos que no se puede hablar de productividad y de competitividad sobre la base de la reducción de las condiciones de vida de los trabajadores. Para que haya paz en el mundo, para que haya paz social y para que haya progreso, tiene que producirse riqueza y tiene que hacerse con un sentido de justicia social.

Ese es mi mensaje. Muchas gracias.

11 - Capacitación y competitividad

**Alejandro
Bulgheroni**

Buenas tardes a todos.

Esperemos que, dada la hora, no se queden dormidos. Este tema de la capacitación y la competitividad no es muy divertido, pero se me ocurrió pensar en lo que pasó hace unos días en el Campeonato Mundial de Fútbol; ahí sí que hubo capacitación y competitividad. Lamentablemente no salió como queríamos nosotros, pero fue una demostración importantísima de lo que pueden la capacitación y la competitividad.

En el contexto actual, dominado por la innovación y el constante y rápido cambio tecnológico, la capacitación en la empresa adquiere un papel de relevancia en el fortalecimiento del aprendizaje organizacional, incrementando la competitividad de la misma. Como ha señalado Peter Drucker, el conocimiento ha devenido en el recurso económico clave y en la fuente dominante de la ventaja comparativa, postulando, además, que en la nueva economía el conocimiento no sólo es otro recurso, además de los factores de producción tradicionales, como la tierra, el trabajo y el capital, sino que es el único recurso válido al presente. El valor de las organizaciones está relacionado con la capacidad de incorporar y gestionar el conocimiento, o sea, su capital intelectual. El aprendizaje organizacional permite establecer nuevas premisas para superar las existentes, permitiendo a la organización adecuarse rápidamente a las exigencias de un mundo en constante evolución.

El conocimiento es uno de los activos intangibles más importantes de las empresas. En una economía basada en el conocimiento, la nueva moneda es el aprendizaje. La capacitación en la empresa se ha posicionado como una necesidad que debe ser atendida desde la Alta Dirección, y ha adquirido un papel de relevancia como medio para incrementar la competitividad. Empresas exitosas invierten más de sesenta billones de dólares al año en capacitación y desarrollo, según el *Corporate Learning Factbook* del 2013, por lo cual la capacitación debe verse como una inversión y no como un gasto. Como dice Tom Peters, el éxito en el mercado se relaciona directamente con el conocimiento que puede aplicar una organización a través del desarrollo de competencias críticas y la rapidez con que acumule el conocimiento.



En este contexto de cambio permanente, paradójicamente, las personas que trabajan en las empresas se han vuelto su activo más valioso y su mayor fuente de ventajas competitivas. No hay estrategia posible, a mediano y largo plazo, sin gente idónea que la lleva a cabo.

La organización debe desarrollar el potencial de su gente aumentando su empleabilidad. Las personas y las empresas están comenzando a asumir, en forma conjunta, la responsabilidad tanto de la productividad de la empresa como de la empleabilidad de las personas. Son dos caras de la misma moneda. La mayor competitividad de la empresa está fuertemente ligada a la competencia profesional de sus colaboradores, que se relaciona directamente con su empleabilidad. Si ambos no trabajan en conjunto, la empresa no podrá competir con sus rivales y perderá mercado, y el trabajador estará destinado a la marginalidad laboral.

La capacitación adquiere, entonces, un papel protagónico en la productividad empresarial. La formación para la productividad y la competitividad nace de la comprensión de las estrategias de la organización y de la manera como se traduce en acciones de capacitación las que se originan en el llamado diagnóstico de necesidades de capacitación. Este diagnóstico permite elaborar un plan de trabajo orientado a potencializar las capacidades de los colaboradores, teniendo como marco de referencia las estrategias de la empresa.

Actualmente, el problema en muchas organizaciones no es la falta de personal sino la falta de *know-how* de capacidades claves, como las ciencias de la computación, matemáticas, ciencias físicas e ingeniería y *management*. Las empresas responden a esta situación aumentando la inversión en el desarrollo de sus recursos humanos, a través del incremento de sus presupuestos de capacitación. En Estados Unidos, por ejemplo, este incremento fue del 15% en el año 2013. En las organizaciones maduras, esta inversión no está solamente direccionada a capacitaciones de corto plazo, sino que significa identificar los gaps actuales y futuros, construyendo una *supply chain* del conocimiento, para cubrir estos *gaps* en el mediano y en el largo plazo.

Senge, profesor del MIT, sienta las bases de las organizaciones inteligentes. Para este autor, las *Learning Organizations* son aquellas en las cuales la gente expande continuamente su aptitud para crear resultados, donde se cultivan nuevos y expansivos patrones de pensamiento, donde la aspiración colectiva queda en libertad y donde se aprende a aprender en conjunto. La capacitación se ha convertido, para algunas empresas, en factor de retención y crecimiento de su personal, ya que ofrece la estabilidad necesaria para que los colaboradores puedan aportar al desarrollo de la estrategia empresarial. Cada vez es más difícil mantener el talento desarrollado *in-house*. Por lo tanto, las estrategias de retención deben ser cada vez más creativas y dispuestas a entender que el valor de las personas para la organización se manifiesta en los resultados que estas entregan.

Se debe valorar al cliente interno y asegurar procesos de retención del talento de la organización. Existe un consenso acerca de que el fortalecimiento de la competitividad de las empresas es un elemento central para lograr mayores niveles de desarrollo económico, social y ambiental, a través de la gestión empresarial.

Este análisis que hemos efectuado sobre la capacitación y la competitividad corresponde a la situación actual de la empresa. Pensando en el mediano plazo, no hay que olvidar que la empresa está inserta en la comunidad y se nutre con su gente.

Fortalecer la educación es responsabilidad de los Gobiernos, que deben desarrollar acciones para mejorar la situación social de la población, así como para adecuar la legislación laboral. Es también responsabilidad de las instituciones de Enseñanza Primaria, Secundaria y Universitaria, que deben adaptar sus programas al medio en el que actúan. Para ellos, los Gobierno y las instituciones deben trabajar en conjunto con las empresas locales, apuntando a orientar la inversión, el contenido y la calidad de los programas de enseñanza a las oportunidades laborales que brindan las empresas.

La calidad de las instituciones de enseñanza y de la infraestructura disponible tiene un impacto directo en la competitividad de los países.

Vemos en las imágenes que se están proyectando el ranking de la competitividad global, que publica el *World Economic Forum*. Hace un estudio de ciento cincuenta países, aproximadamente. Aquí vemos los tres primeros puestos de competitividad global a nivel país: Suiza, Finlandia y Singapur. Esto es del año 2013. Asimismo, vemos la correlación que hay con la infraestructura y, principalmente, con la calidad institucional de la enseñanza. Suiza está primero; Finlandia segundo, y Singapur tercero. Pero también está el número de patentes solicitadas por millones de habitantes. Están en el orden de entre 100 y 300 patentes por millón de habitantes.

Vamos a ver ahora el ranking de competitividad global en esta zona de Latinoamérica. Lamentablemente, acá hay una gran labor para ejecutar por todos nosotros. Chile está bastante mejor, pero si seguimos hacia abajo el orden es México, Brasil, Perú, Colombia, Uruguay, Argentina y Paraguay. Reitero: aquí hay un gran trabajo para hacer, pero evidentemente si nuestros países no tienen calidad en la competitividad global, va a ser muy difícil que las empresas sí la obtengan.

Vimos que la capacitación tiene un impacto decisivo en la competitividad. Si estamos en un mismo país, la competitividad global es igual para todas las empresas que están en él, pero si queremos competir en los mercados internacionales, las empresas que están en países más competitivos tendrán mayores ventajas comparativas. Y esto no es solamente educación; esto tiene que ver con cómo funcionan esos Estados.

Podríamos concluir, entonces, que las empresas que deseen ser competitivas a nivel internacional deberán ocuparse no solamente de desarrollar programas de capacitación *in-house*, sino que tendrán que trabajar con los Gobiernos e instituciones de sus respectivos países para llevar adelante el nivel general de educación de la población y, por ende, mejorar la competitividad de ese país.

Muchas gracias.

12 - Presentación del Índice Tendiendo Puentes

Carlos Magariños

Muchas gracias.

Buenas tardes señoras y señores, miembros del Círculo de Montevideo, autoridades: para mí es un verdadero privilegio presentarles esta tarde el fruto del trabajo constante y dedicado de la Secretaría Permanente de la Fundación Círculo de Montevideo, en su búsqueda de contribuir de una manera práctica a materializar las preocupaciones intelectuales del Círculo, que se sintetizan —como lo han escuchado esta mañana— en alcanzar mayores niveles de cohesión social y de equidad en un contexto de mejor desempeño económico de los países de la región, en una época en la que el mundo en su conjunto enfrenta grandes cambios.

Este Observatorio de Tendiendo Puentes presenta esta tarde su primer producto, su producto inicial, el Índice Tendiendo Puentes, que voy a tratar de resumir de manera conceptual.

Me parece muy importante, para explicar esta iniciativa del Círculo, ponerlo en perspectiva, ponerlo en contexto y recordar que en el momento en que el Círculo de Montevideo se funda, en el año 1996, a iniciativa del Presidente Julio María Sanguinetti, todos percibíamos con claridad que la sociedad internacional ingresaba en una época de cambios. Poco después de la caída del Muro de Berlín, parecía que la democracia política y la economía de mercado hacían una dupla imbatible para terminar con los debates ideológicos que habían dominado las discusiones acerca de la forma de conseguir mayores niveles de progreso y bienestar para la población. Pero, obviamente, muchos intelectuales, pensadores y políticos veían allí dificultades, limitaciones, que invitaban a explorar lo que el Acta Fundacional del Círculo llama “Los nuevos caminos de América Latina”: cómo asegurar la equidad, la cohesión social, en una época de grandes cambios sociales y políticos, en la que ya asomaban —y se vivían con intensidad— fuertes cambios tecnológicos. Ese mismo año, 1996, normalmente se asume como el año de la gran difusión de Internet, de los medios digitales.

En estos últimos dieciocho años, esta época de cambios fue madurando hasta convertirse en un verdadero cambio de época. En este contexto, donde una serie de hechos marca, sin lugar a dudas, que estamos enfrentando un proceso que rompe con la organización eco-



nómica y política del pasado, se hace necesario volver a pensar cuáles son las mejores maneras de crecer con equidad y lograr cohesión social.

Me gustaría mencionar muy brevemente esos hechos que consideramos que marcan un cambio de época y que resumen los debates de las sesiones plenarias del Círculo de Montevideo.

En primer lugar, el arribo de las economías emergentes a la vanguardia de la economía internacional. A paridad de poder de compra, es decir, descontando el efecto de los tipos de cambio, las economías emergentes, que tan solo en el año 2000 contribuían con un 37% del Producto Bruto Global, hoy hacen un aporte superior al 50%. Este es un cambio significativo en la estructura y en la organización de la economía internacional, considerando, además, que la mayor participación en el crecimiento de la economía mundial en los últimos años ha tenido lugar justamente en las economías emergentes.

En segundo término, un hecho también muy significativo: las economías emergentes son la nueva cuna, la nueva generación de empresas multinacionales, que aceleradamente se asoman a la vanguardia de los negocios y de la tecnología; con atrevimiento, con nuevos modelos de negocios, con nuevas estrategias comerciales. Tres años atrás, en el *Fortune* 500, encontrábamos algo más de cincuenta empresas multinacionales que habían tenido origen en los países emergentes; hoy ya hay más de ciento treinta compañías que tienen su origen empresario en los países emergentes, algunas de las cuales están muy dignamente representadas acá en los miembros que participan del capítulo empresarial del Círculo de Montevideo.

Al mismo tiempo, presenciamos el surgimiento de una nueva clase media global. Digo que es una nueva clase media, porque entre 2010 y 2020, tendremos unos nuevos 1.400 millones de personas que se sumarán a la clase media global, definida como aquellos que gastan entre US\$ 10 y US\$ 100 diarios. El 54% de esa población, que en el año 2010 se encontraba viviendo en Europa y en Estados Unidos, para el año 2020 tendrá su casa en Asia, representando el 42% del gasto global de la clase media.

Presenciamos también una nueva relación entre la capacidad agregada de producción de bienes y servicios de la humanidad y la naturaleza. Tomada a valores del año 2007, la producción de un año de bienes y servicios de nuestro sistema productivo requiere o requería aproximadamente una vez y media los recursos naturales que el planeta puede reponer a su tasa normal de reproducción; algo así como decir que cada año de producción consume un planeta y medio de recursos naturales. Y, obviamente, esto tiene profundas implicancias en el sistema de precios, porque es una realidad claramente insostenible a largo plazo y forzará importantes cambios tecnológicos y nuevos diseños de estrategias comerciales.

El otro factor que nos marca fuertemente un cambio de época es la conectividad. La explosión de la conectividad nos muestra que hoy en día hay más de cinco billones de conexiones a Internet y a los medios sociales, cuando, si nos ponemos a mirar con cuidado, vemos que en el mundo en desarrollo solamente cuatro billones y medio de personas tienen acceso a un sistema sanitario digno, es decir, a un baño en términos modernos. Y se espera que esta conectividad todavía crezca otros cinco billones. Quiero hacer la salvedad de que una persona puede tener más de una conexión a la red; de lo contrario, no darían los números considerando la población global. Y la mayoría de esos cinco billones van a provenir de los países emergentes, en un contexto de globalización acelerada, donde no enfrentamos una sino varias revoluciones tecnológicas, que fertilizan distintos campos de la ciencia, progresiva y sistemáticamente.

En ese contexto, definido por un verdadero cambio de época, se hace necesario mejorar las herramientas de coordinación entre el sector privado y el sector público, para alcanzar mayores grados de cohesión social y un mejor desempeño del sistema productivo y de la economía en general.

Este problema de la coordinación de esfuerzos ha estado permanentemente en el centro de las preocupaciones y de las deliberaciones del Círculo de Montevideo en estos dieciocho años de debate. Y ha sido también un tema recurrente, en los últimos seis años, en la comunidad internacional, que abrió importantes

debates, sobre todo a partir de la crisis financiera internacional de los años 2007 y 2008, acerca de la necesidad de elaborar sistemas de alerta temprana y sistemas para mejorar la medición del desempeño económico y la satisfacción de las necesidades ciudadanas.

Me gustaría resumirles algunas de esas iniciativas que han tratado de mejorar la medición para la toma de decisiones, tanto de los formuladores de políticas como de los administradores gubernamentales y, en general, de la comunidad de negocios. Por ejemplo, a iniciativa del Gobierno de Francia, se estableció una Comisión para el Desempeño Económico y el Progreso Social, que hizo un gran número de recomendaciones en el sentido de modificar los indicadores tradicionales de cantidades, basados en las cantidades de producción, para incluir indicadores relacionados con la satisfacción de la población y los niveles de vida, desde una perspectiva de los hogares y tomando en cuenta los niveles de riqueza.

Del mismo modo, pueden visitar, de una manera muy práctica, el portal de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, la OECD, y ver allí los esfuerzos de esta institución para desarrollar lo que ellos denominan un Índice de Mejor Vida o *Better Life Index*, incluyendo dimensiones de satisfacción de la sociedad, de los individuos, que traten de reflejar de una manera más acabada el progreso de las sociedades en elevar la calidad y el nivel de vida de sus ciudadanos.

Hay muchos otros informes que están listados aquí, en esta cartilla, a los que no me voy a referir en detalle, pero conceptualmente me gustaría señalar que todos estos esfuerzos buscan moverse desde una medición mecánica de cantidades producidas hacia una medición del desempeño y, más allá de eso, a una medición del bienestar.

Ese ha sido el debate de la comunidad internacional durante los últimos años, y en ese marco, con toda la humildad, el Círculo de Montevideo ha desarrollado su Observatorio “Tendiendo Puentes”. Este es el portal en nuestra página de Internet, al que quiero cordialmente invitarles a visitar, donde tratamos de resumir la intención de este Observatorio, las pretensiones que tiene de funcionar como una mesa tendida donde los distintos actores —el sector público, el sector privado,

la sociedad civil y la academia— pueden intercambiar opiniones, experiencias, acerca de la mejor forma de organizar un sistema de medición que se adapte y que considere las particularidades locales.

El modelo que presentaba recién con precisión mi estimado amigo Alejandro Bulgheroni, elaborado en base a ciertos parámetros comunes, que podría denominarse exógeno, puede ser todavía enriquecido —como conversábamos con Enrique Mantilla hace un momento, y adaptado para considerar los factores endógenos que influyen sobre la competitividad a largo plazo. Justamente, el título del Observatorio pretende reflejar la necesidad de vincular, de establecer relaciones que permitan conectar al sector público y al sector privado de una manera eficiente, y establecer puentes, además, entre la necesidad de atender los problemas de la situación actual y el arbitraje necesario para construir las instituciones y las condiciones para aumentar la competitividad en el futuro.

Es en ese marco, con todo cuidado y con toda humildad, que presentamos el Índice Tendiendo Puentes, al que quisiera referirme ahora, para presentarles su propósito, el modelo que lo sustenta y su valor agregado.

El propósito fundamental del Índice, como decía recién, es el de contribuir a la construcción de instituciones que ayuden a gobernar el proceso de competitividad, vinculando esfuerzos que tienen lugar en la comunidad de negocios con las políticas públicas, y tratando de establecer prioridades entre la atención de las necesidades más urgentes y los esfuerzos necesarios para que la sociedad viva mejor en el mañana.

En ese contexto, el Índice se apoya en tres conceptos base: el concepto de competitividad como capacidad de la nación para generar de manera sustentable mayores niveles de ingreso y de empleo; el concepto de gobernabilidad de la competitividad, relacionado con la edificación de instituciones que permiten articular la interacción del sector público, del privado, de las instituciones académicas, de la sociedad civil en general; y el concepto —se introduce como tercer concepto de base— de temporalidad, es decir, esta relación entre la necesidad de atender las urgencias del presente y construir un futuro más próspero.



Para ello, el Índice Tendiendo Puentes se propone medir los esfuerzos realizados por los países para mejorar las condiciones de vida bajo un mismo modelo de análisis, tomando un área base, constituida por estos conceptos que acabo de presentar y, al mismo tiempo, servir como un instrumento para monitorear y formular las estrategias que sostienen la posibilidad de aumentar la capacidad de competir en el futuro de los países que las aplican.

Para la construcción del Índice, la Fundación Círculo de Montevideo, se ha apoyado en el Instituto de Competitividad de la Universidad Católica del Uruguay. Asimismo, y ha trabajado –y está trabajando– en la construcción de una red de instituciones académicas, a las cuales ya se han sumado la Universidad de Talca, en Chile, la Universidad Católica de Asunción, la Universidad Católica del Uruguay –como ya lo mencioné–, la Universidad de Río Grande do Sul, y estamos conversando con distintas instituciones, en Argentina y en otros países de la región, para constituir una red académica que le dé mayor sustento a las mediciones del Índice Tendiendo Puentes. Al mismo tiempo hemos conversado –y las estamos convocando– con instituciones empresarias, para que trabajen al mismo tiempo en la elaboración de los criterios básicos que le den sustento a la formulación del modelo teórico del Índice Tendiendo Puentes.

Este modelo está organizado en base a una serie de indicadores que se agregan en dos niveles de variables, las que ustedes pueden ver mencionadas en la gráfica como variables y como pilares, y se organizan alrededor de tres índices que reflejan los conceptos básicos a los que me refería hace un momento: la competitividad, la temporalidad y la gobernabilidad de la competitividad. Eso puede verse con más claridad en este otro gráfico, donde aparecen los tres subíndices: en el rectángulo azul, en el cuadrado romboidal que aparece en rojo y en el círculo de color verde. El primero de ellos hace referencia a las condiciones base para la competitividad que queremos construir en el futuro; el central se refiere a la gobernabilidad de la competitividad, es decir, a las instituciones que gobiernan el proceso por el cual crece la competitividad de los países, y el círculo verde alude a las condiciones de partida, a las condiciones actuales que requieren la atención de los recursos por parte de los Gobiernos y de la sociedad

en general. La fórmula que ven debajo trata de sintetizar, asignando ponderadores, la forma en que el Índice resulta construido.

En esta primera fase de ensayo, el Observatorio le ha asignado, a estos distintos subíndices, un porcentaje del 40%, aproximadamente, tanto a la administración de la problemática actual, a las necesidades del presente, como a la construcción de la capacidad de competir en el futuro, y un 20%, aproximadamente, a las instituciones que tienen que ver con la gobernabilidad de la competitividad.

Aquí pueden observar ustedes las variables más agregadas, que hemos denominado “pilares” y que tienen que ver con cada uno de los subíndices.

Me gustaría señalar acá, en el gráfico, la inclusión de una serie de variables que no son de análisis habitual en estos indicadores de competitividad, como los niveles de inclusión y distribución, los niveles de calidad de vida o de igualdad de oportunidades. Hace un rato me refería a los temas de conectividad o a las cuestiones de valores y cultura. Y quiero decir que en este terreno, el Observatorio del Círculo de Montevideo ha tratado de tomar y de incluir, en su formulación, las recomendaciones de las Comisiones a las que me refería anteriormente y que fueron oportunamente instituidas tanto por el Gobierno francés como por las Naciones Unidas. Por esa razón, ustedes encuentran también, en el índice de gobernabilidad, variables tales como la institucionalidad y la organización formal a nivel país, la interacción público privada, el liderazgo participativo o el gobierno corporativo empresarial.

La construcción del Índice utiliza dos tipos de variables: variables cuantitativas, que surgen de una base de datos internacional, construida a partir de la información pública elaborada por los países; y una serie de datos de tipo cualitativo, organizada en base a encuestas que realiza la academia de esta red de instituciones a la que me referí hace un momento.

El procesamiento de la información sigue una metodología estándar, estadística para este tipo de casos, utilizando el análisis de componentes principales, es decir, el *multifactor analysis* o análisis factorial, tan bien conocido en la jerga estadística.

La prueba piloto del Índice Tendiendo Puentes ha condensado 93 indicadores en 51 variables, y se ha procesado en un primer término para este conjunto de cinco países que incluye a Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. Se ha hecho una prueba de los mecanismos de relevamiento y una prueba de los indicadores que resumen la información, y tenemos un primer análisis de resultados que me da mucho placer presentarles en estos cuadros.

Estoy seguro de que no es la hora apropiada del día para analizar gráficos de red, como estos que están acá, por lo que no voy a extenderme demasiado en esta materia. Pero sí me pongo a disposición de ustedes, junto con la Secretaría Permanente del Círculo de Montevideo, para analizar esto en más detalle con aquellos que tengan interés en hacerlo.

Las primeras pruebas están mostrando algunas lecturas sencillas, que parecen consistentes con la realidad. En esta gráfica podrán ver una línea de color rojo, que representa la construcción de competitividad del futuro, y una línea de color azul, que tiene que ver con la administración de las necesidades presentes. Lo que se aprecia aquí con este color marrón es la gobernabilidad de la competitividad, un aspecto en el que el Índice tiene que seguir trabajando para mejorar sus mediciones.

Básicamente, uno podría decir que en estos gráficos se ve, por ejemplo, que un país como Argentina, para referirme a mi país de origen, durante los años 2002 a 2007, donde se estaba recuperando de una crisis económica muy profunda, dedicó considerables esfuerzos a construir una capacidad de competencia en el futuro, mientras que en el período 2007 – 2012, donde la capacidad de competencia parecía asegurada o más asegurada que en el período anterior, disminuye sensiblemente su dedicación a construir capacidad de competencia en el futuro, para administrar la coyuntura de una manera más inmediata.

Mediciones similares pueden verse para otros países, pero básicamente lo que se trata de reflejar en estos gráficos de red, es ese arbitraje de las autoridades, pero también de la comunidad, en términos de los esfuerzos invertidos para administrar las necesidades más urgentes que presenta la situación actual, versus la necesidad de construir capacidad de competencia en el futuro.

Estoy seguro de que estos gráficos van a suscitar alguna controversia en la audiencia –ya veo gente señalándolos–, pero aunque me lo pidan no voy a extenderme en este tema ahora. Sin embargo, quedo a disposición de la audiencia.

Me parece importante destacar que el énfasis de este Índice está puesto en orientar la gestión de la competitividad de países, de regiones, de ciudades, y que su construcción es el resultado de un proceso flexible, dinámico y adaptativo, que trata de incorporar las características particulares de cada una de las regiones o de cada uno de los países que aspiran a utilizarlo.

Y más importante aún: este Índice no está diseñado para participar en torneos de estadística –aunque tiene una base estadística sólida–, sino que más bien tiene un componente importante de estrategia. Lo que buscar es formular estrategias y medir los esfuerzos del éxito relativo en la implementación de estas estrategias, para poder corregir el rumbo a tiempo y mejorar la capacidad de competir en el futuro. De alguna manera, los resultados de esa medición, entonces, generarán menos controversia porque serán resultados consensuados por todos los agentes que buscan generar un entorno más competitivo, y sus alcances pueden permitir comparar esfuerzos domésticos con los otros esfuerzos que realizan países de la región o distintas regiones, gestionar el avance hacia nuestros objetivos y explicar qué cosas influyen más en la formación de competitividad a largo plazo.

Este es de alguna manera el valor agregado del Índice, su capacidad de medir esfuerzos y su posibilidad de contribuir a la generación de estrategias.

Quiero invitarlos, con toda cordialidad, a debatir y a participar en el proceso de desarrollo de este Índice del Observatorio Tendiendo Puentes, con el propósito de aterrizar estas riquísimas discusiones que hemos tenido esta mañana, muy elocuentes, muy concentradas en la discusión o en la propuesta de distintos mecanismos para construir una sociedad más justa, más igualitaria, en un mundo sumido en un cambio de época.

Muchas gracias.



Anexo Gráficos



Índice Tendiendo Puentes : ITP

Competitividad y su Gobernabilidad

Un Índice que **Mide Esfuerzos**
Un Instrumento para **Análisis Estratégico**

Fundación Círculo de Montevideo

Asunción, julio de 2014

Competitividad y su Gobernabilidad

1996 Fundación del Círculo de Montevideo en una época de cambios

- Predominio de la democracia política aunque con deserción ciudadana.
- Liderazgo de la Economía de Mercado aunque con déficits en educación, salud y vivienda de los mas necesitados.
- Necesidad de reforma del Estado Benefactor.
- Globalización. Medios de comunicación y hábitos universales versus particularismos étnicos.
- Comercio mundial abierto pero regionalizado.



XX Reunión Plenaria del Circulo de Montevideo Paraguay, Julio 2014 Debatimos un cambio de época

- Las Economías Emergentes lideran el crecimiento de la economía internacional. Nuevas empresas multinacionales.
- Surge una Nueva Clase Media Global.
- Nueva relación de fuerzas entre la humanidad y la naturaleza.
- Conectividad. “Social Media”.
- Globalización y tecnología. Robótica, nanotec, biotec, alimentos y energía.

Mejorar el desempeño económico para asegurar el desarrollo social

Contribuciones para su medición y toma de decisiones

- Comisión sobre la Medición del Desempeño Económico y el Progreso Social (Francia, Stiglitz, Sen, Fitoussi).
- Índice para una Vida Mejor. Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OECD).
- Informe Mundial de la Felicidad. (Universidad de Columbia. Instituto de la Tierra. Instituto Canadiense para Investigaciones Avanzadas. Centro para el Desempeño Económico).
- Conferencia de Naciones Unidas sobre “Felicidad y Bienestar”.
- Organización de las Naciones Unidas para el desarrollo Industrial (ONUDI): Competitive Industrial Performance Index.



Competitividad y su Gobernabilidad



Competitividad y su Gobernabilidad

Índice Tendiendo Puentes: ITP



Fundación Círculo de Montevideo

En la Gente: su bienestar
Con los aportes de una mejora de la Competitividad
Uniendo esfuerzos de
gobiernos+empresas+academia+sociedad civil toda

¿Qué se busca?

Realizar una contribución con vistas a mejorar las condiciones de competitividad de los países, regiones, ciudades (diversos niveles de áreas base), en un contexto de democracia, cohesión social e inclusión.

¿Cómo realizarlo?

A través de un instrumento que permita medir los esfuerzos orientados a mejorar estas 'áreas base' en que se asienta la actividad económica y la vida en sociedad en América Latina.



Conceptos de base: *la importancia de la referencia al punto de partida*

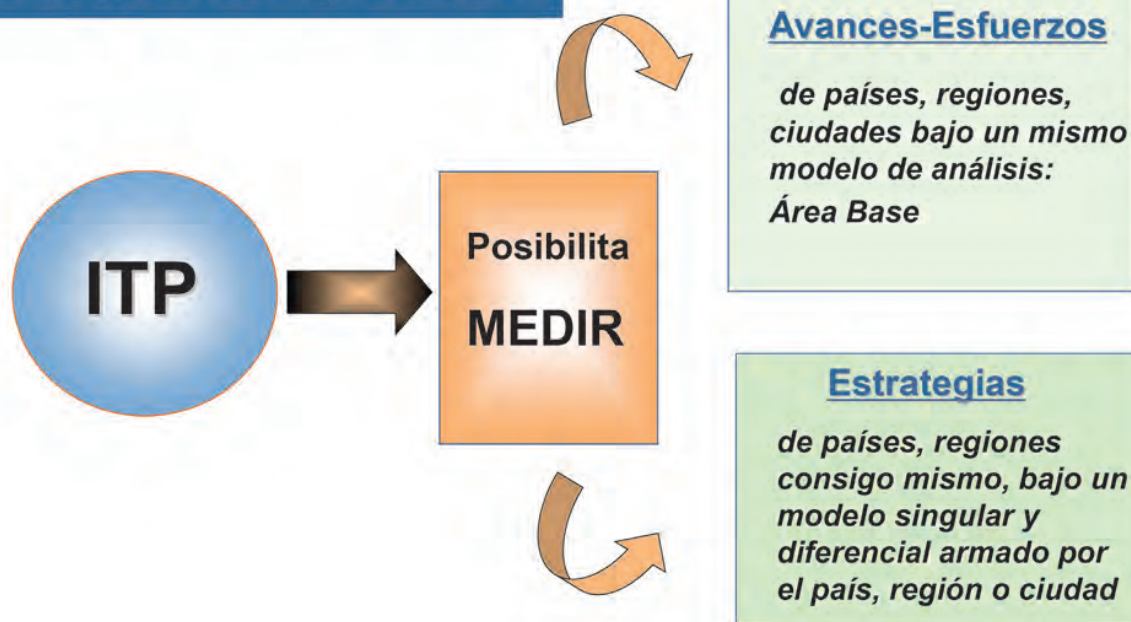
- **Competitividad:** “Una nación es competitiva si posee la capacidad para generar en forma sustentable altos niveles de ingreso y empleo, procurando un equilibrio justo en la distribución de lo creado, en la búsqueda de la mejora de la calidad de vida de su gente, participando activamente en el mercado internacional.”^(*)
- **Gobernabilidad de la competitividad:** Se considera a la Gobernabilidad como un componente principal a la hora de construir mejores posicionamientos competitivos donde su alcance hace referencia a la institucionalidad y organización del proceso de construcción de la competitividad y su relacionamiento con su gestión, destacándose la importancia de la interacción del accionar público-privado, hacia objetivos estratégicos comunes.
- **Temporalidad:** Se entiende importante el tener en cuenta el equilibrio que se debe de contemplar entre las construcciones para un mejor mañana y las necesidades del hoy.





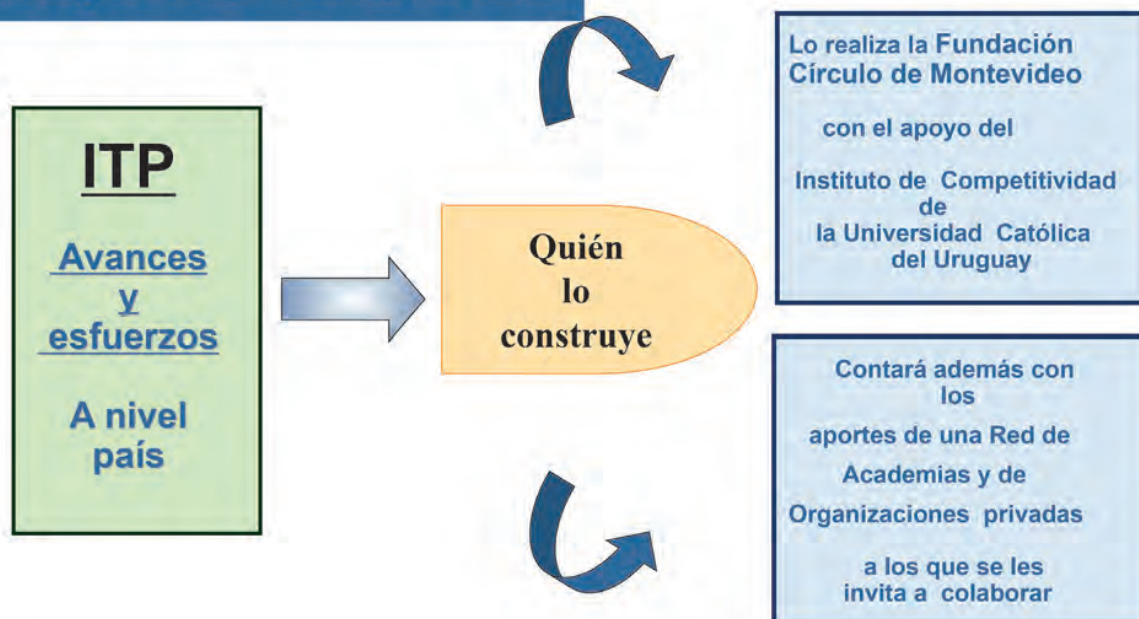
Propósito: *Que Medir*

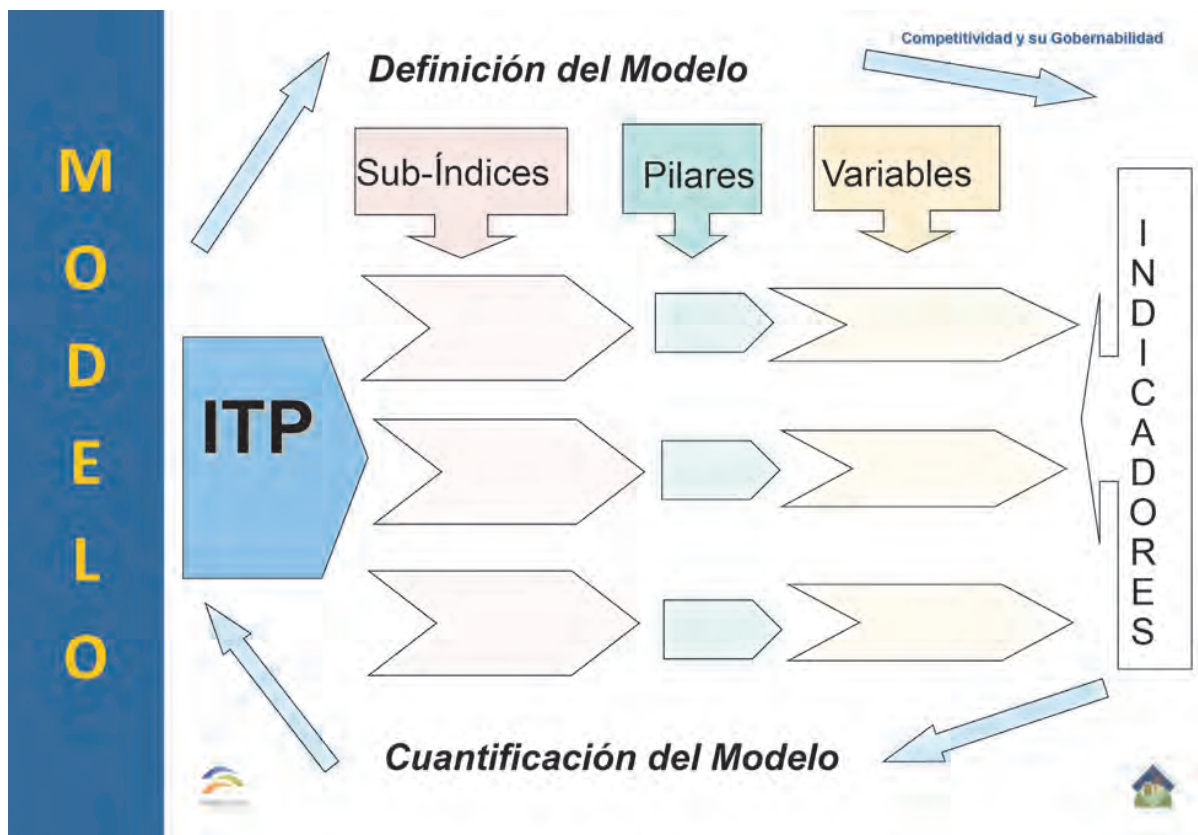
Competitividad y su Gobernabilidad



Propósito: *Construcción*

Competitividad y su Gobernabilidad





Modelo: *diseño los Sub-Índices*

Competitividad y su Gobernabilidad



$$\alpha CCC + \beta GDC + \gamma CDH = ITP$$

Condiciones de base para la construcción de Competitividad: componentes para el logro de mejores posiciones competitivas. Resultados en el mediano y largo plazo

Gobernabilidad de la Competitividad: caracterización de la importancia del "cómo" se realiza la construcción competitiva

Condicionantes del hoy: se refiere a aquellos pilares asociados a la situación y los esfuerzos por dar satisfacción a las demandas del hoy

La importancia de **equilibrar** los esfuerzos por construir el **mañana** con la satisfacción de las necesidades del **hoy** mediante una **participación público-privada responsable y en RED**



Modelo: *diseño Sub-Índices/Pilares*

INDICE TENDIENDO PUENTES Construyendo Competitividad y su Gobernabilidad			
	Subíndice Condiciones para la Competitividad	Subíndice Gobernabilidad de la Competitividad	Subíndice Condiciones del hoy
Pilares	1. Creación de valor 2. Capacidades 3. Sostenibilidad 4. Inclusión y distribución 5. Calidad de Vida 6. Igualdad de oportunidades 7. Conectividad 8. Valores y cultura	1. Institucionalidad y organización formal a nivel país 2. Interacción Público-Privada 3. Liderazgo participativo 4. Gobierno corporativo Empresarial	1. Situación económica y social 2. Énfasis de las políticas 3. Condiciones de contexto



Competitividad y su Gobernabilidad

ITP: Subíndice de Condiciones de Base para la Construcción Conceptos asociados a los Pilares

Creación de valor	Condiciones de base para generar crecimiento en el nivel de actividad en la economía
Capacidades	Desarrollo de activos (tangibles e intangibles) y habilidades para usarlos generando ventajas competitivas en la economía a través de más conocimiento aplicado.
Sostenibilidad	Aseguramiento de la capacidad de sostener en el tiempo la base de recursos naturales y las instituciones democráticas
Inclusión y Distribución	Condición del desarrollo. Generación de condiciones de equidad distributiva y de inclusión para el funcionamiento en sociedad: el valor que se crea se distribuye e incluye a todos.
Calidad de Vida	Los aspectos no económicos que hacen en definitiva una mayor calidad de vida.
Igualdad de oportunidades	El eje para la creación de capacidades y calidad de vida es la persona en su posibilidad de crear, entre otras cosas, valor económico en un marco institucional y de políticas.
Conectividad	Posibilidades de interacción e intercambio entre personas y unidades económicas y desarrollo de redes de cooperación, conocimiento y actividades económicas y sociales.
Valores y cultura	El nivel meta, que hace a las condiciones de base de las instituciones sociales (North) adoptadas por las personas en sociedad.



ITP: Subíndice de Condiciones de Base para la Construcción

Variables correspondientes a cada pilar

Creación de valor

Crecimiento
Productividad
Empleo
Recursos disponibles
Estructura sectorial
Estabilidad macroeconómica

Capacidades

Capital Humano
Ciencia y Tecnología
Innovación
Tejido Empresarial (caracterización general)
Redes/ Clusters
Nivel tecnológico/ complejidad de exportaciones

Inversiones

Sostenibilidad

Ambiental Cambio climático
 Agricultura
 Forestal
 Biodiversidad
Institucional Democracia
 Partidos políticos

Inclusión y Distribución

Inclusión
Equidad

Calidad de Vida

Salud
Educación
Seguridad
Derechos humanos
Vivienda
Esparcimiento

Igualdad de oportunidades

Funcionamiento de los mercados

Facilidad de iniciar una empresa
Regulación de la competencia
Educación
Género
Políticas Gubernamentales
Prácticas empresariales de reclutamiento
Disponibilidad y acceso al crédito

Conectividad

Logística
Comercio internacional
Exportaciones
Importaciones
Infraestructura básica
Infraestructura avanzada
Inversión Extranjera Directa
Internacionalización de empresas

Valores y cultura

Actividad emprendedora
Cooperación
Respeto por las normas
Educación básica (primaria y secundaria)
Actitud ante el cambio
Actitud ante el trabajo



ITP: Subíndice de Condiciones de Base para la Construcción

Indicadores para medir las variables correspondientes a cada pilar

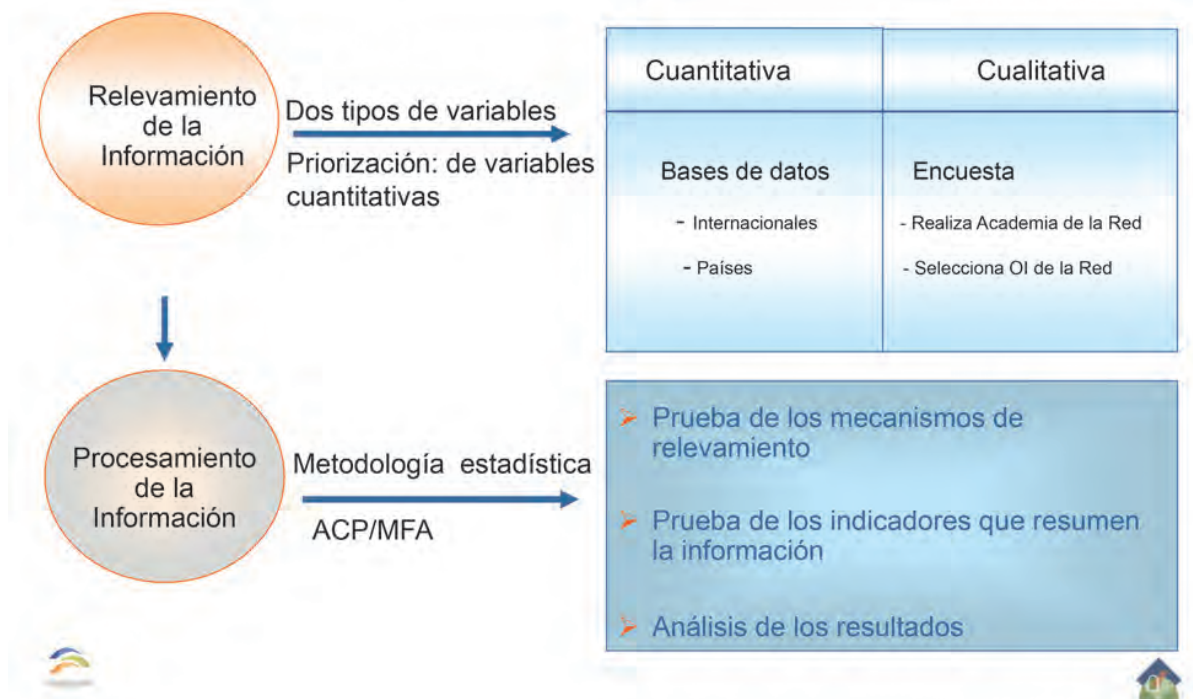
Creación de Valor		Calidad de vida	
cv1	PIB per capita en ppc, a precios de 2005	cvid1	Esperanza de vida al nacer (años)
cv3	PIB por persona ocupada, a precios de 2005	cvid2	Tasa de mortalidad infantil (por 1000 nacidos vivos)
cv5	Tasa de desempleo	cvid3	Tasa de natalidad (por 1000 personas)
cv6	PEA/Población mayor de 15 años	cvid4	Instalaciones sanitarias mejoradas (% de la pob. con acceso)
cv7	Tierra arable (Has por persona)	cvid6	Cobertura: cantidad de médicos cada 1000 personas
cv8	Tierra arable (% del total)	cvid9	Gasto sanitario total (%PIB)
cv9	Agua (metros cúbicos per capita)	cvid14	Tasa de victimización
cv10	Recursos minerales: extracción % YNB	Igualdad de oportunidades	
cv12	Manufacturas VAB (% del PIB)	opo1	Tamaño del mercado bursátil (valor transado como % del PIB)
cv13	Resultado del SPúblico/PIB	opo10	Cantidad de días necesarios para iniciar una empresa
cv14	Inflación (IPC, %)	opo11	Costo de iniciar una empresa (% del ingreso per capita)
cv17	Saldo en Cta. Corriente /PIB	opo15	Gasto público en educación (% del PIB)
Capacidades		opo18	Esperanza de vida de la mujer/esperanza de vida del hombre
cap1	Ocupados con educación terciaria (% del total)	opo19	Tasa de desempleo femenino (% de la PEA femenina)
cap2	Ocupados con educación secundaria (% del total)	opo23	Gasto público social por habitante (Dólares a precios constantes de 2005)
cap6	N° Investigadores por millones de personas	Conectividad	
cap7	Inversión en I+D (% del PIB)	con1	Turismo internacional (número de arribos)
cap10	Ingenieros per capita (cada 10.000 hab)	con2	Turismo internacional (número de salidas)
cap13	Tasa de autosuficiencia (patentes aplicadas por residentes/ total de patentes aplicadas)	con4	Comercio de mercaderías (% del PIB)
cap14	Coefficiente de invención (patentes aplicadas por residentes/ 10000 habitantes)	con5	Comercio de servicios (% del PIB)
cap19	N° de empresas de + de 10 personas ocupadas/por habitante	con8	Índice de desempeño logístico: Total (De 1= bajo a 5= alto)
cap21	Exportaciones con contenido tecnológico / exports de manufacturas (%)	con15	Tráfico marítimo de contenedores (TEU: unidades equivalentes a 20 pies)
cap23	Exportaciones de manufacturas/ exportaciones de bienes	con22	Coefficiente de Exportación (CE) = exportaciones/ PIB (precios corrientes)
cap25	Formación Bruta de Capital Fijo/PIB (%)	con23	Tasa de Cobertura (TC) = export / import (precios corrientes)
cap27	IED, ingresos netos (% del PIB)	con24	Grado de Apertura (GA) = (export.+ Import)/PIB (precios corrientes)
Sostenibilidad		con27	Líneas telefónicas fijas por cada cien personas
sost1	Emisiones de dióxido de carbono (CO2, kg por PIB en ppc)	con29	Abonados a Internet por banda ancha fija (por cada 100 personas)
sost2	Intensidad de uso de fertilizantes (Toneladas por 1.000 hectáreas de superficie agrícola)	con30	Abonos a teléfonos celulares (por cada 100 personas)
sost6	Environmental Performance Index	con31	Importaciones de bienes de TIC (% del total de importaciones de bienes)
sost9	Índice de desarrollo democrático en AL (0 muy poco-10 muy alto)	con34	Consumo de energía eléctrica (kWh per capita)
sost10	Derechos Políticos y Libertades Civiles (0 muy poco-10 muy alto)	con35	Servidores de Internet seguros (por cada millón de personas)
sost11	Calidad Institucional y Eficiencia Política (0 muy poco-10 muy alto)	con36	Usuarios de Internet (por cada 100 personas)
Inclusión y distribución		con39	IED, ingresos netos (% del PIB)
inc1	Personas por debajo de la línea de pobreza (%)	Valores y cultura	
inc5	Porcentaje de población con acceso a agua potable	cul13	Tasa de emprendimientos nacientes: % población (18-64) creando un negocio
inc9	Distribución del ingreso: Índice de Gini	cul14	Tasa nuevos emprendedores(as): % población (18-64) dueño de nuevo negocio.
inc13	Relación de 20% de mayores ingresos a 20% de menores ingresos (CEPAL pob. urbana)	cul18	Corrupción: Índice de percepción





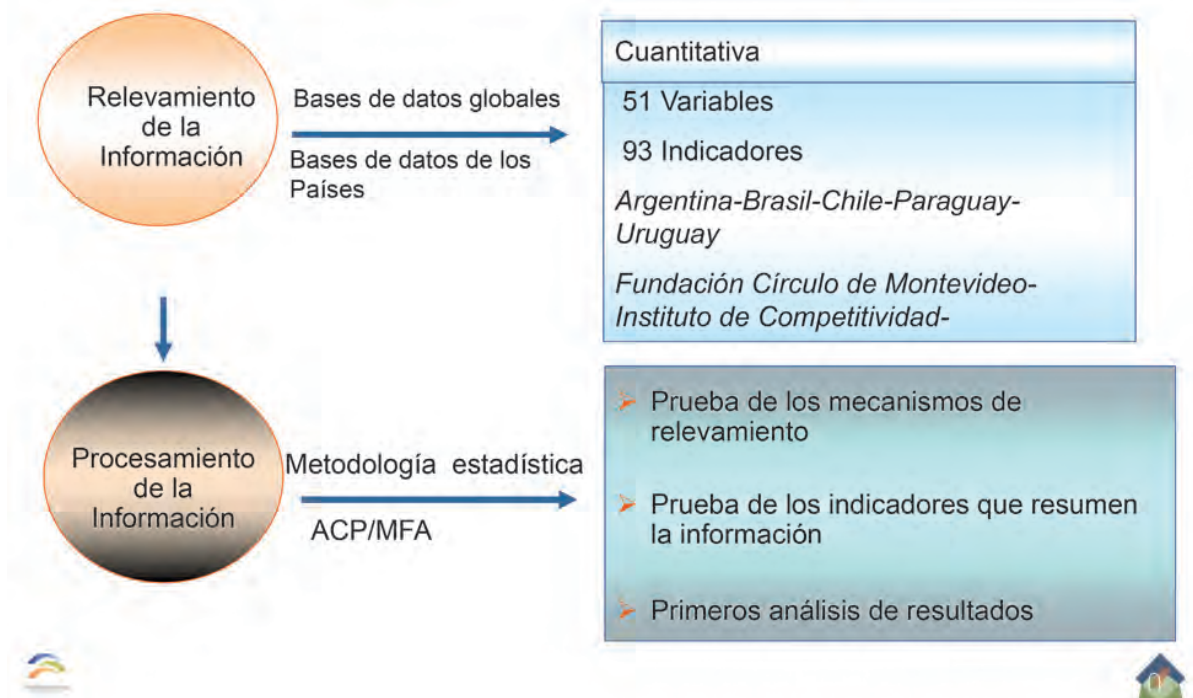
ITP: Construcción

Competitividad y su Gobernabilidad



ITP: Prueba Piloto

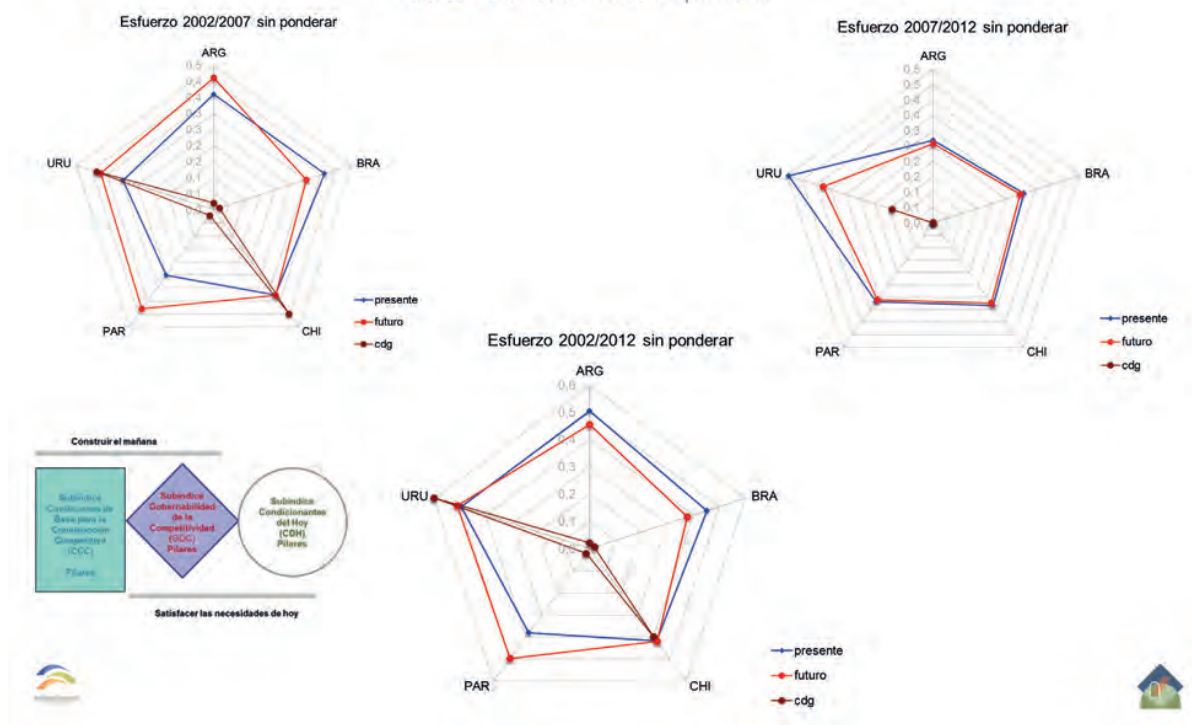
Competitividad y su Gobernabilidad



ITP - Esfuerzos por país y subíndice (caso piloto ilustrativo)

Competitividad y su Gobernabilidad

Valores de los sub-índices sin ponderar



ITP: Consensos/Buscando Aportar

Competitividad y su Gobernabilidad

Interesa destacar:

- que el **propósito** está puesto en su consideración como una herramienta para el logro, orientación y gestión de mejoras en la competitividad de países, regiones, etc.
- que su **construcción** es el resultado de un proceso flexible, dinámico, adaptativo a los cambios que se dan en los entornos y por sobre todo orientado por espacios de participación público - privada.
- que el sistema lleva implícito un concepto de **estrategia**; no se trata de medir por medir, sino de medir para seguir una estrategia en un área base determinada, y que seguramente ésta estará estrechamente ligada a factores de diferenciación y singularidad, donde el énfasis en los intangibles, son tan importantes como la medición de factores más tradicionales como la productividad y la infraestructura.

SINGULARIDAD



ITP: Singularidad

Competitividad y su Gobernabilidad

• Resultado de la medición

- Esfuerzos consensuados entre todos los agentes hacia un entorno más competitivo

• Alcances

Para gestionar	medimos nuestro avance hacia nuestros objetivos	Grado de cumplimiento
Para comparar	nos medimos en relación a otros (avances)	Ranking
Para explicar	qué influye más en mejora de la competitividad	Causales



ITP: Singularidad

Competitividad y su Gobernabilidad

Qué

Medición de avances o **esfuerzos** de construcción de competitividad (no niveles)

'Cómo'
conceptual

Un **enfoque sistémico**, correspondencia entre el que medir y el como medir

Equilibrio entre construir el '**mañana**' y satisfacer las necesidades del '**hoy**'.

Valorar específicamente el **proceso de construcción**, como tarea de todos

'Cómo'
operativo

Priorización de datos **cuantitativos**

Red de Academias y Organizaciones Intermedias



13 - Empleo en el siglo XXI – Nuevas Formas. Presentación de conclusiones

Julio María Sanguinetti
Carlos Slim
Fernando Henrique Cardoso
Leonel Fernández
Reyna
Felipe González
Ricardo Lagos
Enrique Iglesias
Alejandro Bulgheroni
Carlos Magariños
Natalio Botana
Enrique Manhard
Juan F. Rada

Debate de cierre

Julio María Sanguinetti.

Damos inicio a este debate, en el que comenzará haciendo uso de la palabra don Enrique Iglesias, que aportando alguna visión sobre lo que se analizó en el día de hoy en esta tormenta de ideas, como suele decirse, que hemos tenido a lo largo de la mañana.

Una vez que Enrique finalice su exposición, iremos abriendo el diálogo.

Enrique Iglesias

Nuevamente, muchas gracias Presidente por invitarme a participar en este XX Encuentro. Tengo el privilegio de haber estado en todos los Encuentros, y espero estar también en los próximos.

Asimismo quería decir lo contento que estoy de encontrarme en este país tan querido. He estado viniendo por décadas y tengo una relación muy entrañable con el Paraguay, como buen uruguayo.

Tanto en la mañana de hoy como en la tarde, hemos tenido la oportunidad de escuchar presentaciones estupendas, muy ricas y estimulantes, por lo que es muy difícil hacer un resumen de todo eso, y no se trataría de hacerlo ahora, porque cada uno tendrá su versión acerca de esas exposiciones. Pero quería hacer un comentario, que parte de la intervención que hizo, al término de la mañana de hoy, el Presidente Fernández Reyna, que nos llamó la atención sobre el momento que está viviendo el mundo.

Este debate no se da en unas circunstancias normales. Estamos atravesando una de las turbulencias más grandes que hemos vivido desde la Segunda Guerra Mundial, con ramificaciones y proyecciones que son muy difíciles de anticipar. Se han terminado treinta de años de un período en el que teníamos una razonable capacidad de predecir y en el que estábamos seguros de que lo sabíamos todo. El mundo vivió una estabilidad totalmente excepcional en la historia del capitalismo de los últimos doscientos años. Eso se interrumpió bruscamente con la especulación financiera, de la que nos hablaba también el Presidente Fernández, y entra-



mos en un período en el que vamos a tener largos años de imprevisibilidad, de inestabilidad y, sobre todo, de sorpresas. Hoy en día es muy difícil anticipar.

El Fondo Monetario Internacional estaba acostumbrado a fórmulas y a mecanismos de previsión y de anticipación a varios años, pero el otro día el Director Económico del Fondo, el señor Blanchard, decía que habían decidido pasar a navegación visual; es decir, la de ir viendo cómo viene la mano, etcétera. Y si lo dice el Fondo Monetario Internacional, que ha sido y sigue siendo la institución rectora de las finanzas mundiales, ya podrán darse cuenta ustedes de cómo vienen las cosas.

Entonces, es muy difícil anticipar, pero es en cierta forma posible determinar cuatro o cinco campos que se están construyendo. En primer lugar, el campo económico. Estamos entrando en cambios importantes de paradigmas económicos en el mundo. Salimos de la economía de la producción a partir de las materias primas, a partir de las industrias, y estamos ahora pensando en la economía del conocimiento, del nuevo factor dinámico que está moldeando y cambiando las reglas de juego, y sobre todo la estructura de la empresa y del comercio internacional. Ya el comercio no se hace más en productos terminados sino en cadena de valor, que es lo que realmente domina el escenario comercial del mundo.

Sabemos que tenemos otra sociedad. Esta mañana se mencionó aquí —lo hizo particularmente el Presidente Sanguinetti— a las nuevas clases medias, sociedades con nuevas demandas, con nuevas aspiraciones, con nueva capacidad de protesta; en fin, un mundo de clase media sobre la que no sabemos todavía cómo administrarla políticamente. Sabemos que hay que hacer algo, pero todavía el sistema político va bastante retrasado en su capacidad de administrar ese proceso.

Sabemos, asimismo, que tenemos un nuevo sistema de relaciones internacionales. Se está produciendo la transferencia de poder económico más grande de la Historia del planeta: del Occidente al Oriente y al Sur. Ese es un fenómeno nuevo en la Historia de la Humanidad. Conocimos el de Oriente a Occidente, pero

este, en volumen es realmente espectacular. Y esto significará, ciertamente, que se están rehaciendo las relaciones internacionales. Es lo que está pasando aquí al lado, en Brasilia, con los cinco grandes países, que son el 40% de la población mundial, que se organizan para generar respuestas o instituciones que pueden de alguna manera incidir en el sistema financiero que viene de la Segunda Guerra Mundial y donde no han tenido espacio suficiente para pronunciarse.

Ese tipo de fenómenos nos muestran que estamos realmente enfrentados a un momento de cambio muy fuerte, y a veces no nos damos cuenta de la profundidad de esos cambios y de cómo todo esto tiene que ir a una nueva gobernanza mundial, a nuevas relaciones internacionales y, sobre todo, a grandes acuerdos de valores, porque en estos momentos no solamente se están trasladando factores productivos, sino que se están también confrontando valores. Y esa es una gran tarea del futuro de la humanidad. Creo que estas cosas, de alguna forma, van a implicar una enorme energía política del mundo, para no transformar esa confrontación de valores en una confrontación armada. Hoy por hoy lo que sabemos, sí, es que hay una especie de falta de comando tanto en lo político como en lo económico. Estamos un poco en un momento en el que *"nobody is in charge"*, como dicen los americanos. Y ese es un tema que no es fácil de asimilar.

En ese contexto, en el que nos introdujo muy bien el Presidente Fernández Reyna, es que hay que discutir esta historia del empleo, desde luego un gran tema, que no solamente afecta el nivel de vida de la gente, sino también el sistema productivo y todo lo que es la convivencia en el planeta.

La palabra trabajo viene del latín, y en latín se decía *tripalium*, que era un instrumento de tortura que usaban los romanos para estimular el trabajo de los esclavos. Esa forma de vincular el trabajo con ese instrumento de tortura nos pone un poco nerviosos, pero realmente era así, porque en aquella época, en el Ágora se discutía de filosofía, pero los filósofos no trabajaban; trabajaban los esclavos. Y lo mismo pasaba en Roma. Eso de alguna manera dura y luego se traslada a la Edad Media, con los siervos, que eran los que trabaja-

ban, porque los nobles hacían la guerra y alguna otra cosita, pero trabajar no era un tema que fuera de su competencia.

Ese tema del trabajo irrumpe como central en el debate casi casi con la Revolución Industrial. Como lo mencionaba Carlos Slim esta mañana, ciertamente la Revolución Industrial sacude en forma tal, que genera temas sociales importantes. Ahí aparece un poco la cuestión del trabajo, con el gran impacto que tuvieron la tecnología del transporte, las comunicaciones, la máquina a vapor, etcétera.

En fin, creo que de alguna manera la humanidad se fue acomodando a esto a partir de algo que también se señalaba hoy por parte de Carlos Slim: cuando la productividad empezó a irrumpir en el sistema agrícola, pasamos a trabajar en las industrias. Y cuando ya la industria no daba más, pasamos a los servicios. Entonces, hoy en día tenemos que el grueso de la población en el mundo está avanzando hacia el trabajo en los servicios. Asimismo, de los servicios tradicionales, pasamos a las nuevas formas de servicios. Quiere decir que la humanidad se fue adaptando, en esta historia del trabajo, a los distintos ritmos que fue dando el pasaje del sector primario al secundario y luego al terciario, y más adelante al terciario A, al terciario B, etcétera, sobre todo ahora que tenemos por todos lados la tecnología digital.

Lo que creo es que cuando se aborda este tema, hay dos tipos de problemas a considerar. Uno de ellos tiene que ver con la cuestión coyuntural, cíclica, la de todos los días. Ahí es donde, generalmente, nos sentimos más seguros para hablar; de esta cuestión viene hablando la OIT desde los años 20. El otro tipo de problemas a tener en cuenta es el que tiene que ver con el desempleo estructural. ¿Qué es el desempleo estructural? Los economistas dicen que es el desempleo que se genera cuando una economía está en equilibrio, sin inflación, y ahí queda un resto. Ese es el desempleo estructural, que se mide de muchas formas, porque no hay unanimidad. Y en lo que tampoco hay unanimidad es en cómo tratar este último tema. Hay mucha más seguridad en el primero, es decir, en el tema del empleo vinculado con el ciclo económico, pero hay muchas más dudas en la academia respecto al último

tema. Estamos todavía inmersos en grandes debates. Más adelante, voy a volver sobre esta cuestión, haciendo pie en todo lo que se dijo en la mañana de hoy.

Con respecto al desempleo cíclico, coyuntural, en el día de hoy se han vinculado los distintos componentes que afectan el desequilibrio coyuntural. Por supuesto, la tecnología es el tema que más ha impactado en el empleo a lo largo de los años. Sobre esta cuestión hay versiones optimistas y versiones pesimistas. En el año 1930 Keynes visitó Madrid, donde dio una conferencia sobre el tema del desempleo y donde acuñó la expresión “desempleo tecnológico”. Fue el primero que de alguna manera introdujo en el debate la idea del desempleo vinculada a la introducción de la tecnología, pero con una visión optimista. Él de alguna manera intuía que esa tecnología habría de evolucionar de forma de ir generando nuevos empleos a la gente a lo largo del tiempo. Por otro lado, las versiones pesimistas encuentran que esto nos conduce a un callejón sin salida; que de alguna manera el avance de la tecnología puede ser un factor de desempleo permanente y estructural, que puede partir, precisamente, de la incapacidad del sistema de absorber a la gente en el sector productivo.

Es interesante destacar que, de algún modo, este tema está estrechamente vinculado al propio sistema capitalista. Schumpeter, ese gran economista, hace cincuenta años hablaba de la destrucción creativa como una forma de dinamizar el sistema productivo. Había que destruir para poder construir más y mejor, y eso se hacía con tecnología y con innovación.

Entonces, el *shock* tecnológico y el *shock* innovador son lo que hoy está conmoviendo al mundo a un ritmo que no conocíamos. Siempre hubo innovación, afortunadamente, y siempre hubo también alguna forma de innovación tecnológica, pero el ritmo con el que se produce hoy es un problema, ese sí, nuevo en el mundo. Esa vorágine es lo que conmueve. Todos los días vemos que cambian los teléfonos celulares, etcétera. Hay una dinámica a efectos de *shockear* un poco el proceso productivo; está permanentemente cambiando para poder generar destrucción creativa.

Dentro de esa visión del desempleo cíclico, fue muy interesante esta mañana que se empezaran a mencionar



algunos aspectos muy importantes que hay que tomar en cuenta y que están dentro del concepto general de empleo. Uno de ellos es la informalidad. En América Latina, un gran volumen de gente trabaja en el sector informal. Se trata de trabajadores independientes que están bajo las turbulencias del mercado y de todos esos elementos que de alguna manera generan la enorme vulnerabilidad que tiene hoy estar dentro del sector informal de la economía, sin protección, sin ningún tipo de capacidad previsión social, etcétera. En fin, allí hay toda una temática que en América Latina es un problema muy grave. Se dan por empleados, pero son empleados informales: no tienen sistemas de protección de ningún tipo; ni sindicatos, ni nada.

La otra cuestión que se mencionó en el día de hoy —creo que fue el Presidente Lagos quien lo hizo— fue el tema duro de la exclusión en una sociedad, el tema de los excluidos profundos: gente que vive en los suburbios de las ciudades, que no tiene trabajo, que no va a la escuela; el sector de violencia, el sector de exclusión de los niños. Se trata de un problema que también forma parte de esta temática y que tiene esas determinadas características.

Y no nos olvidamos, por supuesto, del tema de la juventud. Yo les confieso que es para mí —lo estoy viendo ahora en España, donde hay un 50% de desempleo en los jóvenes— un tema sumamente importante. ¿Por qué? Porque estamos hablando de gente de menos de treinta años, que representa una gran masa, un porcentaje muy alto de la sociedad. Y hoy en día la juventud se ve asediada por dos temores.

El primero de ellos es el miedo a morir. Porque, en el fondo, producto de ese clima de violencia que anda por ahí y que nos tiene a todos muy inquietos y preocupados, los que mueren, en general, son los jóvenes. Ya no es la juventud de la Edad Media, para la que ir a las Cruzadas era un acto heroico y hasta tenía algo de romántico. Hoy día, entonces, el primer miedo es a morir. Y si no, vean lo que pasa en Centroamérica, cuando se recluta a los jóvenes para formar parte de la violencia organizada.

El otro es el miedo grave —que yo lo veía recorriendo las calles de Madrid— a sobrar; el miedo del joven

que siente que está sobrando, que hace dos años que se recibió y que no puede ingresar al mercado de trabajo. El miedo a sobrar es una cosa muy dramática; es algo muy feo. Yo hablaba de este tema, informalmente con algunos jóvenes en la Puerta del Sol. Y, claro, el sentimiento de que están sobrando, de que hay una sociedad que no los incorpora es una cosa muy grave.

Por eso, el tema del empleo en la juventud es, para mí, de la mayor importancia, y han hecho bien en traerlo a la reflexión.

Me parece que otro tema muy importante es la forma de armar todo esto. Al respecto, Ricardo se refirió a la llamada “articulación”. ¿Cómo resolvemos este tema? Normalmente, la articulación era entre empleado y empleador, y luego empezaron a surgir los convenios, etcétera. Pero, también, tenemos hoy en día el problema que se produce en la articulación entre personal ocupado y desocupados. Este es un debate que he visto en España, en el que se reclamaba que se tomaban medidas que solamente se ocupaban de los que tenían trabajo. Se preguntaban, entonces, qué pasaba con los que no lo tenían, con ese 25% que está en la calle; quién se ocupaba de ellos, quién los representaba. Porque los sindicatos representan a los ocupados. Entonces, esa articulación —de acuerdo con las cifras que se ven en España— es un tema muy serio, como lo es también el que ya se mencionó respecto al ciudadano y al político. Ahí hay, entonces, una gran cuestión que es fundamentalmente de carácter político, que creo que importa mucho y respecto del cual se hizo muy bien en ponerlo encima de la mesa.

Volviendo un poco al qué hacer con respecto a estos temas del ciclo, la solución liberal es muy clara. Dice que aquí se trata de que los salarios son muy altos, de que los beneficios son demasiados y de que hay que bajarlos a las nuevas condiciones para que puedan ser absorbidos por el sistema. Y que en el caso del desempleo, se trata fundamentalmente de encontrar el nivel del costo donde realmente pueda haber una inserción en una nueva forma de productividad. Esa es la solución liberal; para eso el sistema tiene solución. Ahora, en lo que hace a otras soluciones, el tema es mucho más complicado, porque implica entrar en la dinámica de la sociedad, donde los temas son mucho más comple-

jos, sobre todo cuando estamos entrando en sociedades más democráticas, donde la gente se expresa, protesta, sale a la calle a reclamar, como ya fue mencionado por Ricardo, quien se refería también a la cuestión de llevar calidad a esa sociedad.

Por su parte, Carlos Slim trajo un tema muy importante, que yo creo que es de futuro: el sistema de seguridad social. Nosotros, los uruguayos, que creamos un sistema allá por 1910, estamos preocupados por ese tema, porque ciertamente la gente vive mucho más, se jubila muy temprano, y viven de jubilados casi tantos años como los de trabajo. Ese tema hay que resolverlo, e implica ciertamente una extensión del proceso, así como una cosa que a mí me preocupa por razones más de tipo personal. Yo estoy trabajando con una Fundación en el Uruguay que se ocupa del tema de los mayores, ese gremio al que pertenezco. Ese tema es muy importante, porque no solamente tenemos un país con escasez de oferta de trabajo en ciertos sectores, sino también un país en el que hay mucha gente mayor que quiere trabajar. Hay que buscar una solución al envejecimiento activo. Si algunos quieren quedarse en su casa mirando televisión o tirándoles maíz a las gallinas, es un tema de ellos, pero hay que contemplar a aquellos que quieren seguir en actividad. Entonces, ese es un tema importante que se trajo en la mañana de hoy. De alguna manera, la presentación de Carlos Slim fue por ese lado.

Con respecto al tema de la capacitación, al que se refería hace un rato el amigo Bulgheroni, creo que evidentemente forma parte de la preocupación por el desempleo coyuntural. Él hablaba de la capacitación en la empresa. Asimismo, alguien hacía alusión al tema de la capacitación inteligente, a las horas que estamos insumiendo en la capacitación de gente, cuando en el fondo hoy los nuevos instrumentos nos permitirían reducir bastante el tiempo que la gente dedica a la enseñanza formal y, de algún modo, avanzar en todos los temas de capacitación.

Creo que en el caso de América Latina, deberíamos aprovechar el llamado “bono demográfico”. En este momento estamos con mayor cantidad de gente que trabaja y la relación con los dependientes, niños o viejos, es todavía positiva para los trabajadores. Eso quiere

decir que hay una capacidad de ahorro para poder hacer cosas y, de alguna manera, invertir.

Se mencionó también en la mañana de hoy que en este tema del desarrollo cíclico, invertir es muy importante; el crecimiento es muy importante. El crecimiento normalmente trae mayor capacidad de empleo, y ese mayor crecimiento solamente se lleva adelante si hay inversión. Por eso el tema referido a esta última apareció varias veces en el debate.

Y con el desempleo estructural, este desempleo rebelde que nos está señalando un poco el futuro incierto, tema con el que yo iniciaba mis palabras. Bueno, la verdad es que no sabemos cómo tratar esta cuestión. La academia no tiene respuestas claras a todo eso. Tiene líneas sobre las cuales podrá operar el futuro, pero de ahí a creer que estamos en presencia de soluciones claras, no; no las hay. Por lo menos, yo no las conozco. ¿Qué es lo que sí sabemos? Sabemos que vamos a entrar en nuevas formas de trabajo: Internet está trayendo trabajo a domicilio, etcétera. Esto ya se planteó esta mañana. Sabemos algo también respecto a las horas de trabajo. Nosotros fuimos bajando de las 72 horas, de sol a sol, en la Edad Media. No se trabajaba el domingo, porque el Señor, por suerte, descansó ese día; si no, se hubiera trabajado también en domingo. Luego se pasó a las 60 horas, y posteriormente a las 48, con la revolución socialista. Luego se llegó a las 44 y ahora estamos en las 40. En Francia, por su parte, son 36. Quiere decir que de alguna manera el tema del horario de trabajo va a ser parte del tema. Una vez, hace muchos años, cuando comenzaba a plantearse este tema, allá por los años setenta, le escuché decir a Leontief, gran pensador, que realmente la solución a largo plazo pasa por la reducción de las horas de trabajo, lo cual abre otra cuestión: cómo administrar el ocio, etcétera. Pero este tema también forma parte del futuro.

En lo que tiene que ver con el reparto de horas, que también se planteó hoy aquí, considero que hay allí un tema importante. El número de horas se reduce: en este momento, respecto de hace diez años, se invierte 50% menos de mano de obra para hacer un auto; y se emplea el 25% de trabajo, también respecto de hace diez años, para editar un libro. Quiere decir que la capacidad de producción ha mejorado en función de los



avances de la productividad. Ese es, reitero, un tema importantísimo a resolver de cara al futuro.

Se habló también de la relación de todo esto con la desigualdad. El tema de la desigualdad se ha puesto de moda. Alguna vez Fernando Henrique ha dicho que Brasil no era un país pobre, sino que era un país injusto. Yo creo que lo mismo se puede decir para toda América Latina. La desigualdad sigue siendo un tema central. Hasta ahora teníamos ese tema como una cuestión del tercer mundo. Afortunadamente, aparece este pensador francés, Piketty —que ha sido cuestionado— que dice que ese tema también está en el norte; que Estados Unidos es una sociedad muy desigual y que eso iba a dar lugar a movimientos sociales. ¿Por qué? Porque la acumulación de capital gana más que el crecimiento del Producto. Entonces, saca una teoría, que podrá ser cuestionada, pero que hoy por hoy ha sido un campanazo en los Estados Unidos respecto a que el tema de la desigualdad es importante.

Y ¿qué pasa con este tema de la desigualdad y el trabajo? Pasa que en países donde se aumenta la capacidad de empleo, como Estados Unidos, se hace mayor la desigualdad. Y en Europa, que se acerca más a los problemas relativos a la igualdad, aumenta más el desempleo. Es un lío eso. Hay que explicarlo y hay que administrarlo, pero es la realidad. En esa vinculación entre desigualdad y trabajo, Estados Unidos, por un lado, privilegia las horas de trabajo y se hace más desigual. Europa privilegia la igualdad y tiene más desempleo. ¿Cómo se explica esto? Es muy complicado. Por eso creo que en materia de desempleo estructural tenemos que avanzar mucho más en el conocimiento de los hechos, pero se podría decir que se están moviendo las ideas.

Termino diciendo que el pleno empleo es quizás hoy una gran ilusión. Tenemos que acostumbrarnos a vivir en circunstancias mucho más inestables y avanzar en distintas líneas. La sociedad se va a ir acomodando; yo soy optimista en el largo plazo —sé que en el corto plazo hay problemas—, pero por sobre todo considero —esto también ya ha sido mencionado— que todo esto significa nuevamente grandes articulaciones. Y el consenso social es fundamental. Tanto el futuro del mundo como el de América Latina se va a materializar en la

buena dirección solamente si somos capaces realmente de concertar consensos sociales: entre el empleador y el empleado; entre el Estado y el ciudadano; en la comunidad internacional a distintos niveles.

El mundo de hoy requiere más que nunca de la mesa de negociación para concertar los esfuerzos y evitar los peligros que nos acechan si nos seguimos dividiendo, enfrentando y matando.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Abrimos ahora un espacio de comentarios sobre estos temas.

Se me ocurre que un enfoque —quizás desde otro ángulo— es el de la institucionalidad democrática. Todos estos cambios, todos estos desasosiegos, todo este conflicto que recién planteaba Enrique —en el sentido de que cuando buscamos más igualdad generamos más desempleo; y cuando generamos más libertad, hay mejor empleo pero más desigualdad— está repercutiendo en la construcción democrática. Ya hoy el concepto de representación, que está en la esencia de la democracia, está diluido: en los medios de comunicación, en las nuevas modalidades de expresión, en las redes sociales. Todo el mundo se expresa por esos lados. El representante clásico, que era el señor Diputado que elegía la gente, hoy es un representante bastante relativo; la gente que lo vota también lo siente como muy relativo. Lo vota y luego se desvincula de él, y hay ahí toda una zona nebulosa, a mi juicio muy riesgosa, porque primero se le echa la culpa a ese representante y después arrojan rechazos sobre el sistema mismo. Entonces, allí estamos ante un problema que es muy serio.

Felipe: ¿qué se te ocurre sobre esto? Siempre se te va a ocurrir algo...

Felipe González

Se me ocurre decir que ya abusé mucho del uso de la palabra, pero el tema que sugiere el Presidente Sanguinetti ya lo hemos hablado en alguna ocasión.

Creo que estamos viviendo una crisis de gobernanza de la democracia representativa, que hasta el momento en que vivimos es el único sistema de gobierno democrático que funciona. Reitero: estamos viviendo una profunda crisis de gobernanza de la democracia representativa. ¿Cuántos factores inciden en eso? Es lo que me gustaría desarrollar más, además del trabajo que ya voy haciendo.

Los factores que inciden en eso son, por una parte, los siguientes.

El proceso de globalización económico financiera crea la conciencia en los ciudadanos de que la toma de decisiones de sus representantes, el proceso decisional de sus representantes, parlamentarios y ejecutivos—y la única democracia representativa es la que se realiza en el Estado nación—, no toca ni de cerca los grandes problemas, las grandes decisiones económicas que influyen en el devenir inmediato de esos ciudadanos. Es decir que se han supranacionalizado, entre otras cosas, el sistema financiero, la economía, etcétera.

Recuerdo que un día, cuando hablábamos de esto, Carlos Slim me decía: “El margen de error de los Gobiernos para fallar en la política macroeconómica ha disminuido sensiblemente”. Y yo pensé: el margen de error es siempre tan amplio como el campo. Lo que ha disminuido es el margen para hacer las cosas bien, porque hay muchas variables de ajuste que hay que tener en cuenta. Ahora, en lo que hace a cometer errores, Venezuela galopa: error tras error tras error, hasta destruir el aparato productivo más rico en recursos de América Latina.

Hay varios factores. Yo señalaré dos. En una punta, la supranacionalidad —en Europa hay un ejemplo muy acabado de eso— en las decisiones que afectan —por lo menos así lo sienten los ciudadanos— la vida cotidiana de la gente y que no depende de su representante ni de nadie que haya elegido para ser representante suyo; dependen de instancias muy por fuera del espacio público que compartimos como Estado nación, donde se realiza la democracia representativa.

Otro elemento —que acaba de mencionar el Presidente Sanguinetti— es el papel de las redes sociales. Yo

creo que todavía no lo aprehendemos suficientemente. Algunas veces he intentado definir en qué mundo vivimos, y yo creo que vivimos una revolución tecnológica que ha eliminado la barrera del tiempo y del espacio para la comunicación entre los seres humanos, estén en el lugar que estén en el planeta. Por primera vez en la existencia del ser racional, la barrera para comunicarse con el otro, sea cual sea la distancia física existente —y, por tanto, se mide en distancia temporal—, ha desaparecido. Nos podemos comunicar por primera vez en tiempo real. Y eso, a la vez, está generando —y el tema ha salido esta mañana— elementos de interdependencia que nunca antes existieron. Pensemos, por ejemplo, en el efecto ala de mariposa: resulta que hay una crisis financiera en la isleta de Malta —la isla de Malta es el 0,02% del Producto Bruto de la Unión Europea—, y se arma un lío monumental en todos los mercados de valores; la famosa prima —que nunca es favorable, sea la prima de esto o de aquello— de riesgo se dispara, etcétera. Pero, bueno, ¡si es el 0,02% del PIB! ¡Por favor!

El asunto es que el maldito efecto ala de mariposa pone de manifiesto la tremenda interdependencia que existe. Siempre ha habido interdependencia. Imaginen la época colonial del Siglo XIX: cuando había un proceso tumoral en una parte, en una pieza del Imperio, se amputaba el tumor y se salvaba la centralidad del poder imperial. Hoy eso es sencillamente imposible. Pase lo que pase en el sudeste asiático —año 1998—, la contaminación pasa rápidamente a Turquía y a Rusia, salta el Atlántico, llega a Brasil y mi amigo Fernando Henrique Cardoso la soporta de una vez. En aquella ocasión decían que no llegaba a los mercados centrales, pero ahora le llamamos la crisis de las “.com” cuando llegó en 2000 a todos los mercados centrales.

Entonces, estamos en una revolución de la comunicación entre los seres humanos. Estos, mediante la guerra, el comercio, el turismo, los flujos migratorios, etcétera, siempre han buscado el contacto con el otro, la comunicación con el otro. Y de pronto hay una herramienta que hace que esa comunicación se produzca en tiempo real, y eso escala la revolución científica tecnológica en todos los niveles. Para empezar, escala la revolución en la operatividad del sistema financiero global del que se hablaba esta mañana. A mí me preocupan menos —lo diría Leonel Fernández— las instituciones financieras tradicionales, las bancarias, que



son más fáciles de controlar —pero que también forman parte de la crisis de gobernanza de la democracia representativa—, que la cantidad de actores del sistema financiero, que están fuera de cualquier tipo de contabilidad y que mueven miles de millones de dólares por hora o por minuto, y de los que no tenemos ningún registro contable. Son actores “fuera del” funcionamiento ordinario del sistema. Previsiblemente, no va a volver a pasar lo de Lehman Brothers. ¿Por qué? Porque a esas instituciones grandes, que dicen que producen riesgos sistémicos, las van a controlar.

Entonces, estamos viviendo una situación en la que los ciudadanos, en la democracia representativa, saben que va a haber elecciones cada cuatro a cada cinco años, en las que eligen a sus representantes, y que de esos representantes, sale un Ejecutivo en la democracia parlamentaria, o eligen directamente a su Presidente; y que al año de elegirlo comprueban —lo comprueban antes del año— que su margen de maniobra para responder a las necesidades de los ciudadanos está limitado por factores de supranacionalidad que no controla y que, además, no elige nadie. Esto está pasando y descompone la democracia representativa, planteando una crisis de gobernanza.

Sólo he destacado dos factores. La crisis de gobernanza son las redes sociales. Recuerdo —Fernando Henrique lo sabe— que el año pasado estuve hablando con la Presidenta Dilma Rousseff, veinte días antes del primer estallido en San Pablo y Río, acerca de las redes sociales y de la potencialidad de los movimientos sociales a través de ellas. De buena fe, la Presidenta Rousseff me dijo que eso en Brasil no iba a ocurrir. “Esto no es España. En Turquía hay otras razones. Aquí han salido de la pobreza treinta y ocho millones de ciudadanos”, etcétera. Seguramente pensaba que allí iban a ser más agradecidos. Reitero: esta conversación tuvo lugar veinte días antes. Veinte días después, pasó lo que pasó, hasta hoy, con el paréntesis, que no se produjo, del Mundial.

Por tanto, ¿cuáles son los factores en esa crisis de gobernanza de la democracia representativa? Yo sólo he señalado dos, pero hay más. Es muy importante intentar analizarlos, porque frente a esa crisis de gobernanza de ese modelo, empieza a proponerse, arbitrariamente,

lo que Fernando Henrique llama “utopía regresiva”, tanto respecto de las respuestas económicas como desde el punto de vista de las respuestas de gobernanza. Entonces, la gente quiere decidir todo directamente, en una especie de referéndum permanente sobre todo, lo cual es imposible, obviamente, de gobernar.

La democracia representativa está herida en todo el mundo. Y en América Latina, que parecía se libraba de eso, vemos la emergencia —como ahora en Europa— de partidos que nunca existieron, y que emergen y sobresalen en la medida en que se presentan como antipartidos. Es la política antipartidos organizada en partidos. En España —hoy Leonel se refería a Francia— tenemos ahora ese fenómeno nuevo, que llama la atención, de estos muchachos de “Podemos”, que tienen exactamente la misma estrategia que llevó a Chávez al poder en Venezuela, que incluía la sustitución de sistema, el inventar de nuevo, con el adanismo propio de esos procesos, a Venezuela como República, con nuevas formas de representación, de democracia directa, etcétera, todo lo cual termina, casi siempre, no voy a decir que en un modelo comunista, porque no es verdad, pero sí en un modelo leninista, no exactamente comunista.

Julio María Sanguinetti

Voy a pedirle ahora a Natalio Botana, que ha reflexionado muchos sobre este tema, alguna visión sobre el particular.

Natalio Botana

Muchas gracias, Presidente Sanguinetti.

Adelanto algunas ideas que pensaba desarrollar en el día de mañana. Nunca viene mal un balotaje, sobre todo que en América Latina lo practicamos en exceso.

Felipe González

Y el día de mañana también se interpreta como un indefinido futuro.

Natalio Botana

Así es, ciertamente.

Con la democracia representativa hay un problema,

que es el siguiente. Fíjense —y esto se los dice un historiador— que la democracia representativa es inventada. Fue una de las invenciones más geniales que conoció la Historia de Occidente hacia fines del Siglo XVIII, como respuesta a un problema muy serio que se había advertido en las antiguas democracias clásicas, verbigracia, las polis atenienses, donde una participación directa del pueblo, cara a cara, podía degradarse en corrupción. Se piensa, la democracia representativa, por consiguiente, como un sistema de distancia. El pueblo, pequeño al comienzo y mucho más grande al final de este proceso, elige a sus representantes, y los representantes, con distancia frente a los problemas inmediatos de dicho pueblo, legislan y gobiernan.

Lo que se ha roto, lo que se ha quebrado en estos comienzos del Siglo XXI y finales del Siglo XX es este circuito. Lo que estamos afrontando en este momento es el problema que describió Tucídides, admirablemente, en la Guerra del Peloponeso. Es decir, no hay distancia: hay una inmediatez en las demandas; hay una inmediatez en las decisiones y, como me decía hace muchos años un amigo —probablemente amigo también de Felipe González—, Michel Rocard, muchas veces el gobernante se siente asediado. “Estoy asediado por las encuestas”. “Estoy asediado por las demandas permanentes”. Entonces, los países que más sufren este problema son aquellos que tienen sistemas de mediación políticos más débiles. A mayor debilidad histórica de los partidos políticos, mayor crisis de gobernanza, como le llama Felipe González, de la democracia representativa. Y a mayor debilidad de las instituciones propias del Estado nacional, mayor probabilidad de una crisis de gobernanza en nuestros países.

Entonces, creo que estamos frente a un problema de una gravedad extraordinaria, pero solo estamos describiendo los síntomas. Estamos viendo el problema, pero la solución se hace tremendamente difícil. Porque, ciertamente, hablamos de la presencia de las redes sociales, pero ellas están representando, en el día de hoy, una suerte de pluralismo negativo. Son mil cabezas que surgen, capaces de decir que no, y son mil cabezas incapaces de articular una política positiva. La política positiva, nos guste o no nos guste, la siguen articulando los partidos políticos dentro de una democracia, porque son ellos, a fin de cuentas, los que, a través del voto, van a tener que gobernar.

Tenemos aquí, por consiguiente, un momento de transición histórica muy serio, en el que, en América Latina —y con esto termino—, por lo menos, podemos dedicarnos a hacer lo mínimo indispensable para tratar de sobrellevar este gran momento de cambio. Y lo mínimo indispensable es seguir defendiendo, contra viento y marea, una democracia de partidos políticos. Contra viento y marea hay que defenderla, no por razones de principios sino por razones utilitarias, porque el sistema de las redes sociales, o genera nuevos partidos políticos con capacidad competitiva y de alternancia, o de lo contrario fenece a través de este ejercicio de lo que yo llamo “pluralismo negativo”: el arte de decir que no, el arte de vetar, pero no el arte de gobernar.

Y en segundo lugar —tema que hemos desarrollado en el curso de esta mañana; por lo menos ha habido atisbos muy interesantes—, debemos insistir mucho en el componente específicamente institucional de nuestra democracia, porque daría la impresión de que aquellas democracias débiles desde el punto de vista institucional, o aquejadas por conflictos de divisiones étnicas o por conflictos de divisiones nacionalistas, tribales me atrevería de decir, son aquellas que más están sufriendo este momento de cambio y de transformación.

Entonces, la defensa del componente institucional de nuestras democracias sigue siendo, yo diría, uno de los desafíos más grandes que tiene por delante la democracia representativa, porque no hay democracia representativa sin un marco institucional capaz de darle a ella sentido y continuidad.

Felipe González

Para contrarrestar a Natalio, lo diré de manera no elegante: la suma de los agravios, por más razones que haya en cada agravio, no crean un programa de gobierno pero pueden destruir la gobernanza.

Julio María Sanguinetti

Es así. Lo que pasa es que una multitud no es una opinión. Puede ser una multitud de a uno. A veces se habla de una opinión pública como de una entidad real pero no deja de una entelequia. ¿Qué es la opinión pública? Es un monstruo sin cabeza. Puede ser



una multitud de a uno, pero no la expresión de una real tendencia. A veces se expresa por las cambiantes encuestas, pero una encuesta no es una elección y por lo tanto no puede valer para descalificar un gobierno, como desgraciadamente se intenta en ocasiones.

Natalio Botana

Me gustaría hacer una pregunta.

Hemos hablado aquí del ideal, que sería el consenso social. A mí se me ocurre pensar que en un país como el Paraguay o, mucho más, como el Uruguay, dentro de un pensamiento más mágico, digamos, se podría conseguir consenso social debido a la gran producción en valores absolutos que están teniendo estos países, y a la baja de la pobreza, también en valores absolutos. Ahora, la pregunta es: ¿puede sobrevivir un país, del tamaño de cualquiera de los dos que mencioné, que tenga un real consenso social internamente, en el contexto mundial?

Julio María Sanguinetti

Yo creo que todos pueden sobrevivir, porque hay buenas noticias también desde el punto de vista del sistema político.

Si miramos la América Latina, hoy nos encontramos con que hay países que, en general, se han estabilizado. Los dos más grandes, México y Brasil, han pasado por pruebas importantes. México tenía el problema de qué pasaría después que cayera el PRI; parecía que iba a ocurrir la hecatombe; sin embargo, un día el PRI perdió, vino un Gobierno de signo contrario, se repitió el mismo gobierno de signo contrario, y ahora volvió el PRI. La democracia mexicana está funcionando. Naturalmente, toda esta crisis fantástica, todo este cambio económico fantástico nos agarra en momentos distintos. Y en cuanto a Brasil, también hay una buena noticia. Brasil, nunca tuvo partidos, realmente partidos nacionales, ni aún en la época del Imperio, y hoy tiene corrientes estables que le han dado una gran estabilidad al sistema. Entonces, es muy importante cuidar el sistema. Y ahí viene el arte de la política, porque el político tiene por un lado las tensiones y los reclamos y, por otro, la visión de largo plazo; el reclamo del día le pide gasto, y la visión de largo plazo le exige inversión. Entonces, ¿cuánto invierte, cuanto gasta? El

futuro del Paraguay no va a estar en el sí que dé hoy a un reclamo circunstancial; va a estar en las carreteras que haga, en los puertos que mejore, en las industrias que incorporen más innovación. Ahí va a estar. Pero también puede ocurrir que invirtamos mucho en estas cosas y nos tape y ahogue la marea del reclamo.

Hay ahí, entonces, un factor imponderable, que es el arte de la política. Pero creo que hay países que hemos ido avanzando hacia un consenso fuerte desde el punto de vista político. Eso no quiere decir unanimidad –porque ese es otro tema–; no hay la unanimidad necesaria e imprescindible. Los consensos tienen que ser en algunos asuntos básicos; en otros, vamos a seguir discutiendo. Yo creo que en estos años nuestros países han crecido, como el propio Paraguay. Del Paraguay de la larga dictadura al Paraguay de la democracia con alternancia de estos años, hay gran distancia. Es otra cosa. Incluso resolvió una crisis política difícil dentro de la institucionalidad, más allá de que el Mercosur no haya entendido nada. Esto corre por mi cuenta y lo digo con toda convicción.

Efectivamente, creo que no entendió nada de nada.

Pero decía que Paraguay resolvió una crisis dentro de la institucionalidad. Quiere decir que las instituciones vienen construyéndose. Y es cierto que hablamos de un cambio muy fuerte en situaciones distintas. Pensemos, por ejemplo, Europa. ¿Cuál es el problema de Europa? Construyó el paradigma: democracia y Estado de Bienestar. Era lo que soñábamos todos. Hoy se enfrenta a una brutal crisis de competitividad y de tecnología, y ¿cómo hace para salvar el Estado de Bienestar? Y allí está la democracia, en el medio, comprometida, donde le aparecen hasta chavistas españoles, que es lo último que uno hubiera podido pensar que iba a ocurrir en el mundo. Pero está ocurriendo. O sea que estas cosas no nos ocurren sólo a nosotros.

Sin embargo, podemos mirar hacia adelante con optimismo en la medida en que entendamos ciertas cosas; y no sólo la clase política, como ayer discutíamos en un programa de televisión. A mí no me gusta hablar de clase política, porque los políticos somos exactamente iguales al resto de la sociedad, ni mejores ni peores; y representamos todas las cosas distintas, porque la política, por definición, es diversidad: nacimos

en lugares distintos, representamos, a veces, clases sociales distintas, formaciones intelectuales distintas. En fin, lo importante es que haya esos consensos básicos, por ejemplo en lo que hace a la institucionalidad.

Ayer decía que de mi país puedo contar buenas y malas historias. Las buenas tienen lugar cuando logramos que una política sobreviva varios gobiernos; las malas, cuando se pretende refundar con cada nuevo gobierno. Entonces, yo no soy pesimista, a condición de que entendamos algunas circunstancias básicas. Los sindicatos tienen que entender que hay una cosa que se llama productividad, y que su vida depende de eso. Por su parte, los empresarios tienen que entender que hay una cosa que se llama innovación, sin la cual ellos no van a sobrevivir, salvo pidiéndole al Estado, y el Estado no puede gastar en mantener obsolescencias tecnológicas cuando está requerido acuciosamente de inversiones.

Ese es el punto.

Me gustaría conocer la opinión de Ricardo al respecto.

Ricardo Lagos

En lo que se refiere a este tema del Estado de Bienestar y de qué se debe hacer al respecto, yo creo que lo que estamos queriendo decir aquí es cómo hacemos una sociedad en donde logremos que el ser humano no tenga miedo: no tenga miedo de enfermarse porque no sabe si alguien va a cuidar de él; no tenga miedo de que su hijo llega a la Universidad y él no tenga cómo pagársela; no tenga miedo de cómo va a vivir su vejez porque la pensión es muy magra.

Lo que ocurre es que hoy en el mundo —al menos en el mundo que uno conoce—, o está el Estado de Bienestar que se tenía en Europa, en donde a través de un sistema impositivo las personas podían tener cubiertos estos miedos, o está el sistema de los Estados Unidos, en donde la gente tiene seguros individuales; los que se lo pueden pagar, por cierto. Y aquí llega a la consideración América Latina en donde —claro— no tenemos un Estado de Bienestar; hablamos de él. Tenemos unos esbozos, unos intentos, pero estamos lejos de eso. Si miramos Europa y vemos las complejidades que allí

hay y cómo hacen —como muy bien decía el Presidente Sanguinetti— para mantener competitividad, y al mismo tiempo miramos Estados Unidos y vemos las dificultades del Presidente Obama para poder proporcionar seguros a los cuarenta y cinco millones de americanos que no tienen ninguno, y los problemas que tiene para poder implementarlos, nos preguntaremos dónde estamos nosotros, es decir, América Latina.

En primer lugar, diría que tenemos la ventaja de llegar después. Entonces, vemos por qué el sistema europeo no está funcionando y por qué el americano tiene tantas dificultades para implementarse.

Una vez, mientras discutíamos este tema, estaba presente el Canciller alemán, que en ese momento era Schröder, quien me preguntó qué problema teníamos con el sistema de capitalización de fondos de pensiones. Le expliqué cómo era el sistema y le dije, además, que ya fuera porque nuestros salarios eran bajos o porque había lagunas salariales muy grandes —en los que la persona, por ejemplo, estaba cesante—, lo concreto era que la mitad de los que tenían sus fondos de pensiones allí, iban a tener una pensión mínima que a lo mejor les iba a durar sólo ocho años; porque a los ocho años, no obstante que la pensión era la mínima, igual se les iba a acabar su fondo. Y que había sido necesario, en consecuencia, que el Gobierno dijera: “Vamos a hacernos cargo de la mitad” a través de lo que se denomina carril de la solidaridad. Quiere decir que iba a haber un gran esfuerzo. Y cuando le dije esto, la reacción de Schröder fue algo así como “¡Ya quisiera que la mitad de los alemanes se lo pudieran pagar por su cuenta y yo solamente tuviera que ocuparme de la otra mitad!”

Esto me quedó dando vueltas en la cabeza durante mucho tiempo, y pensé: ¿Vamos a terminar nosotros en algún sistema que está a mitad de camino entre el sistema europeo y el de los Estados Unidos? Porque, en último término, la mitad de estos jubilados van a tener la capitalización que lograron tener a través de fondos individuales, y respecto de la otra mitad, va a tener que haber un pilar solidario para que puedan tener por lo menos la pensión mínima.

Quiere decir que a lo mejor, en economías de bienestar, en lo que tienen que ver con el Estado de Bien-



estar, se está llegando a un sistema que está a mitad de camino. No estamos en condiciones de cometer los errores que se cometieron en Europa, y tampoco estamos en situación de decir que hay que llegar a los seguros individuales y que aquel que no pueda tenerlo, que se embrome.

En consecuencia, me gustaría intentar explorar, en distintos campos, ambas tareas. Y a lo mejor es viable. En Chile hicimos una reforma de la salud, que no digo que haya sido buena ni mucho menos, pero sí que logró un avance, que fue importante. Buscamos el sistema de los seguros individuales en salud; aproximadamente un 30% de los chilenos tenemos seguros individuales, y el otro 70% un seguro público de salud, que es el Fondo Nacional de Salud. Esta reforma implicó tomar los recursos de ambos fondos y establecer garantías explícitas en materia de salud.

Lo que hicimos, entonces, fue tratar de combinar, por un lado, los seguros individuales en materia de salud y, por otro, los seguros colectivos. Claro —yo lo sé—, cuando se habla de seguros individuales, todos quieren dar la cobertura a jóvenes de entre 20 y 30 años, porque en general son muy sanos; no a mujeres, por cierto, porque corren el riesgo, en esas edades, de embarazarse, y resultan más caras. Entonces, no me parece muy justo que hace el “descreme”, por así decirlo. Pero, en fin, eso es así. No nos olvidemos —por lo menos es así en Estados Unidos— que el 40% de lo que el ser humano gasta en salud a lo largo de su vida, lo gasta en los últimos seis meses de vida. Por lo tanto, el “buen” seguro de salud es el que se hace cargo de usted y, en los últimos seis meses, le dice: “de aquí en adelante se las arregla solo”. Se entiende, ¿no?

Entonces, en ese contexto es que he pensado en el camino intermedio, no porque me guste, sino porque aquí hay dos sistemas —obviamente, estoy haciendo una caricatura de ellos— distintos, y quizá la respuesta que podemos dar en América Latina es un poquito diferente.

La segunda reflexión que quisiera hacer tiene mucho que ver con esto, y se refiere al tema de la desigualdad. Por parte de Enrique, se mencionó a Piketty, el amigo francés que tiene revolucionado todo el sistema,

especialmente en los países desarrollados. Pero, en el fondo, lo que Piketty ha dicho es: “Mire usted la tremenda desigualdad, en tanto el 1% más rico, tanto en Estados Unidos como en Europa, que participaba con un 10% del Producto, ahora tiene una participación del 25% del Producto”. Quiere decir que el 1% pasó del 10 al 25, en tanto el otro 99% bajó de 90 a 75.

¿Por qué digo esto? Porque el tema de la distribución de ingresos es muy determinante, pasados los US\$ 20.000 o los US\$ 25.000 por persona, en la forma de mejorar indicadores económicos sociales. Durante cincuenta años hemos vivido en el paradigma implícito de “aumente usted el ingreso por habitante y va a tener mejores indicadores económicos y sociales”. “Aumente esperanza de vida, disminuya la mortalidad infantil, tenga a la población más educada”, etcétera. Ese paradigma, después de los US\$ 20.000 o los US\$ 25.000 por habitante, desaparece. Y lo que explica las mejoras de los indicadores económicos sociales es la distribución del ingreso, más que cuál es el ingreso por habitante.

Entonces, yo digo, si estamos a nivel de los ocho países que de aquí a cinco años —o diez, máximo— van a estar sobre US\$ 25.000, tenemos que pensar dónde queremos estar. ¿Con la distribución de ingresos de hoy, que es peor que la que hay en el mundo desarrollado, o vamos a intentar tomar medidas ahora? Este es un tema no menor, porque muchos van a decir que una explicación de esta concentración del ingreso que se ha producido tiene que ver con un crecimiento exagerado del sector financiero. El sector financiero en Estados Unidos no era más del 9%, y hoy día responde por el 30% de la economía norteamericana. En muchos de nuestros países de América Latina ha ocurrido algo parecido. Y si el sector financiero creció de 10 a 30, esto lo hace a expensas de los otros sectores productivos: el agrícola, el industrial, el de la construcción, el de la minería, etcétera.

Entonces, aquí hay un tema digno de analizar y con mucho cuidado, porque vamos hacia un escenario en el que la distribución pasa a ser mucho más importante que lo que ha sido hasta acá. En consecuencia, dado el aumento que tiene América Latina, creo que este tema está íntimamente vinculado con el anterior: cómo que-

remos organizar nuestra sociedad respecto de cómo prevenimos el miedo. Hay un libro muy hermoso cuyo título es “En lugar del miedo”; refiere a qué es lo que construimos en lugar del miedo: del miedo a la cesantía, porque hay un seguro; del miedo a la enfermedad, porque hay otro seguro, etcétera.

Por tanto, creo que aquí, como Latinoamérica, tenemos una definición muy importante y muy significativa, y que tiene una directa relación con el tema del empleo.

Una última reflexión —sólo un titular—: un aspecto del que nos hemos olvidado es el de la demografía. Recuerdo que treinta o cuarenta años atrás, el de la demografía era el gran tema que se debatía. Se discutía acerca de qué hacer ante la gran explosión demográfica, ante la muy alta tasa de fecundidad. Y si el elemento implícito era el paradigma del ingreso per cápita, si nos costaba mucho aumentar el ingreso, había que tratar de bajar la cápita y, en consecuencia, de disminuir el número de nacimientos. Pero la verdad es que la demografía ha tenido una autorregulación. Es cierto, sin embargo, que vamos hacia un sistema en donde se nos va a acabar el bono demográfico y vamos a tener muchos más en la tercera o en la cuarta edad, y volveremos entonces al tema de qué tipo de seguridad social vamos a tener.

Es obvio, entonces, que vamos a tener que trabajar más, un mayor período de tiempo, pero eso creo que nos obliga también a tener una mirada de más largo plazo.

Muchas gracias.

Julio María Sanguinetti

Yo pediría también algún comentario mexicano y alguno brasileño, teniendo en cuenta que México y Brasil son los más grandes y que también aquí tenemos el efecto mariposa. Imagínense que los uruguayos —entre Brasil y Argentina— somos estrábicos: tenemos siempre un ojo en Buenos Aires y otro en San Pablo. Por eso siempre digo que ser uruguayo no es una condición, sino una profesión.

—Y de algún modo, los paraguayos comparten esa vivencia: la de la profesión más que la de la condición.

Pediría, entonces, a Carlos, que nos diera algún pantallazo acerca de cómo está viendo estos temas desde México. Si bien él, hoy, es más global que mexicano, sigue siendo mexicano.

Carlos Slim

Creo que para todos resulta muy clara la importancia del empleo y del desempleo, así como el grave problema quizá del desarrollo tecnológico y de algunas otras cosas. Asimismo, creo que queda muy clara la necesidad de la inversión para la actividad económica, para el crecimiento económico y para que, producto de ellos, pueda generarse empleo. También, una buena educación y una buena capacitación permiten un empleo mejor remunerado.

Y aprovecho esta cuestión del empleo para recordar lo que dijeron Enrique Iglesias y Fernando Henrique Cardoso. Enrique describía el trabajo siguiendo la definición romana. Y ahí podemos ver la gran diferencia entre el trabajo esclavo de la sociedad agrícola y el trabajo actual, como señalaba el Presidente Cardoso. En el trabajo, históricamente, no había derechos humanos: había explotación del hombre por el hombre; lo importante era que trabajaran mucho. Y como había exceso de mano de obra —se hacían guerras para conquistar, saquear y tener más esclavos— y como siempre la sobreexplotación de la mano de obra era una condición mundial, global, no era casual que hubiera esclavos entre los egipcios, entre los mexicanos, entre los incas, entre los aztecas, entre los europeos, etcétera. Era una característica de esas sociedades. Sin embargo, en la concepción moderna del trabajo, no solamente como responsabilidad social sino también como una necesidad emocional, cuando se participa en las soluciones y en las decisiones —como decía el Presidente Cardoso—, cuando uno encuentra su función en aquel campo que le gusta, el trabajo es realmente una bendición. La gente va con gusto, se estructura, se organiza, hace su vida social y desarrolla buena parte de la vida personal en el trabajo.



Creo que es muy importante, y aprovecho esta intervención para subrayar que los paradigmas de la sociedad agrícola —que muchas veces los seguimos usando en la modernidad— son ciento ochenta grados diferentes de los de la sociedad moderna, de los de la sociedad de esta nueva civilización. Como sabemos que no estamos en una época de cambios sino en un verdadero cambio de época, tenemos que tener la visión y el rumbo —como señalaba el Presidente Sanguinetti— que esta nueva civilización nos está dando. Y no se trata de una opción, sino de un hecho. Entonces, no podemos cambiar ese hecho y tenemos que conducirnos de acuerdo con él. Por eso, sería importante que todos los políticos, los gobernantes y todos aquellos que conducen los cambios tengan muy grabado este conocimiento.

En mi opinión, los paradigmas son muy claros: democracia —por más que aquí se haya hablado de la crisis de la democracia representativa—, pluralidad, diversidad, libertad. Esta es fundamental para el desarrollo de la tecnología y de la innovación. Es una sociedad de derechos humanos; es una sociedad de cuidado del ambiente; es una sociedad global. La globalización es una de sus características, así como la competencia, la productividad, la tecnología y la innovación.

Si nos ponemos a ver, en las sociedades agrícolas no había derechos humanos; había división de clases. Otra de sus características era la inmovilidad social. En cambio, una particularidad de las sociedades actuales es la movilidad. Quiere decir que hay una gran diferencia, de ciento ochenta grados, entre unas y otras.

Con esta nueva realidad no podemos seguir teniendo los modelos de la sociedad agrícola, sus ideas económicas, políticas o sociales, ni tampoco las industriales, aunque la parte moderna de la sociedad industrial ya se asemejaba un poco. Antes era la explotación del hombre; ahora, el mejor negocio, la mejor inversión es combatir la pobreza, eliminarla e incorporarla a la modernidad y fortalecer los mercados. Buena parte de los problemas de los países desarrollados hoy, es la falta de demanda. Por eso vemos que están aplicando políticas monetarias y fiscales muy agresivas, para tratar de que no venga una grave recesión.

En mi opinión, el problema que estamos viviendo es parte de la crisis del 2000, no del 2008; es anterior. Y esa crisis del 2000 se resolvió a base de políticas monetarias y fiscales muy agresivas en 2000 y 2001, a lo que se sumaron dos o tres guerras, y luego la seguridad interna, etcétera; pero es más complicado discutir eso. Todas estas políticas monetarias no estaban yendo a la economía real, sino a la economía financiera. Por eso las cifras que mencionó Ricardo sobre la importancia de las finanzas en el mundo; por eso esa inflación y esas burbujas financieras que ha habido desde que se empezó con esta política tan agresiva.

No sé si alguno recordará que en diciembre de 1996 Greenspan habló de la exuberancia irracional de los mercados. Para resolver eso se elevó la tasa hasta $6\frac{3}{4}$. En marzo de 2000 estábamos en Chile Felipe y yo, cuando vino una gran caída de los mercados y después una destrucción de los activos de un 35 % a 40 % en el mismo 2000; y eso siguió en 2001. Entre marzo de 2000 y el 2001, más o menos se llegó a esos niveles, y esto iba a contaminar al sector financiero, al sector inmobiliario, etcétera, etcétera, por lo que se llevó la tasa a $1\frac{3}{4}$. Vivimos ahorita con una tasa negativa. ¿Qué quiere decir eso? Bueno, pues, que esta gran —no sé cómo llamarla—, digamos, potencial recesión muy profunda, que se ha venido difiriendo, ha estado mediatizando a través de una política monetaria, muy agresiva, como decía, con tasas negativas, en la que está pagando el ahorrador, pero también el consumidor. Antes, en los países en desarrollo la pagaban los consumidores —en nuestros países siempre la pagaban los consumidores—, y en los países desarrollados la pagaban los ahorradores; ahora la están pagando los dos.

Este es un punto de vista que me parece que es mucho muy importante.

Después, uno de los errores —creo yo— de Europa, y en particular de España, como lo señalaba yo en la mañana, es que hay un gran ahorro externo disponible a tasas de largo plazo, muy baratas, tasas negativas, etcétera. Pero, obviamente, ese ahorro externo hay que usarlo para inversión, como lo he señalado. En España se utilizó para consumo —y en muchos casos, también en nuestros países lo estamos usando para consumo—, y eso se paga, porque es insostenible; hay que cuidarlo.

Es lo mismo que ocurre a las personas: cuando pedimos prestado para consumir y pagar nuestra tarjeta de crédito para consumo, es muy diferente que cuando lo hacemos para comprar un inmueble, un edificio que lo vamos a rentar o que se usa para inversión.

Creo que ese ha sido uno de los problemas, pues: que se tiene que estar pagando por llegar a esos excesos. Decía un Presidente de México que el único vicio es el exceso, y que hay quien de la virtud, hace un vicio por sus excesos de virtud. Aclaro que no es que nos lo pegue el saco a nosotros.

Entonces, creo yo que esto es muy importante.

Después, hablando de otro tema, hemos mencionado aquí numerosas veces la tecnología y la innovación. En nuestros países se habla de ciencia y tecnología; “Hay que hacer ciencia y tecnología”, se dice. Yo no estoy muy seguro de la importancia de hacer ciencia. ¡Claro!, si la pudiéramos hacer, pues ¡qué bueno! ¡Bienvenida! Pero yo creo que lo que tenemos que hacer, en la ciencia, en la tecnología, en la innovación, es adoptarla; adoptarla y adaptarla. Es decir: estar al tanto de los desarrollos tecnológicos, estar al tanto de las innovaciones y, si no las podemos desarrollar nosotros, hay que adoptarlas; y adoptarlas quiere decir adaptarlas a nuestros países. Y hay que buscar, obviamente, no solo el desarrollo tecnológico y la innovación en la creación de nuevos productos o nuevas aplicaciones, sino también en los procesos; la tecnología de procesos, la innovación en los procesos es muy importante. Entonces, vale la pena que en nuestros países tengamos grupos de personas —los Gobiernos deberían apoyarlo, sobre todo a través de las universidades— para que estén constantemente al tanto de todos los desarrollos tecnológicos, las innovaciones, los planteamientos. Para la salud, por ejemplo, la ciencia médica se vuelve muy importante; pero también lo es en todas las industrias. Quiero decir que los países pueden ser muy competitivos aunque no tengan grandes desarrollos tecnológicos, si los saben adoptar, si los saben adaptar, si están al tanto de ellos y los usan. Es más importante el uso que se haga de ello que el hecho de que esté ahí, presente.

Por último, se ha hablado mucho de Keynes. Decían que Nixon afirmaba que todos éramos keynesia-

nos; yo siento que Keynes no ha dicho nada nuevo, sino que lo ha hecho la Biblia. En la Biblia, cuando hablan de siete años de vacas gordas y siete de vacas flacas, pues es lo mismo que quiso expresar Keynes. Cuando hay una economía en buen estado, creciendo, hay que tener superávit; y cuando entra en una crisis hay que tener déficit. Cuando hay vacas gordas hay que guardar grano y alimentos para poder usarlos cuando hay vacas flacas. Es lo mismo que tenemos que hacer en los países. Esto está muy ligado al sentido común: cuando hay muy alto crecimiento, en muchos de nuestros países nos confundimos, creemos que ya es para siempre y empezamos a meterle más y más, y no solamente queremos crecer con la bonanza de la economía, sino que además nos endeudamos y llegamos a niveles de consumo insostenibles, al ofrecimiento de jubilaciones tempranas, al ofrecimiento de salud al turismo, etcétera.

Me pedía el Presidente Sanguinetti que mencionara el caso mexicano de los años ochenta, con el auge petrolero. En México encontramos petróleo, y no sé si recuerdan que en 1981 este producto se fue a US\$ 40 o US\$ 50, con lo que entraron al país US\$ 50.000:000, de los buenos dólares de los ochenta, no de los de ahora, que se han devaluado bastante. Pero además de esos dólares que entraron —US\$ 50.000:000, reitero—, nos endeudamos por US\$ 50.000:000 más, y entramos en la gran crisis de la deuda externa de 1982, que fue, realmente, una crisis muy profunda.

Y aprovechando que todavía tengo el micrófono, quiero decir una última cosa.

Se hablaba de las fechas de los desarrollos y de los cambios en el crecimiento; el Presidente Leonel Fernández mencionaba el crecimiento después de la Guerra de 1945. En realidad, el crecimiento acelerado que se dio en los países europeos, en países como México empezó en 1933 y se acabó en 1988, en que crecimos al 6.2 %. Es igual al crecimiento de China, al de Brasil, e igual al de los países desarrollados en que esto sucedió en el siglo XIX. Nosotros, en México, crecimos al 6.2 % durante 50 años: desde 1933 hasta 1982. Y la razón fundamental del crecimiento es la misma que hoy está se está dando en China: de ser una sociedad agrícola y rural, nos volvimos una sociedad urbana e



industrial. Con esa transformación de agrícola y rural —y me refiero, principalmente, al autoconsumo— a urbana e industrial viene el desarrollo de esos 50 años en los que crecimos sostenidamente al 6,2 %, con buenos o malos Gobiernos, con guerras mundiales, depresión o no depresión, inflación o deflación, etcétera, etcétera. Este es el proceso que hoy vive China.

Gracias.

Julio María Sanguinetti

Antes de dar la palabra a Fernando Henrique, ya que se habló de petróleo quería hacer una pregunta a Alejandro Bulgheroni, porque él está en el tema del petróleo y del gas. Interesa, aunque sea, al respecto un pequeño comentario, porque este es un país en el que la energía viene del agua, pero no le es indiferente saber qué está pasando en ese mundo, en el que hay una revolución. Le pediría a Alejandro que nos cuente un poquito sobre eso antes de que Fernando Henrique nos hable de Brasil, que también está vinculado a ese tema.

Alejandro Bulgheroni

Esto es salir un poco del tema, pero creo que, a la larga, todo se conecta.

Hace aproximadamente 10 años, comenzaron a desarrollarse activamente los equipos de hidrocarburos en Estados Unidos, y estos existen en muchas partes del mundo. Esto está provocando una revolución cuyos impactos creo que van mucho más allá de lo que está sucediendo en Estados Unidos y de lo que estamos viendo hoy. ¿Qué es lo que pasa? El sistema de regulaciones que rige el desarrollo y la producción de petróleo y gas en Estados Unidos es único en el mundo: hay ahí una capacidad para desarrollarse y para moverse que no existe en otros países. Otros países, desde que apareció esto, están analizando los distintos sectores de la economía de un país, viendo cómo cada uno se queda con la ganancia que habrá por este desarrollo petrolero-gasífero y, en definitiva, no se hace nada. El caso que yo veo bastante claro es el de Argentina, donde se ha hecho muy poco; todos estamos discutiendo quién se lleva el premio y, en definitiva, esto ha encarecido la explotación y, en las condiciones actuales, es muy difícil lograr que sea económicamente rentable;

no digo que no lo vaya a ser, pero hoy no lo es. Por tanto, habrá que trabajar mucho al respecto.

Pero lo que impacta, en general, al mundo es que, según veo, Estados Unidos va a tener energía barata, toda la que necesite. Recuerden lo que ocurría hace muchos años, cuando las empresas de Estados Unidos y otros países iban buscando el desarrollo de mano de obra barata en países en los que existía; toda esa industria fue, de alguna forma, a desarrollar esos países. ¿Qué pasa hoy? Que la tecnología ha hecho que todas esas plantas hoy estén robotizadas. O sea que la mayoría de las plantas pueden llegar a robotizarse de manera muy importante, por lo cual la mano de obra ya no será tan importante; el factor importante hoy pasa a ser la energía. Y Estados Unidos tiene energía barata, y va a tener mucha. El precio de largo plazo del gas en Estados Unidos está en alrededor de US\$ 6; con esa suma se puede producir muchísimo gas en Estados Unidos, siendo muy competitivo, porque es mucho más barato que en otras partes del mundo. Eso va a generar una muy importante reconversión industrial en Estados Unidos, que va a generar crecimiento. No sé qué es lo que va a pasar en el mundo; creo que como este va a seguir creciendo y hay una cantidad de miles de millones de habitantes que todavía necesitan salir a la superficie, a lo mejor este proceso se acelera. Pero todos estos problemas que tenemos sobre el personal, sobre el futuro, etcétera, con el crecimiento mundial es posible que, de alguna forma, disminuyan.

Es un tema para analizar.

Julio María Sanguinetti

Muchas gracias... ahora Fernando Henrique.

Fernando Henrique Cardoso

Son muchos los temas.

Con respecto a Brasil voy a hablar sobre lo que el Presidente Sanguinetti preguntó inicialmente.

En primer lugar, en lo que tiene que ver con la cuestión política, debo decir que el gran marco de transformación fue la Constitución de 1988, con la que se pasa de un régimen militar, autoritario, a un

régimen democrático. Nuestra Constitución se hace en un momento en el que el Muro de Berlín todavía seguía impávido; no nos dábamos cuenta —porque yo soy coautor redactor de esa Constitución y lo seguí muy de cerca—, no había una conciencia de los cambios que ya habían ocurrido en el mundo: ni los tecnológicos —puesto que la informática ya estaba avanzada—, ni los políticos, que estaban ya en marcha.

La Constitución brasileña asegura amplios derechos democráticos; cualquier tipo de derecho que podamos imaginar está asegurado allí. La ciudadanía tiene una cobertura amplia en la Constitución.

Y en lo que hace a la economía, todavía la Constitución estaba orientada por la idea de que los monopolios de Estado eran fundamentales para garantizar el crecimiento del país. ¿En base a qué? A lo que había sucedido en el pasado: la sustitución de importaciones y todo lo que nosotros sabemos.

Simultáneamente con la Constitución, hubo una especie de dibujo onírico de cómo sería un Brasil mejor, qué futuro queríamos. Así, se asegura la salud pública, universal y gratuita; la educación pública, universal y gratuita; así como las jubilaciones de todas las categorías posibles e imaginables. En definitiva, un servicio de seguridad social realmente muy amplio.

Nadie estaba muy preocupado por cómo se manejaría eso desde el Estado, de qué forma sería atendido. En consecuencia, se instaura una especie de conflicto distributivo, porque habiendo democracia, la gente se organizó, y la gente organizada plantea sus demandas y hace presión, y el Gobierno no puede dejar de mirirlas porque hay elecciones. Entonces comenzamos la expansión del gasto público. El gasto público en lo que hace a las jubilaciones y pensiones, públicas y privadas, debe ser de alrededor de 9 % del Producto Bruto nacional, y de ello, a la parte pública corresponde mucho más de la mitad. La parte pública comprende, más o menos, a 1:000.000 de personas. Por tanto, nuevamente tenemos concentración de renta por intermedio de un mecanismo que debiera ser para un beneficio más amplio de la sociedad. Se concentra la renta y se aseguran las posibilidades de un retiro muy honorable para los que son funcionarios; sin embargo, para los que son

empleados comunes, la retribución es más bien baja. En lo que tiene que ver con la educación, el gasto promedio se llevó al 7 % del Producto. Recién ahora el Congreso ha aprobado una ley que establece que los Gobiernos tienen que gastar el 10 % del Presupuesto en educación.

Con respecto a la salud, sucede lo mismo.

O sea que no se trata de que falten recursos, sino que ellos son deficitarios, y eso produce déficit del Estado. Por otra parte, hay desperdicio, despilfarro, porque no hay capacidad organizacional para que esos recursos lleguen a quienes realmente lo necesitan. Entonces, la solución al conflicto distributivo se alcanza por presión sobre gasto público, lo que siempre replantea el tema de la inflación, que obliga a que haya una política de tasa de interés elevada, para impedir que esa inflación aumente.

Ese es el cuadro, en términos muy sintéticos, de lo que está pasando.

Ocurre que más recientemente, con la presión normal que deviene de las masas urbanas, surgen las leyes de urbanización. En un comienzo, la urbanización significa, en la práctica, aumento de la productividad, porque la incorporación de la gente del campo a la ciudad genera un cierto engaño; cuando se miden los datos de productividad en Brasil se ve que su aumento devino, básicamente, del aumento de la fuerza de trabajo y no de la innovación propiamente, o de los medios tecnológicos. Por tanto, eso también tiene límites, porque la gente, la masa rural, ya viene para la ciudad. Hoy Brasil tiene 82 % u 83 % de su población en la ciudad; el campo ya no tiene tanta gente.

¿Cómo fue posible, sin embargo, que hubiera alguna expansión y alguna distribución de renta? En primer lugar por la inflación. Cuando se logra controlar la inflación, automáticamente la tasa de pobreza disminuye, y los coeficientes Gini, o sea, la distribución de renta entre las capas, mejora; desde el año 1994, el índice Gini viene mejorando continuamente, acelerándose en ciertos momentos o bajando un poco —como ahora—, pero en general es un indicador de que existe menos desigualdad de rentas.



También hemos creado una política de Estado estable, ya que la ley establece que todos los años debe haber un aumento del salario vital por arriba de la inflación. Eso también afecta a la productividad. Llega un punto en que, obligados por ley, sin mirar las condiciones coyunturales de la economía, debe darse el aumento. Eso se traduce en más déficit y/o más inflación.

Se ha logrado mejorar la inclusión social; sin embargo, no se ha logrado lo que Carlos Slim mencionó como importante, que es que la tasa de ahorro creciera simultáneamente. Sin tasa de ahorro atrás, la inversión no sube lo suficiente. La tasa de inversión en este momento debe ser del 18 % del PIB, y aquí se ha hablado de que para crecer a un ritmo del 4 % se requiere una inversión del 25 %; nosotros estamos creciendo a 2 %, en promedio, y este año solo a 1 %. Si uno mira a largo plazo, la tasa de crecimiento fue muy fuerte en Brasil desde comienzos de siglo hasta 1980. Fue un largo período de un crecimiento de alrededor de 4 %; después eso cayó. Si uno mira los últimos 30 años, no creció mucho más de 2 % de promedio al año.

Con un crecimiento del 2 %, con presiones distributivas, con democracia, es difícil manejar el aparato público. Esa es la situación actual. Llega un momento en que la gente tiene que ver de dónde viene el motor, porque el motor para que se pueda hacer la distribución es la inversión; tiene que haber crecimiento, tiene que haber aumento de la riqueza. Si no hay aumento de la riqueza se paraliza todo el sistema o se crean las presiones inflacionarias, el desequilibrio del presupuesto y todo lo demás que, en la práctica, por una cuestión de tiempo, frena el desarrollo.

Además, yo creo que hay otro problema que atañe a la economía brasileña en este momento, que es lo siguiente. Hasta hace muy poco —y quizás todavía— Brasil era el país más industrializado de la región. Esta industria se formó basada en el mercado interno, principalmente por un mecanismo de aranceles y subsidios. Después de la globalización y de muchas reformas que hicimos, eso disminuyó. Hoy día la importación es más amplia, está más liberada, y la competitividad de las manufacturas brasileñas ya no alcanza para hacer frente a las importaciones. O sea, el mercado interno, que requiere productos manufacturados, también fuer-

za más importaciones. A su vez, también nos resulta difícil competir para las exportaciones. ¿Por qué? Por las razones que expresó, no recuerdo si Carlos Slim o Alejandro Bulgheroni: que en verdad, hoy día, lo fundamental no es la mano de obra, sino el desarrollo tecnológico.

Otra cuestión vinculada a lo que recién se mencionó, es que el precio de la energía en Brasil quedó relativamente caro en comparación con otros países. ¿Por qué? No voy a entrar en detalles de las razones pero, en verdad, hoy día tenemos problemas con el petróleo, con el precio de la gasolina —que está controlado para evitar la inflación, con lo cual se daña la producción del etanol que proviene de la caña de azúcar— y, a la vez, hubo un serio problema en el manejo de la hidroelectricidad. Entonces, tenemos una verdadera crisis energética, por precios, a sabiendas de lo que va a pasar en los próximos 10 o 20 años, que es que el precio de la energía en Estados Unidos va a ser más barata. Como consecuencia, eso nos plantea un problema complicado, de decisión nacional. ¿Cuál ha sido el recurso hasta el momento? La expansión agrícola. Brasil se ha vuelto, otra vez, un gran exportador de *commodities* y, ahí sí, las ventajas comparativas son enormes, a diferencia de las dificultades ya mencionadas de infraestructura y todo lo demás. Pero eso genera empleos de baja calidad o, por lo menos, de baja remuneración, en comparación con el sector de servicios y con el sector industrial.

Por tanto, tenemos dificultades que no son fáciles de resolver para solventar la posibilidad de seguir creciendo y seguir adelante con un proceso distributivo.

Termino agregando una consideración de otra naturaleza. Hay, también, una aspiración que no es brasileña, sino más amplia, principalmente de la juventud, de que el desarrollo se haga en base a energías de bajo contenido de carbono; y en el futuro, no tengamos dudas de que las cuestiones ecológicas y de sustentabilidad van a estar permeando en todas las decisiones. Reitero que eso es algo que viene, principalmente, con los más jóvenes.

Aquí hemos hablado de muchas cosas pero, ¿cuáles son las categorías sociales de identidad? En el pasado hubiéramos hablado de los empresarios, de la burgue-

sía, de la clase media, de los trabajadores; hoy no se ha mencionado eso, sino que se ha hablado de una clase que no es tal: las clases medias. ¿Por qué? Porque las identidades contemporáneas ya no tienen que ver con las antiguas fórmulas de división social del trabajo. Para quien es sociólogo —como lo soy yo, y seguramente aquí habrá otros— la idea de la cohesión social siempre estuvo vinculada al mecanismo de trabajo. El más clásico de los autores en esta materia, que se llama Emile Durkheim, habla de dos categorías de cohesión social. Tampoco voy a entrar en detalles al respecto, pero a una la denomina mecánica y a la otra orgánica; la más moderna es la mecánica, que deriva del hecho de que la producción requiere la distribución del trabajo entre las personas y eso vincula a una persona con la otra en el mismo proceso de distribución del modo productivo.

Marx, que tenía consideraciones semejantes a las de Durkheim en cuanto a la demografía y en cuanto a las consecuencias de la cohesión social, también hablaba de división social del trabajo y decía que había dos clases fundamentales: los obreros y la burguesía. Ahora no se habla más de eso. ¿Por qué? Porque hay otras identidades. ¡Claro que existen los obreros! ¡Claro que existen empresarios! Pero ¿de qué se habló? Para mi honor —y fue Enrique, que es mayor que yo..., quien lo mencionó— se habló de los viejos, de las mujeres, de los jóvenes; y podríamos hablar de los negros, por ejemplo. Las formas de identidad, las categorías, son otras.

¿Cómo se va producir cohesión para crear los consensos necesarios —de los que muchos hemos hablado aquí— para enfrentar los problemas que tenemos, si las identidades ya no son las clásicas y no se sabe muy bien cómo ver las nuevas? Y las nuevas se mueven, como todos sabemos, por “tribus” y por Internet. Voy a dar un ejemplo muy sencillo. Antes de venir acá yo puse en mi *facebook* una nota cualquiera, y una o dos horas después, 253.000 personas lo habían visto y comentado. Ahí se expresan críticas de todo tipo, a favor o en contra, y uno ni siquiera está acostumbrado a lidiar con esas personas. La gente quiere opinar; muchos quieren hacerlo. ¿Cómo se va a organizar eso? No es fácil, porque ya no se va a hacer como antes. Los partidos, los sindicatos, las corporaciones existen, siguen existien-

do, pero las personas, además, quieren participar en otras categorías, que hoy son las que mencioné aquí: de edad, de género, de raza, o cualquier otra que se forme; y se forman para un momento y luego se deshacen.

Yo creo que ese es un problema que desafía a cualquier régimen de gobierno en este momento, salvo a los autoritarios, y aun a estos, porque China tiene que frenar todo el tiempo la posibilidad de ascenso. Y ¿qué va a hacer Estados Unidos si un día alguien quiebra su sistema de espionaje y anuncia lo que está haciendo? ¿Qué va a hacer? Y a cada rato pasa eso.

Se trata de algo para lo que no hay respuestas. Para muchas cosas podemos hacer un recuento, dar una explicación, crear conceptos, categorías, pero ¿cómo va a operar este sistema tan complicado? Todavía no hay respuestas. Sé que es muy malo terminar diciendo “yo no sé”, pero realmente, yo no lo sé.

Julio María Sanguinetti

Bueno, para concluir este coloquio, le pediría al señor Ministro que nos dirija la palabra.

Gustavo Leite

¡Qué jornada!

Se me ocurren algunas cosas, señor Presidente. En primer lugar, quiero volver a agradecerles, porque este ha sido un debate magistral. Creo que quienes estuvimos hoy, y probablemente más quienes estuvieron desde el inicio, hemos aprendido que un debate magistral no tiene por qué esconder algo. Acá no se escondió nada; se habló con franqueza de gente que hizo cosas extraordinarias por sus países, por sus sociedades.

Creo que este debate también va a marcar un antes y un después acerca de cómo buscamos consensos los paraguayos. Hemos aprendido mucho. Como dice usted, Presidente, el consenso no es la unanimidad. Creo que los paraguayos vamos a aprender, también, que debemos debatir nuestros problemas internos, pero insertos en el contexto mundial, ya que quedó clarísimo hoy que todo lo que ocurre en el mundo nos afecta a nosotros, aunque seamos chiquitos.



Creo, además, que como productor de alimentos y en la visión de agregarle valor a nuestros alimentos, tanto en la región como en Paraguay, esta nueva media clase mundial, que en población va a pasar de 7.000:000.000 a 9.000:000.000 –habrá unos 2 billones de media clase global–, nos da un colchón, pero ello no quiere decir que podamos dormirnos, porque tenemos una oportunidad en esta parte de continente.

Esta fue, también, una maestría rápida de cómo funciona el mundo real. Hemos aprendido muchísimo hoy de muchas cosas que nosotros creíamos que no nos afectaban y, por supuesto, de los desafíos inminentes que nos trae este mundo global. Mañana el equipo económico tendrá una rarísima, única y espectacular oportunidad de debatir tres horas con estos cerebros brillantes y estoy seguro de que vamos a sacarle el jugo.

No me queda otra cosa que decirles: ¡Muchas gracias! Esta ha sido una experiencia única.

14 - Empleo, empleados y empleadores del siglo XXI

Natalio Botana

Buenas tardes.

Este es el momento de agradecer públicamente, no solo al Círculo de Montevideo, sino a la República del Paraguay, por la espléndida acogida que hemos recibido y por la excelente impresión que he tenido luego de la reunión mantenida en el curso de la mañana.

El título es “el empleo”, pero había acordado con el Presidente del Círculo de Montevideo hacer alguna reflexión en torno a las discusiones tan intensas que hemos tenido durante estos dos días.

Como historiador, es interesante enfocar la fotografía de esta década del Siglo XXI, porque la Historia es, sin duda, lo que cambia y hemos hablado constantemente de cambio, a tal punto que hemos dicho que estamos inmersos en un cambio de época. Pero la Historia es, también, la continuidad; y en rigor de verdad, se me ocurrió realizar un ejercicio para analizar cómo se veía el mundo, hace exactamente 50 años, desde los países centrales. La mejor manera de hacer este ejercicio es recurrir a un *best seller*, un libro que en su momento tuvo una proyección y un éxito formidable, que se llamó *La gran esperanza del Siglo XX* y lo escribió un famosísimo ensayista francés de aquella época, Jean Fourastié. Y lo importante que decía Fourastié hace 50 años, es que el mundo, inevitablemente, había entrado en el curso de una revolución basada en el progreso técnico. Y esa revolución quedó sintetizada en dos grandes aforismos del padre fundador de Europa, que se llamaba Jean Monnet, que dijo, en primer lugar, que “vivir mejor significa producir mejor” y, en segundo término que “Los hombres, las mujeres pasan; las instituciones perduran”. Es decir que hace 50 años el mundo afrontaba el gran enigma de la producción y la productividad.

Y los seis rasgos que presentaba Fourastié para medir este cambio eran los siguientes.

En primer lugar, que el progreso técnico es un progreso, una mejora en la vida individual y en la vida colectiva de las sociedades.

En segundo término, que este progreso —y no nos hemos cansado de repetirlo en el curso de estas sesiones— nos lleva a un mundo de tercerización. Esto, dicho



hace 50 años, reitero. La productividad del primario ha engendrado la productividad del sector secundario o industrial, y hoy entramos a un mundo en el que la provisión del empleo va a venir, fundamentalmente, del sector terciario.

Ahora, lo que se decía como tercera característica de este fenómeno —y aquí viene el problema— es que ese progreso técnico, cuyo emblema era la gran revolución industrial de aquella época y el pacto sindical-empresarial que la sustentaba, fundamentalmente en Europa, generaría el pleno empleo. Había una suerte de convencimiento de que el progreso técnico fructificaría en el pleno empleo.

En esas circunstancias, otra característica de ese progreso técnico es que generaría en cada uno de nosotros autonomía, más independencia y más individualismo.

En quinto lugar, aparecía una suerte de invitación al ocio, porque las posibilidades del pleno empleo y del progreso técnico darían más tiempo libre.

Y aquí viene la paradoja: una sexta característica, que preocupaba tanto a Fourastié como a muchos economistas y sociólogos norteamericanos, era que el mundo vivía un profundo déficit de información. Esto dicho por los grandes pensadores hace 50 años.

La historia da la ventaja de medir el acierto de los pronósticos, pero también sus errores.

¿Qué ha quedado de esta agenda que nos propone Fourastié? Lo que ha quedado, fundamentalmente, es que el progreso técnico se ha impuesto y se ha globalizado. Cuando hace 50 años se planteaban estas cosas en Paraguay, se decía claramente que había países con progreso técnico, pero que otros eran subdesarrollados, aunque tal vez podían ascender. La marca del mundo 50 años después, es que el ascenso es un hecho y hoy el subdesarrollo se llama “emergencia”, que es muy diferente. Es muy diferente el subterráneo de estar hundiéndose, de aquel que emerge y levanta cabeza.

Es decir que vivimos el momento de la mundialización del progreso técnico, marcado, sin embargo,

en estos 50 años, por dos crisis: la crisis que dejó atrás lo que Hobsbawm llamó “los años dorados”, posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la crisis de los años setenta; y luego la crisis que estamos soportando aún hoy, del año 2008. Crisis, por consiguiente, que no ha detenido esta evolución, porque si bien está pegando fuerte en los países centrales —lo hemos dicho en el curso de estas reuniones— no ha pegado con semejante intensidad en los países emergentes y, en particular, en los países de América Latina. Es la primera crisis originada en los países centrales que no castiga a América Latina. Recuerden ustedes en América Latina los efectos de la Gran Crisis de los años 1929 y 1930. Obviamente, lo que no se previó es que la mundialización iba a transformar al mundo en un perpetuo presente, y el empleo ya no tendría como marco los países nacionales, sino al mundo entero, porque la mundialización es el desplazamiento del capital y, por consiguiente, la pérdida de empleos en algunos lugares es la creación de nuevos empleos en otros.

Quiere decir que lo que no ha persistido de aquel pronóstico, aparte de esta explosión de información que poco tiene que ver con el déficit imaginado, es el ideal del pleno empleo. No hay en las sociedades mundializadas del Siglo XXI la conformidad y la satisfacción que se imaginaba en las sociedades centrales hace cincuenta años. Más bien, en muchísimos sectores sociales, y en particular en el de los jóvenes, hay un sentimiento creciente de disconformidad y, en no pocos, sentimientos de desarraigo y rebelión.

Por tanto, contra lo que se creía, el progreso técnico es fuente de incertidumbre. Como decía Tocqueville con respecto a la democracia: agita las almas. No hay —y este es un desafío gigantesco para todos nosotros— un suelo estable sobre el que apoyarse. Y parte de las reflexiones que me han inspirados estos debates tan ricos, tienen que ver con eso, con el suelo donde arraigar nuestros proyectos y nuestro futuro.

Edmund Phelps —Premio Nobel hace 5 o 6 años— decía que el gran ideal de progreso técnico —lugar común luego de nuestras discusiones— es la innovación. Pero la innovación no nace como resultado espontáneo de la acción humana, contra lo que muchos filósofos del Siglo XVIII habían previsto; la innovación es resultado

de dos tipos de modernización: la de la sociedad, que se educa y tiene luces prácticas —no luces teóricas—; y la del Estado, que es el marco en el cual dicha sociedad se expresa. Esto es lo que permite que tanto el empleo como el salario despeguen a la par de la productividad. Cuando no hay sincronía en estos tres términos, no solo hay conflicto y rebeliones, como señalábamos hace un momento, sino, fundamentalmente, aumento de las desigualdades. De modo tal que en esta sociedad innovadora, el rol del Estado tiene un papel tan determinante como el rol de la creación espontánea de la inventiva humana. Son dos cosas que muchos autores han pensado que circulan separadas y que, en rigor, están íntimamente entrelazadas.

Y aquí viene el gran problema. Todos queremos innovar. Pero, ¿con qué tipo de Estado lo vamos a hacer? Ustedes me responderán, y yo subrayo, con el adverbio “afortunadamente”. Afortunadamente tenemos democracias prácticamente en toda la región, salvo algunas expresiones anacrónicas de voluntades hegemónicas que creo que van a ser superadas. Pero esto no significa que esa democracia se esté expresando en el marco del Estado de Derecho o, como ha dicho Felipe González —tal vez vuelva al tema—, en el marco de la seguridad física y de la seguridad jurídica.

Esta es una gran lección de la historia: el Estado de Derecho no es, necesariamente, democrático. Y puede haber Estados de Derecho que no son democráticos, pero la democracia sin Estado de Derecho, inevitablemente sucumbe, porque el Estado de Derecho es la envoltura necesaria para que la democracia electoral que practicamos —felizmente— cada dos, tres, cuatro o cinco años, se traduzca en una democracia institucional que sea la bisagra para que abriremos hacia el mundo de la democracia de ciudadanas y ciudadanos que todos anhelamos.

Hemos hablado mucho de la alianza entre lo público y lo privado. ¿Qué tipo de alianza queremos? ¿Queremos la alianza entre un Estado prebendario, que reproduce rentas gracias a la protección que dicho Estado ofrece a los monopolios y a los privilegios? ¿O bien queremos un Estado que sea marco de la igualdad ante la ley y que luche denodadamente contra la asignación de privilegios? Fue un tema que planteó, con

mucho intensidad, diría yo, Fernando Henrique Cardoso. Las sociedades latinoamericanas, reflejo de antiguas tradiciones coloniales, siguen siendo sociedades de grandes y de pequeños privilegios. Y ustedes saben que el privilegio, en términos de su origen semántico, es una *privilege*, una ley que se hace a la medida de un interés particular.

De modo tal que este es un prerrequisito fundamental del empleo. El requisito fundamental del empleo refiere un Estado en forma, capaz de practicar el gobierno de la ley y no el gobierno del privilegio, para que sea él mismo el marco más efectivo para favorecer la inversión y la productividad y, por ende, el resultado de ambas cosas, que como decía Jean Monnet, es vivir mejor.

Estos comentarios me llevan al segundo tema que quisiera presentar a modo de conclusiones, que tiene que ver con las nuevas formas de empleo y, también, con las resistencias que ofrece lo que en una de sus intervenciones Enrique Iglesias llamó el “desempleo estructural” de nuestras sociedades.

Voy a dar una fotografía de mi país, Argentina, donde acaba de salir un informe de una de las encuestas sobre nivel de vida más completa —y más coherente, creo yo, desde el punto de vista metodológico— que se hace en mi país, que es la del Observatorio de la Deuda Social Argentina, de la Universidad Católica, que cubre el período 2010-2013. ¿Qué dice esta fotografía? Que entre la población económicamente activa, una de cuatro personas entrevistadas experimentó en este período, al menos una situación de desempleo, particularmente durante el último año, es decir, durante el año 2013. Los sectores principalmente afectados por el desempleo han seguido siendo los que residen en villas y asentamientos precarios, los integrantes del nivel socioeconómico más bajo, los integrantes del hogar que no son jefes de hogar, las mujeres, en particular jóvenes y que no culminaron los estudios secundarios, y los ocupados en el sector informal de la economía. Esta es una fotografía típica de lo que pasa.

Me he preocupado de repasar los recientes estudios de la Cepal sobre el tema, y nos muestran una serie de cifras hirientes. La tasa del desempleo juvenil duplica con creces la de los adultos. ¿Cómo articular —se pre-



guntan estos especialistas en empleo y en educación— el largo plazo para alcanzar buenos niveles educativos con las urgencias del corto plazo, que conducen a la deserción escolar?

José Luis Romero, gran historiador del Río de la Plata —y digo del Río de la Plata porque también fue un gran profesor en la Universidad de la República de Montevideo—, siempre sostuvo que nuestras sociedades son sociedades escindidas. Entonces, al hablar de empleabilidad y empleo, como lo hemos hecho, es obvio que hay un sector, que felizmente ya es el mayoritario, que tiene chances de participar en lo que este historiador, José Luis Romero, llamaba la “aventura del ascenso”, es decir, producir mejor para vivir mejor. Sin embargo, en América Latina estamos ante el desafío de penetrar en ese sector aún duro de la pobreza estructural, de los jóvenes que no trabajan ni se educan, de la informalidad; en una palabra, las sociedades o ese segmento de la sociedad que aún vive en el estancamiento.

Por tanto, si vemos la trilogía empleo-empleadores-empleabilidad, nuestro problema es doble: por un lado, llevar adelante las políticas de la innovación en aquella gran parte de la sociedad ya incorporada a los beneficios del progreso técnico; pero, por otro lado, llevar adelante una política de incorporación sobre la exclusión y sobre la marginalidad. Son dos tipos de políticas que confluyen —o deberían hacerlo— en un mismo proyecto de modernización.

Ahora, ¿cuál es el lugar histórico, sociológico y político donde ocurrirán estos procesos de perfeccionamiento del progreso técnico y de incorporación? El lugar, en América Latina, será la megalópolis. ¿Qué es la megalópolis, de acuerdo con el último informe de las Naciones Unidas sobre urbanización? La megalópolis es aquella ciudad que supera los 10:000.000 de habitantes. Y ya tenemos en América Latina varios gigantes. ¿Cuántos habitantes de la República de Paraguay hay en la ciudad de San Pablo? ¿Cuántos habitantes de la República Oriental del Uruguay hay en el Distrito Federal y todo lo que rodea a Ciudad de México? Estas son las dos más grandes; la tercera más grande, Río de Janeiro, luego el conglomerado de Buenos Aires, y muy pronto Lima y Bogotá se sumarán a este fenómeno. Esto responde a una configuración histórica. Desde

sus orígenes mismos —cosa que asombró a Alejandro de Humboldt cuando recorrió nuestros países en vísperas de la independencia, a comienzos del Siglo XIX—, ya en América Latina había megalópolis. Y esto no ha cesado de crecer.

Ahora: ¿qué dicen todos los informes y qué digo yo? ¿Por qué estoy de acuerdo? La ciudad, como tal, va a ofrecer enormes oportunidades de empleo, de educación, de ascenso social y de mejora de la vida. De eso no hay ninguna duda. Pero para que ello ocurra hay que romper con la escisión social que marca a nuestras sociedades urbanas. Y esto tiene muchísimo que ver con el fenómeno del progreso técnico.

Les cuento una anécdota. Salta, una provincia del norte argentino, lindando con Chile, en este momento —desde hace varios años— está viviendo el gran *boom* del *commodity* que estamos exportando, tanto los paraguayos como los argentinos, los uruguayos y demás, que es la soja. Hacía alrededor de diez años que no iba a Salta y, luego de dar una conferencia pedí visitar la ciudad, y me quedé asombrado por su tamaño, que no tenía absolutamente nada que ver con la ciudad que había conocido, insisto, hacía diez años. ¿Qué pasó? Es muy simple: la gran revolución técnica en el agro y la explotación de la soja, requieren economía de escala; esa economía de escala ha superado muchos cultivos y productos tradicionales, por lo que sus propietarios han vendido sus parcelas y se han venido a la ciudad. ¿Qué hacen en la ciudad? Se sabrá.

Entonces, el fenómeno de la megalópolis —fíjense ustedes— no solo tiene que ver con el volumen en sí de la ciudad, sino con lo que ocurre en muchas provincias, regiones y países más pequeños de América Latina; como resultado, la ciudad, la megalópolis, está capturando prácticamente a la mitad de la población de cada país. Creo que lo que digo también se aplica a Paraguay. Asunción debe tener unos 2:5000.000 habitantes, sobre una población total de algo más de 6:000.000.

Entonces, el gran desafío que va a tener la democracia en América Latina —que es un desafío histórico, porque la democracia nació como el gobierno de la ciudad— va a ser, precisamente, el gobierno de la ciudad.

¿Para proveer qué? Para proveer progreso técnico, para proveer empleo y, por consiguiente, para proveer mejores condiciones de vida. ¡Menudo problema! Porque la megalópolis en Brasil, en Argentina, en México, está presentando signos complicados de caos urbano porque, lógicamente, la proximidad hace mucho más intensos los conflictos.

Por tanto —para ir terminando— cuando hablamos de empleo y de empleabilidad, y lo ubicamos en ese marco, en ese contexto, siempre buscamos consignas, que nos vienen desde el fondo de nuestras independencias: “Educación, más educación, más educación”, como sostuvo Carlos Fuentes en una frase inolvidable, creo que en un diálogo que tuvieron con Felipe González.

Pero la política es mucho más amplia, porque no solo se trata de educación. ¿Saben sobre qué van a ser los próximos conflictos que vamos a tener en América Latina? Sobre el acceso a la tierra urbana; ya no sobre el acceso a la tierra, como se decía antes, sino, repito, sobre el acceso a la tierra urbana. ¿Cómo hacer políticas de vivienda y de propiedad ahí? El desafío es gigantesco.

Yo, que soy usuario del subterráneo de Buenos Aires desde hace cuarenta años —un disciplinado usuario del subterráneo de Buenos Aires— sé lo que es viajar “como ganado”. La política de transporte ya no será solo para sacar los productos de exportación de Paraguay —y me han ilustrado muchísimo acerca de las posibilidades de sacar la producción paraguaya para la exportación—, sino la política de transporte para el buen vivir. ¿Qué hacer con los servicios básicos? ¿Qué hacer con el agua? ¿Qué hacer con el agua potable? ¡Habría que hacer un ranking de ciudades en torno al agua potable!

Estos son los prerequisites del empleo; este es el contexto en el cual, nuestras sociedades capaces de innovar y nuestros Estados modernizados tendrán que influir para que el empleo crezca y sea cada vez más digno, para producir mejor a fin de vivir mejor. Y esto implica, no solo un marco institucional, como dije al comienzo de estas reflexiones, sino, como lo hemos discutido en varias oportunidades en este Encuentro, la previsibilidad y la eficiencia en la decisión política: en

un mundo de incertidumbre, el papel principal del político democrático es ofrecer y consolidar la previsibilidad. Porque si en este mundo de incertidumbre que se está forjando, en lugar de previsibilidad la política ofrece imprevisibilidad o, tal vez, la previsibilidad de instituciones ocultas que no funcionan, las cosas corren el riesgo de desbarrancarse.

Con esto no digo ninguna novedad; digo que la política democrática combina diferentes tradiciones, y hoy, el arte de la política democrática en América Latina no es el arte electoral de producir y ganar elecciones. ¡Bienvenido sea ese arte! ¡Nos costó mucho dolor, mucha sangre volver a practicarlo! Pero el arte de levantar instituciones, el arte de poner en forma un Estado de Derecho es una tarea infinitamente más complicada. Y es así porque requiere la continuidad que enlace diferentes experiencias de gobierno, y hasta de diferente signo. El Estado de Derecho no es solo la buena macroeconomía de la que, felizmente, escuché hablar hoy, en esta mañana, aquí en Asunción. ¡No! La macroeconomía probablemente sea una condición necesaria, pero más allá de ella hay otras dimensiones de la vida humana en las que el Estado de Derecho tiene mucho que decir. América Latina vive hoy un déficit de seguridad; el déficit de seguridad tiene muchísimo que ver con la inversión, y la inversión tiene muchísimo que ver con el empleo.

Por consiguiente, me parece que una de las conclusiones que podemos sacar de estas Jornadas tan ricas y fecundas, es este llamado a construir el Estado de Derecho democrático. Tal vez sea este uno de los desafíos más complejos, porque significa arrancar de la democracia y de su praxis, poco menos que diaria, las virtudes del Estado de Derecho, de la seguridad jurídica y de la previsibilidad.

Creo que este es uno de los desafíos políticos más grandes que se plantean en la materia de provisión de empleo y de empleabilidad.

Muchas gracias.

15 - Crecimiento como agente imprescindible de inclusión

Felipe González

Muchas gracias y buenas tardes.

Estoy agradecido e impresionado en estos dos días de presencia en Paraguay, y créanme que no es una fórmula de cortesía. Son muchas las cosas que me han llamado la atención, y una de ellas es la inmensa potencialidad que tiene Paraguay ante este futuro que podríamos definir como la capacidad de cada uno de nosotros para insertarnos con ventajas en lo que llamamos “la globalización”. Paraguay tiene algunas ventajas que tendrá que activar y desarrollar.

Natalio Botana me decía que le enmendara la página. ¡No! Lo malo cuando me subo a la tribuna es que tengo ganas de dialogar con él y también de dialogar sobre lo que dijimos ayer y sobre lo que hemos debatido esta mañana a puertas cerradas. Me parece que es más útil; prefiero el diálogo que la sucesión de monólogos. Estoy sustancialmente de acuerdo —por no decir totalmente— con la reflexión que hacía Natalio Botana.

La democracia tiene una legitimidad de origen, que son los votos —por fortuna, superamos la legitimidad de las botas—, pero también tiene una legitimidad de ejercicio, que no es solo ganar elecciones; y es en esa legitimidad de ejercicio donde se plantean más interrogantes, más dudas, más déficits, y no solo por incumplimientos de programas, de compromisos con el electorado —que, en algunos casos, se pueden explicar—, sino por alteración en el ejercicio del poder, en reglas de juego, que serían como la falta de respeto a un entramado institucional que garantice de verdad el ejercicio de las relaciones entre las mayorías y las minorías.

Me apasiona esa línea de reflexión —que forma parte de un paquete que he sugerido varias veces al Presidente Sanguinetti y que finalmente haremos— sobre la crisis de gobernanza de la democracia representativa, alterada por multitud de factores, como el efecto de la globalización en la supranacionalidad o en decisiones que los ciudadanos ven que no se toman por sus representantes ni por los representantes de nadie, o se toman en un nivel de abstracción y de globalización que no depende del Estado-Nación como tal. Creo que algún día podríamos dedicar una reflexión mucho más directa a eso.



En realidad, en estas Jornadas nos estamos refiriendo más a crecimiento, empleo, condiciones de desarrollo. Se ha abusado mucho del término “desarrollo”, pero no se puede hablar de desarrollo si no hay un componente de inclusión social en la política de desarrollo. Puede haber una política de crecimiento y este puede ser muy fuerte durante un período de tiempo, e incluso muy eficiente desde el punto de vista técnico, pero puede no ser un crecimiento con desarrollo, es decir un crecimiento que incluya las grandes mayorías sociales.

Para no hacer algo demasiado formal, les voy a contar algunas anécdotas de las que me han golpeado.

Hace cuatro años terminé un informe sobre el futuro de Europa, de un llamado Comité de Sabios –yo era el tonto que los coordinaba–, del que estaba al frente, junto con otras 11 personas.

Ese grupo de trabajo pretendía definir una estrategia sobre el futuro de Europa en el horizonte 2020-2030. Ni que decir que hicimos un esfuerzo relativamente importante –todavía lo pueden ver en la página web de la Unión Europea–, pero como casi todos los esfuerzos que se están haciendo en la Unión Europea para encontrar un camino de salida de esa pérdida de relevancia y a esa crisis de desarrollo de Europa, ha conducido a la melancolía, pues no sé en qué cajón de los Jefes de Gobierno estará ese informe, que era corto, no había que perder mucho tiempo en leerlo. Realmente, su impacto ha sido mínimo, aunque el encargo era de los 27 Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea.

Con motivo de la elaboración de ese informe me vi obligado a hacer algún recorrido por las capitales europeas, y la intervención de Natalio Botana y la cita de Carlos Fuentes: “Educación, educación y educación”, me recuerda el de Finlandia. En Finlandia me adscribieron a una señora diplomática joven –por lo menos para mi edad, pues tenía 37 o 38 años– que me acompañó durante dos días. Luego de ver a todas las autoridades, le pregunté por qué había optado por la carrera diplomática, y me contestó, con una gran tranquilidad: “Porque mis calificaciones no eran suficientes para ser maestra, para dedicarme a la enseñanza”. ¡Imaginen lo que les digo! ¿Por qué? Porque para los finlandeses –informes PISA por medio– el estatus real

de maestro, y de maestro de Primaria, es el más considerado de todo el país.

¿Por qué ocurrió esto, que forma parte del cambio que estamos viviendo, al que se refería Natalio Botana? Porque Finlandia tuvo que pagar indemnizaciones de guerra a la Unión Soviética después de la Segunda Guerra Mundial. Bueno, querían un trozo de su territorio para facilitar la salida al mar de la Unión Soviética, hoy Rusia, por el norte –ahora se adscribieron Crimea para facilitar la salida más segura por el Mar Negro–; como indemnización o compensación de guerra querían quedarse con una parte del territorio. Los finlandeses resistieron y llegaron al acuerdo de pagar indemnizaciones en forma de material ferroviario y de barcos. Por tanto, durante varios años dedicaron toda su potencia de astilleros a construir barcos, que llenaban de vagones de ferrocarril y cruzaban para llevarlos a la Unión Soviética. En eso llegó la crisis de la Unión Soviética, la caída del Muro de Berlín, la desaparición del comunismo, y ellos terminaron de pagar las indemnizaciones. Pero resulta que tenían una gran industria de construcción naval y una buena industria ferroviaria; y la Unión Soviética, con su creencia exagerada en los planes o proyectos de planificación, seguía necesitando barcos y ferrocarriles. Así, una buena parte del Producto Bruto de Finlandia provenía de las exportaciones a la Unión Soviética, que eran exportaciones industriales, hasta que colapsó la Unión Soviética y esa manera de construir el desarrollo industrial se vino abajo. Finlandia perdió, entre 1991 y 1993, el 50 % de su Producto Bruto. No sabía bien qué hacer o realmente sí lo sabían: encargaron a cinco personas un informe sobre cómo reaccionar para reconvertir a Finlandia y llevarla para otra parte. El informe se centró en la educación, en la formación de capital humano, y lo llevaron al pie de la letra. A pesar de tratarse de un país de 4:500.000 o 5:000.000 de habitantes, la penúltima vez que visité Pekín había allí 45.000 finlandeses. Por cierto, la mayoría hablaba chino, cosa que al resto de la delegación ni se nos ocurría pensar. Es el país de Nokia, el país de la gran revolución tecnológica, de la sociedad del conocimiento.

Mencionemos pequeños datos para la reflexión.

Estamos viviendo un cambio histórico –sin duda apasionante– y, como lo decía al principio, Paraguay

tiene mucho recorrido, pero está en tales condiciones que no permiten, incluso haciendo un esfuerzo grande, ser pesimista. Lo digo al revés porque realmente es así: las condiciones no lo permiten, no hay espacio para el pesimismo, y lo explicaré después. Se puede ser pesimista, pero implicaría una ceguera voluntaria, no sería el análisis de la realidad y de la potencialidad que tiene el país.

Se produjeron dos cambios históricos que coinciden y que, probablemente, interactúan o se retroalimentan. Por un lado, tenemos un cambio histórico —se ha citado aquí el “corto siglo”, del historiador Hobsbawm—, que se produce con el colapso del comunismo, con la desaparición de la política de bloques con ese equilibrio del terror, porque uno de los dos bloques colapsa, fracasa. Aclaremos que lo que fracasa es el modelo comunista, aunque haya algunos países que todavía intenten defenderlo. Cada uno puede hacer lo que quiera. Es obvio que China no es un modelo comunista, sino un modelo de economía estatal de Estado, aunque la ideología siga siendo de un discurso comunista o una ideología de cobertura que podemos llamar comunista.

Pero decía que coincide la caída del Muro de Berlín, la caída de la Unión Soviética, con una revolución tecnológica de nuevo cuño. Como decía ayer Carlos Slim —no sé si todo lo bien interpretado por la prensa, con el efecto que he visto, como él piensa o dice— la revolución tecnológica coincide con un cambio de época, con una Era nueva. Él se refería —lo hace siempre— a la sociedad agraria, la sociedad industrial y la sociedad del conocimiento. La sociedad del conocimiento, la sociedad de la información, la sociedad en la que estamos es la que induce la revolución tecnológica. Alguna vez le he contado a él —aunque se le olvida— que es verdad que, incluso en las sociedades en las que hay un 2 % de población activa en la agricultura, seguimos teniendo pautas de comportamiento, recuerdos y percepciones que vienen de la cultura de la sociedad agraria, a través de las tradiciones familiares y de tantas y tantas cosas. En mi país no hay casi nadie que no tenga un padre o un abuelo que venga de las zonas rurales, que ha sido campesino o que ha estado en esa sociedad agraria.

Para definirlo con un ejemplo, en la sociedad agraria el hombre es pastor de animales y domina todo

el proceso; incluso, los animales que usa —el buey, el caballo o el mulo— son una prolongación de su fuerza, que aumentan su rendimiento y lo hacen bajo su dominio, bajo su pastoreo. Pasamos después a una sociedad industrial, cuya característica fundamental es el trabajo en cadena, que se realiza durante mucho tiempo, aunque después se informatiza. ¿Cómo podríamos verlo físicamente? A la gente de mi generación le diría: recordando a Charles Chaplin en *Tiempos Modernos*. ¿Recuerdan la escena de Chaplin en *Tiempos Modernos*? La cadena va en marcha y la parte de la cadena que es el hombre tiene que seguir el ritmo de la máquina y es una exasperación; el hombre deja de pastorear a las máquinas y se convierte en parte de la máquina, en forma de cadena, de máquina y de ser humano. Finalmente se produce un fenómeno peculiar: de nuevo el hombre recupera la condición de pastor, pero ahora de máquinas, no de animales. Ese es el verdadero proceso de la sociedad del conocimiento. Ahora, desde un ordenador y con una bata blanca, se controla toda una cadena informatizada de producción de lo que sea: automóviles, aviónica o productos agroalimentarios. Todos los procesos de producción se han informatizado y se ha sustituido el esfuerzo físico, prolongado a través del esfuerzo animal, de la sociedad agraria, por el esfuerzo intelectual, por el manejo de eso que hay por encima de los hombros.

Por tanto, la diferencia respecto de la otra sociedad, y lo que hace igualitaria a ésta, incluso en términos de género, es que para manejar lo que hay encima de los hombros, el hombre no tiene ninguna ventaja sobre la mujer, porque no es cuestión de fuerza física, sino de fuerza intelectual. Y esa fuerza intelectual hace que la mujer se incorpore a la sociedad del conocimiento —por lo menos en el caso de mi país, para no hablar de ningún otro— con ventajas sobre los hombres. Los títulos universitarios más brillantes son, en un 60 %, femeninos; tienen las mejores calificaciones y no sé cuántas cosas más, pero aun así, mantenemos reservas de machismo. Pero las sociedades que no incorporan a esa mitad de la población —en Paraguay seguramente seguirá siendo más de la mitad— no incorporan a la mitad de su capital al proceso productivo y de generación de riqueza, desperdiciando, por tanto, una parte fundamental de su capacidad de desarrollo.



Pero vean —y esto le va a interesar a Natalio—: se ha producido un fenómeno curioso. ¿Recuerda, Presidente, lo que eran hace 15 años los movimientos antiglobalización? Esas grandes movilizaciones de jóvenes, sobre todo en los países emergentes, pero también en los centrales. En realidad, ahora hay que cambiar la denominación, porque los países centrales están en proceso de inmersión y los países emergentes ya emergieron; o sea que vamos a ir cambiando los parámetros, porque hay un cambio en la relación de fuerzas en el mundo. Los movimientos antiglobalización fueron extraordinariamente duros; era imposible subirse a una tribuna para hacer un análisis de la globalización y sus efectos, sin que hubiera una contestación juvenil. Sin embargo, desaparecieron; de la noche a la mañana dejó de haber movimientos antiglobalización. Ahora hay movimientos sociales, cada vez más fuertes, por cierto, pero no son antiglobalización, porque el error de diagnóstico fue evidente; la idea básica —y todavía hay algunas utopías regresivas, como mencionaba Fernando Henrique Cardoso, que siguen utilizando esa retórica— era que la globalización, ergo la revolución tecnológica que la mueve, era un nuevo invento del imperialismo para dominar a los pueblos en desarrollo y no sé cuántas historias, para mantener la hegemonía. Esa idea básica se ha venido abajo por una razón evidente: porque los países centrales, incluso el más poderoso de la Tierra, han aprovechado menos el efecto de la revolución tecnológica que los países emergentes, y se está desplazando el crecimiento de la economía mundial del Occidente desarrollado hacia Oriente, y del Norte desarrollado hacia el Sur. Por tanto, un movimiento antiglobalización en países emergentes exitosos contra el dominio de Europa y de Estados Unidos, pues resultaría como medio chocante. ¡Desaparecieron! Sin embargo, emergen nuevos movimientos que están reclamando, Presidente, que el crecimiento implique desarrollo, y para lograrlo, que sea inclusivo en términos de empleo y de bienestar social.

Verán: a veces quizás le atribuyo demasiada importancia a las palabras y me escapo de los conceptos clásicos, porque me perturban. Yo creo que lo que llamamos Estado de Bienestar debe ser sustituido por la aspiración a una sociedad del bienestar, entre otras cosas, porque si lo llamamos Estado de Bienestar, parece que el único responsable de hacer una política de in-

clusión social, de desarrollo para todos, sería el Estado omnipresente, en tanto que si hablamos de sociedad del bienestar el compromiso será de todos; el primer actor seguramente será el Estado, pero el compromiso será de todos.

Por eso creo que hay cosas sobre las que tenemos que reflexionar. Muchas veces he tenido discusiones con lo que conocemos como la “izquierda latinoamericana” —que, naturalmente, en muchos casos me considera un reformista más o menos despreciable, cosa que es verdad: soy reformista y pragmático, y si por eso despreciable, pues también despreciable—, porque entiendo que el problema fundamental que tenemos hoy en España —más allá de que la crisis no es solo social y económica, sino también político-institucional y territorial— es que solo en algunos momentos de la Historia, como el posterior a la muerte de Franco y la transición, las grandes mayorías, fuera cual fuera su pensamiento, creyeron que había que hacer reformas profundas. Pero el país no ha sido nunca reformador o reformista; el país agota sus procesos constitucionales, Presidente. Desde la Constitución de 1812 hasta la de 1978 han pasado varias, y ninguna ha sido reformada; yo diría que ni siquiera han sido derogadas, sino simplemente liquidadas, echadas a la basura. Nunca se ha aprovechado la capacidad de reforma, que ha permitido que países como Estados Unidos —estemos más cerca o más lejos de su modelo— lleven más de 200 años con una Constitución que, naturalmente, enmiendan, ¿cómo no la van a enmendar! ¿La van a dejar congelada en la historia? Y yo en mi país, en este momento, sufro viendo que los que estaban en contra de la Constitución que aprobamos por consenso y fue sometida a referéndum en 1978, ahora se niegan a que se toque ni una sola coma. Pero si no la querían, ¿cómo la aman tanto ahora, que se han apropiado de su integridad sin posibilidades de reforma?

En definitiva, esos movimientos sociales desaparecieron, y lo hicieron porque el cambio mundial que se ha producido —y que no pudieron apreciar— es la revolución tecnológica, que a diferencia de la revolución industrial, es imposible pararla en las fronteras o dominarla como un producto exclusivo, que fue lo que en la sociedad industrial llevó a que las grandes potencias —empezando por Estados Unidos, pero también las

grandes potencias europeas— definieran las relaciones de intercambio de las materias primas, porque eran los grandes compradores y consumidores, pero también de las manufacturas, porque eran los productores exclusivos.

Eso era lo que representaba el freno permanente para el desarrollo de lo que llamábamos países en desarrollo, países pobres, países del tercer mundo. ¡Eso se acabó para siempre! Y no lo digo por la deslocalización de inversiones, porque quien sigue viendo a China como la fábrica del mundo, se ha quedado ya 15 años atrás. Ahora empieza a dejar de ser —aunque también lo es en gran medida— la fábrica del mundo, para ser lo que es: una potencia demográfica, de seguridad, tecnológica y financiera, y el primer acreedor del mundo. Cuando digo esto parece una broma, pero recordemos que Estados Unidos quedó como líder mundial cuando los anteriores líderes empezaron a deberle dinero, cuando se convirtió en acreedor de las anteriores potencias. Después, ya todo el mundo lo aceptó. Cuando Hillary Clinton, visitando Pekín y preparando una visita de Obama, hacía referencia al tema de los Derechos Humanos, le criticaron; y ella, con su pragmatismo, dijo: “¿Usted le metería el dedo en el ojo a su banquero cuando va a visitarlo?” Eso haría que se enfade el banquero. Pues, China tiene una parte muy importante de la deuda europea —más de US\$ 600.000.000.000—, y dos o tres veces más de deuda americana. Por tanto, el mundo ha cambiado.

Lo que no ha cambiado es una idea que mantengo y que ahora todo el mundo acepta, y es lo que llamamos el fenómeno de la globalización, que Natalio Botana, tomando el ejemplo francés y con mucha mayor precisión, llama mundialización. Pensemos que la globalización ya la hizo “Cristobalito” Colón, cuando se dio cuenta de que, efectivamente, el mundo era redondo, y no eran las Indias orientales lo que había descubierto, sino que había otra cosa; ya entonces se produce el fenómeno de la globalización: la Tierra como globo, que además se comunica. Lo que hay ahora es un fenómeno de mundialización: del sistema financiero, de la economía, del comercio, y todo como consecuencia —ya se los dije ayer y no insistiré— de una revolución de la comunicación entre los seres humanos, que ha eliminado el tiempo y el espacio, que eran las grandes barreras para comunicarse. Cuando decíamos: “está

muy lejos” se podía medir como espacio lejano o como tiempo que se tardaba en llegar. Pero ahora no hay lejos ni cerca; nos comunicamos en tiempo real. Lo que estamos haciendo aquí —y lo conseguirá Sanguinetti— se podría estar siguiendo en Hong Kong o en Atlanta si estuviéramos conectados, vía satélite, al tiempo que hablamos. Incluso, habiendo mejorado las técnicas, sin esa mínima distancia.

Pues bien; volviendo al país: en ese contexto nos estamos moviendo. El Norte no es el Norte que era, y el Occidente no es el Occidente que era —me refiero al Occidente desarrollado; a la cultura occidental pertenecemos todos, Norte o Sur—; se están produciendo nuevos fenómenos en América Latina, con cierta fractura de economías del Pacífico y economías del Atlántico, que tienen repercusiones en el Norte; cuando Estados Unidos negocia con Europa, la relación sigue siendo Noratlántica, no baja al Sur, pero cuando se plantean relaciones con economías hacia el Pacífico, entonces sí baja hasta la Patagonia chilena. Por tanto, tiene en cuenta a los actores de América Latina con modelos económicos —por llamarlos de alguna manera— diferenciados de los de las economías del Atlántico. Y en medio, hay algún país mediterráneo, como Paraguay, que como tal puede cubrir el espacio de las dos bandas, de las dos costas, y hacer su tarea ahí.

Hay algún otro elemento conceptual que me gustaría dejar en claro: no hay democracia sin mercado, pero hay mercado sin democracia. Por tanto, la relación no es pareja; ¡no nos engañemos! En 1991, el viejo Bush —y hablo del “viejo” para no hablar de la fotocopia, que es distinto; me refiero al anterior, que sabía de qué iba la cosa—, con el primer conflicto del Golfo, decía: “Si en los países del Este hay economía de mercado, ¡ya!, esto va a funcionar”. Al final, los únicos que entendían del mercado eran los de la Stasi en Alemania Oriental y los de la KGB en Rusia; y como eran los únicos que entendían, se quedaron con el mercado, con una oligocracia que lo controló todo. Uno decía: “No es lo mismo; no podemos simplificar, porque la relación del mercado y la democracia es desigual”. Yo vivía en el régimen de Franco y había mercado; por cierto, una fase autárquica y otra fase de apertura. Y el mercado convivía con el régimen de Franco, como con el régimen de Pinochet; y además había mercados con una idea de liberalización. Por eso, me cuesta trabajo aceptar que es igual, pero



debo advertir que no hay democracia sin economía de mercado.

Pero hay otras cosas que también me cuesta aceptar. Creo que la economía de mercado es un instrumento extraordinariamente útil, si uno no cree en la tontería de que se autorregula a través de una mano invisible. Eso no se puede creer porque no es verdad; nunca lo ha sido y nunca lo será. La economía necesita un marco regulatorio y un desarrollo previsible; no va, como en la selva, regulándose por la mano invisible del mercado. La mano invisible del mercado le da una bofetada al conjunto de la sociedad cuando Lehman Brothers se hunde y, con él, todo el sistema financiero mundial.

Lo que me cuesta más trabajo introducir como idea, es que acepto la eficiencia de la economía de mercado; es más: creo que la libertad de iniciativa económica — que es una libertad humana como cualquier otra— está en la base de un buen funcionamiento económico y, por tanto, de un funcionamiento de mercado. Pero en el momento en que se considera al ciudadano como mercancía y no como el objetivo final de las políticas económicas y de la regulación eficiente del mercado para, en definitiva, poner a esa economía al servicio de una economía social de mercado, entonces me perturba.

¿Cómo simplificaría esto? Estoy de acuerdo con la economía de mercado y ello me costó disgustos en mi Partido en el año 1980, cuando querían declararlo marxista revolucionario, en lo que yo no creo porque considero que es mejor lo otro. Sin embargo, también advierto que la economía de mercado es un instrumento fantástico mientras que la sociedad de mercado es inaceptable, porque los seres humanos no son una mercancía, sino algo más digno.

Llegamos a Paraguay como caídos sin paracaídas, y debo manifestar, señor Presidente —no lo voy a decir por Julio María Sanguinetti, que seguramente tiene una percepción más próxima, más inmediata a la realidad—, que muchos de los presentes estamos chocados positivamente por lo que hemos hablado ayer, por lo que hemos hablado esta mañana y por las posibilidades.

Imaginemos que el desafío de Paraguay, como el de todo el mundo, es insertarse en la economía global aprovechando sus ventajas comparativas y maximizándolas, limitando lo que puedan ser desventajas. Naturalmente, primero escalando en una dimensión regional: la más próxima es el Mercosur, con todos sus problemas, porque no es fácil cambiar de vecino —como decía esta mañana alguno de los Ministros—; uno vive con los vecinos que tiene, y a veces la casa vale más o vale menos dependiendo del valor de la vecindad. Por mucho esfuerzo que hicieran, no conseguirían ser vecinos de Suiza —en las cuentas sí, hasta pueden ser vecinos dentro de Suiza—, sino que seguirían siendo vecinos en esta tierra, por cierto, con grandes posibilidades todos.

Si el desafío es insertarse —y quiero adelantar que he utilizado muchas veces lo que voy a decir ahora y me lo han oído en esta especie de diálogo continuo que tenemos en el Círculo de Montevideo—, yo creo que hay tres variables que destacan sobre todas las demás, que tienen un valor estratégico dentro de esto que llamamos la economía de la globalización.

También hay algunos defectos, es verdad, como un exceso de financiarización de la economía que, a diferencia de lo que decía Leonel Fernández ayer, no creo que sea un problema de las instituciones financieras, sino de los actores que, sueltos en el sistema financiero, no responden a ningún control y a ninguna contabilidad. Al final, a los bancos se les pueden exigir controles, contabilidad, etcétera, pero a esos actores del sistema financiero no, por lo que actúan por su cuenta, moviéndose a la velocidad de la luz —es literal lo que digo—, porque hacen miles de transacciones por hora, y no hay ningún reflejo contable sobre ello en ninguna parte. Por eso, el bueno de Tobin —a quien tendríamos que poner en un altar— quería la Tasa Tobin. Yo solo la quisiera a efectos censales, ni siquiera recaudatorios, para saber cuántas operaciones se hacen; si se cobrara el 0.0001 % por cada transacción, al menos tendríamos un registro censal de cómo se mueve el capital por el mundo.

¿Cuáles son las tres variables estratégicas? Las pongo en el orden en que lo siento, pero ese orden puede invertirse.

La primera, es la agroalimentación. Puede variar la coyuntura en metales, por ejemplo, y habrá un poco menos de crecimiento de los emergentes, y menos crecimiento de los desarrollados; pero en agroalimentación las variaciones van a ser muy pequeñas, porque la demanda agroalimentaria se va a sostener en el tiempo, y ya no depende —aunque a veces también se hace— de movimientos especulativos en el mercado de Chicago, sino de algunos factores nuevos. Entre otros, podemos mencionar que China necesita alimentar al 60 % de su población con alimentos que vengan de afuera, ya que no tienen capacidad para producir dentro más que para darle de comer al 40 % de los ciudadanos. Y sea cual sea el sistema político, el mayor riesgo que puede correr es que no coman los ciudadanos. Eso es lo que en verdad romperá lo que llaman “armonía”, que antes llamábamos “lucha de clases” de la izquierda; ellos lo denomina “armonía” o “falta de armonía”. Por tanto, reitero, el primer factor es la agroalimentación.

El segundo factor o variable estratégica, es la energía. Y la tercera, que comprende, en parte, lo que se puede hacer con todo lo demás, es el gran mundo de la información, de las telecomunicaciones, de la formación de capital humano, en esta nueva sociedad, que es la sociedad digital, la sociedad de la información.

Paraguay tiene su bono demográfico —que le durará todavía un tiempo, y que plantea muchos problemas pero tiene muchas ventajas—, pero tiene además, si lo maneja bien, un extraordinario bono por el valor estratégico de su capacidad agroalimentaria, con menor o mayor elaboración; mientras más elabore, mejor. Tiene, también, una potencia energética casi ilimitada, no porque sea un país que pueda ser autosuficiente energéticamente, sino porque puede ser un país exportador de energía, que de hecho lo está haciendo, aunque aún le falta llevar energía para el desarrollo a algunos rincones de su geografía.

En resumen, Paraguay tiene abundante energía, buena parte de ella, por cierto, renovable, con muchos recur-

sos renovables; ahora —para colmo— se van a empeñar en encontrar gas y petróleo —y ya van a armar un lío—; tienen mucho potencial de biomasa, etcétera.

Y en el tercer capítulo: ¿cuánto de eso que llamo sociedad del conocimiento o sociedad de la información es capaz de implementar? Por este motivo comencé hablando de Finlandia: ¿cuánta importancia le damos a la educación y también a la educación digital?

Decía que a Slim se le podía haber entendido mal ayer porque, verán, en el Imperio Romano, como los ciudadanos tenían todo lo que querían porque era una potencia imperial y todos los colonizados tenían que servir al Imperio, la preocupación del César era tener entretenidos a los ciudadanos. El “pan y circo” no es caprichoso, porque en una sociedad no hay nada más peligroso que la ociosidad, incluso la ociosidad satisfecha, porque la que nace de la marginalidad y lleva casi a la lucha por la supervivencia es menos peligrosa que la satisfecha. Digamos que la sociedad romana era una sociedad de clase media, que no tenía que trabajar, no tenía aquella condena bíblica de: te ganarás el pan con el sudor “del de enfrente”, que era lo que hacían ellos; no “de su frente”, sino del de las colonias.

En la sociología americana hay algunos ensayos —que ahora se han apagado un poco— que vienen de los años noventa, cuando se empieza a producir la revolución de las empresas relacionadas con las tecnologías de la información, que dicen que entraron en crisis en el año 2000; yo creo más en la interpretación de Slim en el sentido de que esa era, para los países centrales, la primera andanada de una crisis que después reventó en 2008, es decir que no se trata de dos fenómenos separados, sino continuos. Hicimos bien en echarle las culpas a las tecnologías de la información, porque nos quedamos más tranquilos, cuando en realidad estábamos creando una inmensa burbuja financiera, como la que estalló en 2008 y como la que estamos volviendo a crear ahora, porque nada se ha hecho para evitarlo ni para regularlo.

Pues bien. En el *Silicon Valley* —me tienen que permitir que les diga cómo se expresaban— no hablaban de juegos y entretenimiento, como en el Imperio Roma-



no, porque ya la sociedad se había desarrollado; hablaban de “tetas y entretenimiento”. Por tanto, en eso de la sociedad y la transparencia como sociedad pornográfica, el entretenimiento tenía un componente erótico. ¿Por qué? La conclusión de ellos fue que los avances en la tecnología producen tales incrementos de la productividad, que para generar el mismo Producto Bruto que tenemos ahora –hablo del *Silicon Valley*–, con el 20 % de la población ocupada será suficiente dentro de diez años. ¿Qué hacemos con el resto? Era lo que planteaba Carlos Slim ayer y que yo le daba la réplica –estando de acuerdo con él en lo fundamental–, que no es un desafío de hoy en la sociedad paraguaya; aunque llegará un momento en que lo sea, hoy no es así. Hoy tiene un bono demográfico fantástico, un desafío de generación de empleo también fantástico, y dos variables estratégicas –la tercera la tiene que llenar– para completar su inserción en la economía global, con ventaja.

Me enteré esta mañana que tienen US\$ 4.500 per cápita. ¡Con US\$ 4.500 empecé a gobernar, Presidente!, con una crisis industrial que me obligó a una reconversión gigantesca; con el segundo *shock* del petróleo, que nos tenía arruinados, y con un país como España, que –déjenme que les diga que entonces como ahora, a pesar de la crisis en la que estamos– es pobre de solemnidad, porque es un país con pocos recursos, que si no utiliza como variable estratégica el recurso humano, tiene poco que hacer, ya que por mucho que ahondemos en el suelo no vamos a encontrar petróleo, ni grandes yacimientos de minerales. Nosotros tenemos un país duro, complicado, difícil.

Paraguay lo tiene todo. ¿Qué habría que hacer? Me han pedido que hable de crecimiento y de empleo. ¡Claro! Cuando yo llegué al Gobierno tenía en el Programa –no sé por qué; quizás porque era muy joven– la creación de 800.000 puestos de trabajo en los cuatro primeros años. Cuando acabé el período, se habían destruido 800.000 puestos de trabajo; exactamente los que había prometido crear. ¡Me bajaron la cabeza! Pues, aun así, la gente me volvió a votar por mayoría absoluta, dándome otro período, en el que no hablé de creación de empleo, porque de una vez comprendí que en el papel se crea todo el empleo que se quiere,

pero en la realidad, para que haya empleo tiene que haber empleadores –no solo burocracia; ¡empleadores!–; y para que haya empleadores, se tienen que dar las circunstancias para que estos se decidan a invertir y a contratar. Así que, en el segundo período, después de hecha la reconversión industrial y algunas pirulas más, sin decir nada se crearon 1:200.000 puestos de trabajo. Pero, obviamente, ya no me comprometí nunca más, desde la política, a crear empleo. En todo caso, a crear las condiciones para que se genere el empleo.

Entonces, Presidente, ¿cuáles son esas condiciones? Son las clásicas, más una moderna. En primer lugar, eliminar los cuellos de botella, para que el crecimiento potencial de este país, que es enorme, no se encuentre estrangulado, como en la curva donde está el cruce, a un kilómetro y medio, que es donde se encuentran todos los atajos para llegar a Asunción o venir de allí.

Ustedes perdonen, pero es el sentimiento que he tenido las dos veces que he salido y entrado, ¡y gracias a los motoristas!

Le dije esto al Presidente Chávez hace siete años, cuando se cayó aquel famoso puente que comunicaba el aeropuerto de Maiquetía con Caracas. Él me decía: “Es que le tengo mucha manía a Caracas. ¿Así que se ha caído el puente?”. Y yo le respondí: “Bueno, por lo menos le tengo que dar las gracias, porque de Maiquetía hasta aquí, que hay 30 kilómetros, solo he tardado hora y media, Presidente; si no hubiera llevado los motoristas hubiera tardado 5 horas, como todos los demás”, porque el 30 % de la economía del país era Caracas. El puente se cayó al día siguiente de que un General, al mando de Obras Públicas, visitando el puente garantizara: “Esto no tiene ningún peligro; esta grieta no significa nada”. Al día siguiente, ¡abajo! Y no era un problema de estrella, era un problema de cálculo de ingeniería; se equivocaron en el cálculo.

Por tanto, tenemos un desafío importante: eliminar cuellos de botella, Presidente, como en todos los países. Yo lo he vivido: llegué al Gobierno con US\$ 4.500, y ahora, después de siete años, con un país dando saltos, con períodos de recesión muy duros, tiene US\$ 30.000 per cápita. Es verdad: el señor dólar es

mucho menos respetable que antes, porque para eso manejan bien la política monetaria los americanos y, cuando les interesa que valga menos el dólar, pues vale menos. Así como tienen una deuda cuyo nominal es el mismo que era, con un dólar que vale menos la deuda real vale menos. Así van a seguir hasta que puedan pagar esa inmensa deuda, valiéndole menos en términos reales, aunque valga igual en términos nominales. Y no se les reprocha; defienden sus intereses y tienden a hacerlo normalmente bien.

Tenemos un problema de desarrollo y de infraestructura, Presidente; de infraestructuras físicas e infraestructuras humanas; de mejora del capital físico y de mejora del capital humano. Esos son los cuellos de botella que van a definir el futuro del Paraguay.

Si las infraestructuras físicas se desarrollan a buen ritmo y el Gobierno puede tomar decisiones con eficiencia —nosotros creamos sistemas electorales, no para facilitar la gobernanza, sino para estorbarla; es una característica común a nuestra cultura—, pero me encantaría poder decir a todos los que conozco, a todos mis amigos, que hace falta un cierto consenso, también político, para que la eliminación de los cuellos de botella, tanto desde el punto de vista físico, como desde el punto de vista humano, formen parte de un área de consenso nacional, porque en eso se juega el futuro del Paraguay; en nada más.

El Presidente Sanguinetti me está mirando ya con una mala cara..., pero estoy terminando, de verdad. Ocurre que me dijeron: “Tranquilo, que vamos a esperar al Presidente,” —pensando que se iba a retrasar— “así que alárgate todo lo que puedas”. Pero el Presidente ha llegado al tiempo que comenzaba.

Me han pedido que hable de crecimiento y empleo. Es una obviedad que sin crecimiento no hay empleo, pero también es verdad que el crecimiento con empleo es el primer factor de cohesión social y de desarrollo, aunque no el único. Por eso, cuando hablo de formación de capital humano, me gustaría que desapareciera de la terminología que usamos todos “gasto en educación” o “gasto en asistencia sanitaria” como gasto

corriente, y que lo viéramos como un gasto de inversión,... exactamente igual que vemos el gasto en una hidrovía o en una autopista, pero con más importancia, porque el único factor que igualará las oportunidades de cualquiera de nuestros países es el factor de educación y de formación, en dos niveles básicos, Presidente: educación de excelencia en la titulación universitaria y excelencia en la formación profesional, para que entre la élite ilustrada y la base social exista la formación profesional.

Contaba en la comida —y con esto termino—, que mi amigo Helmut Kohl, Canciller de Alemania y más años que yo Presidente del Gobierno —no sé cómo no estaba cansado de él mismo, como lo estaba yo—, nunca faltó a la entrega de diplomas finales de carrera universitaria, de egresados; nunca faltó a la entrega de diplomas de los muchachos que hacían formación profesional. Algo significa, porque Alemania no está mal como guía.

Señor Presidente: siento mucha alegría de estar en este país, y gratitud por el recibimiento, e incluso por la confianza de que hemos disfrutado. Y se lo diré: no sé si siento ganas de volver o de no irme.

Gracias.

16 - Palabras de clausura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo

Julio María Sanguinetti

Julio María Sanguinetti.

Estimado Presidente, compañeros, Ministros, amigos tantos que tengo en Paraguay:

Estamos clausurando estas dos jornadas de trabajo y pensamiento con las dos magníficas disertaciones que han oído. La profunda, de Natalio, ahondando en los tiempos y en la Historia, es el contrabajo de esta orquesta; luego entró en acción el primer violín que, a la Paganini, nos acaba de regalar este paseo por todas las ideas que hemos transitado en estos días, y ahí ya está todo dicho.

Es la hora de agradecer, entonces, muy especialmente, a la Unión Industrial Paraguaya, que ha sido importante; a la Cámara de Comercio Paraguayo-Uruguay, al señor Ministro de Industria, y también a todo el Gabinete. Hemos hecho hoy un interesantísimo ejercicio, todos quienes estamos aquí, más los compañeros que ya salieron por razones de vuelos de aviones, como los Presidentes Leonel Fernández, de República Dominicana; Ricardo Lagos, de Chile, y Fernando Henrique Cardoso, de Brasil. Todos ellos estuvieron hasta hace poco rato. También nuestros empresarios globales, que son los que nos alientan desde aquí a creer que también se pueden generar empresarios globales capaces de salir al mundo, como es el caso de Slim o de Bulgheroni.

Hoy me enojaba mucho con mis colegas periodistas cuando hablaban de “el millonario Slim”. Slim es un formidable empresario; deberían referirse al “empresario Slim”. Los millones, eso que contabiliza Forbes, son las cotizaciones en Bolsa de empresas que están en competencia con las chinas, con las finlandesas y con todas las que hay en el mundo. No son barras de oro amontonadas; son emporios de trabajo, pero en fuerte competencia. A veces dicen “Slim quedó primero”, “Slim quedó tercero”, porque la cotización de Bolsa bajó un 2 % y entonces la cuenta da US\$ 2.000:000.000 menos.

Creo que tanto Bulgheroni como Slim —uno hijo de inmigrantes italianos, el otro de inmigrantes libaneses— son ejemplo de familias que vinieron a trabajar a América Latina y hoy son grandes empresarios globales, que aportan su visión y también el ejemplo de que desde nuestro medio se puede mirar hacia el mundo y triunfar en él. Con ellos hemos estado hoy toda la



mañana discutiendo, hablando, y realmente nos vamos muy animados.

En el Círculo siempre tenemos un debate previo: ¿a dónde vamos la próxima? ¿Dónde seguimos? Para esta reunión había algunas ideas, pero me atribuyo el mérito de decir: “Vamos a Paraguay”. Algunos compañeros no estaban muy de acuerdo y me decían: “¿Te parece Paraguay?” “Sí; Paraguay sí, porque está en el momento justo. Paraguay lleva algunos años en que ha logrado estabilizarse, ha logrado construir su democracia, ha pasado pruebas de fuego, incluso institucionales, que ha resuelto institucionalmente —como lo decíamos ayer—, pese a las incomprensiones,.....pese a las ignorancias y pese a los ideologismos”.

Hoy Paraguay puede hablar de una democracia sólida porque ha pasado las pruebas, porque es en los momentos de crisis cuando se demuestra la solidez de las instituciones, como la fidelidad de los amigos.

Todo esto son nuestros agradecimientos.

Voy a decir solo algo más porque, como dice Felipe, nuestro peligro es que al final terminamos coincidiendo demasiado; entonces, quiero mencionar una pequeña diferencia.

No nos podemos mudar de barrio, sin ninguna duda. Acá están nuestros ríos y nuestra geografía, y la geografía manda, indudablemente; pero tenemos que mandar nosotros en el horizonte político. Cuando construimos el Mercosur no era para tener una fortaleza hiperproteccionista en la cual cambiáramos el linde, el muro, de la escala nacional a la regional, quedando aquí encerrados, sino que era una plataforma para lanzarnos al mundo, para tratar de crecer, de exportar, especialmente Paraguay y Uruguay, que somos países de dimensiones pequeñas, por lo que tenemos que crecer hacia afuera; y está todo dado para ello. Es por eso que en el Mercosur tenemos, sí, que seguir construyendo, con paciencia, la integración, pero también tenemos que darle más flexibilidad; hay que buscar acuerdos afuera, hay que buscar competencia. Tenemos que crecer sobre esas bases; no podemos quedar simplemente encerrados en aranceles que hay que adaptar al nivel de la industria brasileña o, por el contrario, a puertos

de Argentina, que quieren seguir teniendo la misma hegemonía de la época colonial.

No comprometo a nadie con esto, Presidente; corre por mi exclusiva cuenta. Lo digo porque creo que hay que decirlo. Integración, toda la del mundo; pero también flexibilidad y apertura para que la energía eléctrica de Paraguay no solo salga como energía, sino también como fuente y como motor para que mucha gente se venga a instalar aquí, en función de esa energía.

Paraguay tiene agua; Paraguay tiene alimentos; Paraguay tiene energía; y gente con voluntad ha tenido siempre. Solo hay que seguir en este proceso de modernización. El desafío del gobierno es el de todos los gobiernos en este tiempo, Presidente.

Carlos Fuentes, que ha sido un gran amigo con el cual hemos transitado mucho en la vida, tiene unas novelas fantásticas. Una de ellas se llama *La silla del águila*, en la que uno de sus personajes, Paulina Tardagarda —una diputada que termina bastante mal, la pobre— en cierto momento dice: “Los pueblos juzgan más por lo que ven que por lo que entienden”. Ese es un gran desafío de los gobiernos: hacerle ver a los pueblos —porque es preciso que comprendan— que en este mundo global solamente sirve la educación, la capacitación de la gente, el esfuerzo colectivo de toda la sociedad, una política al servicio de la estabilidad, y no la cacería de culpables que tanto nos gusta en América Latina.....en la búsqueda imposible de soluciones que nunca vendrán de esos instintos de sangre, sino por el contrario, de discrepancias armónicas, como las que siempre hemos tenido y seguiremos teniendo. Fíjense que en mi propio país, hace treinta años, yo era Ministro en un Gobierno que estaba luchando contra una guerrilla que quería tirar abajo a ese Gobierno, y el Presidente Mujica —que hoy estaba por acá— era uno de ellos, que por tal motivo estuvo preso. El día que yo asumí la Presidencia la primera vez, él estaba preso; a los 15 días salió por una amnistía que hicimos y que mucha gente nos cuestionaba, como nos cuestionaron después por una amnistía que hicimos más tarde a los militares. ¿Que era mucho más discutible? Sí; quizás. Pero el pueblo la apoyó dos veces, en dos referéndums y, en definitiva, aunque él no lo diga, estoy seguro de

que el primero que la votó fue el Presidente, el guerrillero, que fue el único que nunca habló contra los militares. Creo que eso es patrimonio de la discrepancia, pero del consenso básico.

Paraguay tuvo muchos años de intolerancia, pero diría que en los últimos diez viene rescatando su capacidad de discutir en consenso y paz. Con esa base, cuiden los Partidos, porque los Partidos importan y hoy día hay una gran dispersión; y cuidado con la extraordinaria crítica, el cuestionamiento y el perfeccionismo, porque a veces la gente le pide a la política lo que ella misma no está dispuesta a dar para sí. Lo que tiene que hacer la política es asegurar estabilidad: estabilidad jurídica, estabilidad política, y capacidad de diálogo. Eso sí se lo tenemos que dar, porque es la sociedad, la sociedad de bienestar, y esos son todos los actores. Pero la política no puede darlo todo.

Por todo esto, reitero que estoy muy feliz de que hayamos venido a Paraguay, porque salgo estimulado por lo que he visto y también porque siento que realmente, de algún modo, también hemos contribuido al debate, al debate por las radios, por la televisión, por los medios, con este Gabinete que nos alienta el optimismo, un Gabinete con mirada a largo plazo. Lo que hay que tratar de lograr, simplemente, es que aquello que nosotros comprendemos, la gente —como el personaje de Carlos Fuentes— lo vea.

Muchas gracias, Presidente.

¡Le deseamos el mejor de los éxitos!

17 - Palabras de clausura por el Sr. Presidente de la República del Paraguay

Horacio Cartes

Estoy seguro de que muchos están pensando: “¡Qué corajudo, pretender hablar después de estos disertantes!”.

Muchísimas gracias al Círculo de Montevideo en su nombre, mi querido Julio María. Estoy emocionalmente agradecido.

Pero para decir gracias querría hacer una reflexión. Los disfruté tanto a todos ellos individualmente, que estoy seguro de que ustedes también pudieron disfrutarlos por un rato; tal vez yo tuve más suerte. ¡Siempre hay que buscar un motivo para cortar las conversaciones cuando uno comparte las sabidurías de ellos!

Pero seguramente me pasa a mí lo que le pasaba a ellos. Cuando uno se levanta, temprano, dice: “¿Qué voy a hacer hoy?”; y cuando termina la Jornada se dice: “¿Será que hice todo lo que debí haber hecho? ¿Será que no pude haber hecho más?”

Se ha hablado de tantos temas que son cotidianos, como las economías, pero diferenciando bien globalización y mundialización, como decía el Presidente Felipe González; porque es cierto: la globalización ocurrió hace rato. Y hablamos de economía, pero yo quiero que, a través de esa economía recordemos algo que es esencial: nuestra gente. ¿De qué sirven las economías y cuánto de condena no tenemos en este país, apreciados Presidentes, cuando existe lo que en épocas de campañas yo llamaba “la ecuación del diablo”, que es tanta pobreza dentro de tanta riqueza? Tenemos gente que no vive, sino que sobrevive en medio de esa riqueza que tenemos.

Uno los escucha a ustedes y se siente más fortalecido, porque tenemos lo que el mundo quiere. Es cierto que la tecnología está ahí y no va a parar, sino que seguirá avanzando; pero nunca se comerán ni celulares ni computadoras. Nosotros tenemos lo que el mundo cada vez demanda más: alimentos, agua, energía, y ese bono demográfico que es envidia de todo el mundo.

Claro que sí, Presidente Felipe González, que no hay otro camino que la educación. Yo veía el rostro de mi Ministra cuando insistía en que lo tomemos, no como un gasto corriente, sino como una inversión.



¡Claro que soñamos eso, Marta! ¡Claro que sí!

Podemos ver claramente que aquellos países que vieron antes que nosotros que la educación es el único camino, ya están en otro lugar. No tenemos otro destino. Podremos crecer en puentes, en infraestructura, en más producción de alimentos; pero yo tomé un compromiso el día en que asumí, el 15 de agosto de 2013: jamás podremos decir que tuvimos una buena gestión —aunque nuestros números hayan mejorado, aunque nuestra infraestructura haya avanzado enormemente— si los números de nuestra pobreza y de nuestra falta de educación se mantienen en los niveles con los que hemos tomado el Gobierno.

Quiero decirles que no se imaginan cómo disfruto escucharlos. Yo me pregunto a veces por qué no tenemos el coraje de hablar de algunas cosas que me parecen tan importantes; las hablamos a solas, con ellos, modelos de Gobierno. ¿Será que todo está vigente? ¿Será que todo está funcionando? ¿O hay modelos que debemos revisar? Sobre todo, aquel viejo adagio de que la experiencia ajena es más barata; la propia, todos sabemos que es más cara: cuesta mucho más y duele mucho más.

Se hablaba recién de empleos. ¿Qué es generar empleos? Es el gran desafío que tenemos hoy en Paraguay: es crear el clima para los empleadores; y tenemos todo para hacerlo. Yo no puedo negar mi origen: vengo del sector privado; y siempre digo que tuve la suerte de tener a papá hasta los 92 años, y a pesar de que van a hacer 3 años que se fue, siguen ocurriendo muchas de las cosas que él nos decía que era la vida. ¡Es que hay cosas que no cambian!

Valorando la experiencia, yo me pregunto por qué nosotros, los gobernantes actuales, no apelamos más a ustedes. ¿Cuántos errores menos cometeríamos si usamos eso que no se compra, que es la experiencia? ¿Por qué nos cuesta tanto dialogar?

Usted asumió lo de Uruguay, Presidente; yo voy a asumir mi responsabilidad. Antes de que asumiera, siendo ya Presidente electo, el Presidente Lagos me hablaba de las “cumbritis”. ¿Qué son las “cumbritis”? Vamos a las Cumbres y no tocamos los temas con la crudeza con que se deberían tocar. En nuestras conversaciones somos más crudos. ¿Por qué no anotamos algunos problemas? A veces ponemos el temario y no se habla absolutamente nada de esos temas; se habla de cualquier cosa, pero no tenemos la capacidad que sí tenemos cuando hablamos a solas, de tocar con esa crudeza los problemas que realmente son cotidianos. A veces nos preguntamos cuántos problemas tiene la región.

Yo no me quejo del barrio; creo que vivimos en un barrio muy privilegiado; ¡es una bendición de Dios nuestro barrio! Lo que nos falta es tocar los problemas, animarnos a hablar, usar la experiencia de quienes saben más. No tengamos vergüenza de preguntar. Yo, particularmente, ese temor no lo tengo y saben que las veces que haga falta estaré golpeando sus puertas para pedirles su conocimiento, porque no quiero cometer errores. Quiero ser un gran Presidente, por tanto, debo tener la humildad de aprender, de escuchar de quienes saben más.

¡Qué lujo, Paraguay, haber tenido a estas personalidades, a estas enciclopedias, a esta Historia que hoy tuvimos la suerte de escuchar! En nombre mío y de todo el pueblo paraguayo, ¡muchísimas gracias! ¡Muchísimas gracias por esta extraordinaria exposición!

Muchas gracias a todos.

